

TRANSTERRADAS

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA
CAROLINA MELONI GONZÁLEZ
CAROLA SAIEGH DORÍN

TRANSTERRADAS

El exilio infantil y juvenil
como lugar de memoria

TREN EN MOVIMIENTO

González de Oleaga, Marisa
Transterradas : el exilio infantil y juvenil como lugar de memoria /
Marisa González de Oleaga ; Carolina Meloni González ; Carola Saiegh
Dorín. - 1a ed. - Temperley :
Tren en Movimiento, 2019.
192 p. ; 22 x 14 cm.

ISBN 978-987-3789-50-2

1. Infancia. 2. Exilio. 3. Memoria. I. Meloni González, Carolina II.
Saiegh Dorín, Carola III. Título
CDD 306.4

Edición al cuidado de Alejandro Schmied
Corrección de Graciela Daleo
Diseño de tapa y diagramación de Alejandro Schmied

Fotografías de tapa y de solapa: Hernando Gómez Gómez.
Todas las fotografías de interiores son de Hernando Gómez Gómez y de
los archivos personales de las autoras.

Este trabajo forma parte del proyecto de I+D+I HAR 2015-68468R
financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

1ª edición, 2019 (Temperley: Tren en Movimiento)

© Textos e imágenes: las respectivas autoras, 2019
© Tren en Movimiento, 2018
www.trenenmovimiento.com.ar
trenenmovimiento@gmail.com

Impreso en América Latina
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

INTRODUCCIÓN

Eslabones de una misma cadena

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

Y porque se ha salido de la infancia [...] se olvida que para llegar al Cielo se necesitan, como ingredientes, una piedrita y la punta de un zapato.

JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*

ELLAS

Siete años

A. se recuerda como una niña asustada. Siete años y el pelo rapado casi al cero, para espantar los piojos que seguramente anidaban y campaban a sus anchas, en el camarote de tercera en el que viajaba junto a otras mujeres. Todas desconocidas, víctimas de una guerra que recién empezaba. Sola, a sus siete años, en aquel gigante de madera que escupía humo por las altas chimeneas de metal. Su abuela había sopesado las posibilidades y había decidido que un mes de navegación, alejada de todo lo conocido, era preferible a los años de violencia y hambrunas que se avecinaban. Del otro lado, en el puerto de Buenos Aires, estaban sus padres a los que ella no recordaba. Habían emigrado hacía tiempo, cuando ella todavía tomaba la teta. Un destete violento que dejó sin cara, y casi sin rastro a su madre adolescente, y borró de la memoria a su padre, al que conoció al llegar al puerto de esa ciudad gris y con olor a humo, situada como un puntito al sur del mapa.

Siete años y veintitantos días de navegación. Doblemente sola. Sin los referentes más cercanos como su abuela, y arrancada de los paisajes cotidianos, de los olores familiares, de los ruidos que permitían adivinar qué estaba pasando. Una soledad honda solo atemperada por el manejo del tiempo infantil. Todo presente —a veces tedioso como en las eternas horas de las siestas del verano; otras, inquietante, como ese horizonte de agua y cielo que no se acaba nunca—, donde el pasado no cuenta —hace falta rito y repetición para sentir el peso de lo acontecido—, y el futuro es solo una palabra de tres sílabas. Todavía hoy, a sus noventa años, mirando detenidamente su rostro redondo arrasado por el paso del tiempo, se puede intuir a la niña que fue. Algo del miedo y la incertidumbre de entonces han hecho nido en su mirada. Siete años por todo equipaje. Un mar ancho y ajeno, diez mil kilómetros líquidos y desconocidos. Y aun así no le reprocha nada a la vida...

Fuegos artificiales

Estaba amaneciendo en la montaña. Un hilo de luz asomaba por el borde recortado del bosque y en pocos minutos se transformaba en una miríada de líneas luminosas que dibujaban el mundo. Fue entonces cuando se escuchó un temblor seguido de un rugido corto y seco. Su madre, levantada desde hacía horas, las ayudó a vestirse, a ella y a sus dos hermanas, y con todo lo que pudieron llevar puesto corrieron, sin entender qué pasaba, a una alcantarilla a la vera del camino. Ahí permanecieron durante algunos minutos, que a L. le parecieron horas interminables. De vez en cuando un fogonazo seguido de un estruendo que parecía lejos, aunque sonaba cada vez más cerca. Las cabezas reposaban en el suelo lleno de polvo maloliente mientras la más pequeña lloraba de hambre y de frío. La madre repetía: ¡no miren!, ¡no miren!, mientras las apretaba contra ella hasta hacerles daño. Pero L., la del medio, la más inquieta y la más desobediente, alzó la cabeza convencida de que ese mandato era el peor de los castigos. Y fue entonces cuando una bola de fuego cayó sobre la que había sido su casa, convirtiéndola

en una fogata como la que los jóvenes del pueblo saltaban durante la larga noche de San Juan. Sin nada que perder, porque todo estaba perdido, subieron a un barco que las llevó al último rincón que no se había rendido aún a los sublevados.

Instaladas en ese otro lugar, en el mismo país, pero a cientos de kilómetros de su casa bombardeada, pronto llegarían las amenazas, los mismos rumores que creían haber dejado atrás. Ellas solo se habían adelantado unos meses al terror, habían escapado por poco, en una carrera contra el tiempo, porque el miedo volvía a pisarles los talones. Otra vez el estruendo, otra vez el polvo y el mandato materno cada vez que se oía un ruido de motores en el horizonte: ¡cuerpo a tierra!, ¡cuerpo a tierra! Y las bolas de fuego caían aquí y allí, casi como si se tratara de la “Nit del Foc”.

¡Cuerpo a tierra!, ¡cuerpo a tierra! gritaba su madre y ellas dejaban de hacer lo que estaban haciendo y se tapaban la cabeza con las manos mientras se pegaban dóciles al suelo de acogida. Y L. volvía a desobedecer para mirar el fuego a través de las rendijas de sus manos. Tal vez la infancia sea ese territorio, ese reducto perdido para los adultos, en el cual poder comparar un bombardeo con fuegos artificiales. Una asociación que se sostiene no por inconsciencia o por ignorancia sino porque el espacio que precede a la vida adulta, ese espacio al que podemos volver a través de nuestra memoria es, a un tiempo, un espacio de resistencia, de desobediencia y de lucha contra la catástrofe.

Lealtad y fidelidad

Sorprende el bilingüismo de esta joven, F., expulsada de su país a esa edad indefinida en la que se es muy mayor para ser considerada una niña y muy joven para ser tenida por adulta. A veces, un cierto deje, una cierta musicalidad permea la conversación. Un compás de latidos, claros y rápidos, inundan la charla. Otras veces, son solo palabras que los interlocutores no entienden y ella se esfuerza por traducir. Como si fuera y viniera de ese lugar que hace tiempo abandonó o como si fuera el lugar, al modo de un amante celoso, el que no le permitiera irse del todo. Pero cuando

cambia de registro, cuando la suave melodía de su lengua madre o los nombres recordados salpican su relato, a F. le cambia la cara, se le altera la expresión. Esa niebla blanca que esconde todo lo que vio y vivió en su largo peregrinaje como refugiada se descorre como una cortina al viento, se hace más transparente y deja ver sus ojos en los que se mira el verde agua. Cada una de esas palabras de contrabando, cada nota de esa cadencia original la llevan sin peso, a uno y otro lado de una frontera imaginaria. La que separa a sus dos países: el que dejó y en el que vive. Y en ese viaje ingrátido ve a su abuela moliendo el mijo, su aldea de casas de barro y paja y el río, vehemente o parco, según las estaciones.

Lleva un par de años en Europa. Y dice estar bien. Su carita redonda y su amplia sonrisa parecen atestiguarlo. Aprendió la lengua local, va a la escuela y vive con una familia de acogida, pero no puede dormir sin antes saber que su cuaderno, lo único que consiguió rescatar en la precipitación de la huida, está a salvo. De tanto protegerlo y guardarlo se le van despintando las palabras, y los bordes son cada vez más romos. Poco se puede hacer contra el paso del tiempo que todo lo desdibuja. El pasado va perdiendo entidad y hay que empeñarse en los recuerdos, cuidarlos, recrearlos para que no desaparezcan del todo. Los bordes del cuaderno son solo una advertencia, un aviso del porvenir.

Dos países, dos territorios. Uno presente y el otro en fuga. Debe ser duro navegar entre dos mundos. Vivir en la patria suplente, segura y tranquila, pero sin olvidar la de procedencia, porque negarla es como morir un poco. Debe ser difícil vivir entre dos mundos. Difícil pero no imposible. Las palabras de su tierra y la cadencia de su lengua son un recordatorio, un salvavidas, una brújula que le muestran la distancia entre la lealtad y la fidelidad. Siempre se puede ser fiel a más de una.¹

Otras historias, en otros tiempos y en otros lugares y, sin embargo, eslabones de la misma cadena. Esa misma que nos ata a la vida...

1. Parfraseando a J. Derrida (1998).

NOSOTRAS

Uno de los efectos más claros, permanentes y a largo plazo de un desplazamiento forzado es la soledad. La pertenencia original, esa que nos liga a un grupo humano y a un paisaje, queda en suspenso y las nuevas pertenencias suelen ser provisionales y, muchas veces, no fructifican o se desdibujan ante la esperanza del regreso. Cuando el desplazado vuelve, si es que lo hace, comprueba que ya nadie lo reconoce. Es el que se fue, el que conservó intacta la memoria de un mundo que, para el resto es, en el mejor de los casos, un recuerdo. Entonces mira hacia atrás, vuelve sobre sus pasos e intenta reforzar su nueva pertenencia. Pero falla. Es el recién llegado, el que carga con otra historia a sus espaldas. No ser de ningún lugar parece ser el destino más oscuro de los desplazados. Y esta condición se torna más dolorosa a ciertas edades. En otros momentos de la vida abundan los recursos para hacer frente a esta contingencia. Algunos desplazados lo hacen con su familia o forman una nueva en el lugar de acogida. Pero en la infancia y en la adolescencia la interrupción de esas pertenencias o identificaciones tempranas condena a una soledad muy particular. No se trata de la soledad inherente a toda existencia humana. No, es más honda, más densa y, a veces, devastadora. Tal vez no debería llamarla soledad sino desamparo. Una cierta incapacidad para retomar los lazos afectivos que quedaron en suspenso y reconectarlos en un nuevo lugar. Algo de la desconfianza, del temor a que la historia se repita, un cierto miedo a la provisionalidad de las relaciones dificulta la trama de nuevos vínculos.

Esa fue durante décadas mi situación. Ni de aquí ni de allí. Sin lugar. En algún momento pensé en la necesidad de trabajar sobre mi destierro y hacerlo desde la perspectiva de una adolescente de quince años que tiene que abandonar su país. Incluso lo comenté con Margarita del Olmo, que había trabajado en su tesis el exilio cultural de argentinos en Madrid, hace ya algunos años. Pero no sería hasta más tarde cuando se dieron las condiciones para que este proyecto cuajara. Por intermediación de otra amiga, Carolina Meloni, una de las autoras de este trabajo, me

convocó para participar en un documental que estaba dirigiendo sobre el Pozo de Vargas, una fosa común en la que se inhumaron ilegalmente los restos de más de un centenar de desaparecidos en Tucumán. Necesitaba una historiadora que contextualizara las políticas genocidas de la última dictadura militar argentina. A pesar de la advertencia sobre mi visión poco convencional de la historia quedamos en su universidad para la entrevista grabada. Y ahí estaba, en medio de la calima veraniega, esperándome en la entrada con su entonces colega en las lides audiovisuales.

Cálida, expresiva y atenta me contó que había nacido en una cárcel tucumana en 1975 y que había permanecido en prisión junto a su madre hasta el año y medio de vida, momento en que fue “devuelta” a su familia por el traslado de sus padres a presidios fuera de la provincia. Al poco tiempo, su tío Hernán, el hermano de su madre, pasó a engrosar la lista de desaparecidos. En 2014 sus restos pudieron ser identificados en el Pozo de Vargas, una de las mayores fosas de la dictadura. Carolina fue criada por su abuela materna y su abuelo paterno, con los que recorría, en tren, todos los meses, los casi 1.300 kilómetros que separan Tucumán de Buenos Aires, en vagones de segunda junto con otros familiares de presos políticos, para visitar a sus padres. Recién cuando cumplió cinco años liberaron a su madre y ambas salieron del país rumbo a España, donde residía su abuelo, el poeta. Pero esta primera estancia no duró mucho. Un año después regresaban a Tucumán y no sería hasta diez años más tarde que emprendería el mismo camino, con destino a Madrid, donde reside desde entonces.

En pleno verano madrileño me contó estos avatares y yo le propuse trabajar sobre el exilio infantil, darles voz a los niños y a los adolescentes que habíamos tenido la experiencia del destierro. No dudó un minuto y se comprometió con el proyecto. Otra como yo. Y recuerdo vivamente el gesto, tan suyo, que vería repetido muchas veces más y que pude contemplar en la foto que le tomaron el día que le entregaron los pocos restos de su tío Hernán, identificados en el revuelto del Pozo de Vargas. ¿Ahora qué?, parece estar diciendo o pensando... estamos vivos..., pero la confirmación del asesinato de un desaparecido es como una

puerta de metal que cae a plomo, con toda rotundidad sobre los sobrevivientes. ¿Ahora qué? Nosotras estamos vivas, pudimos reorganizar nuestra vida en otro lugar, pero ¿qué hacer con todo eso? ¿Cómo trabajar la memoria para que esa experiencia traumática sobre la que hemos decidido volver no nos paralice? ¿Cómo hacer de estos testimonios, después de tanto tiempo, un pasaje para nosotras y para otros?

Desde el primer momento que le propuse a Carolina iniciar este viaje pensé en Carola Saiegh. Compañera en el Centro de Estudios Internacionales de la Fundación Ortega y Gasset con sede en Toledo, salió de la Argentina con ocho años, después de algunos meses viviendo en la clandestinidad como consecuencia de las amenazas recibidas después de que la Triple A le pusiera una bomba al rector de la Universidad de Buenos Aires. Su padre, decano de la Facultad de Medicina y director del Instituto de Medicina del Trabajo, primer centro público de salud laboral en América Latina, era el siguiente en la lista. Recuerdo cómo la conocí y cómo supe que teníamos algo en común. Fue durante una comida en Toledo, en la sala de profesores de la Fundación. Yo mencioné algo de Buenos Aires, creo que fue el dulce de leche y ella, con un perfecto acento español que hacía imposible inferir de dónde venía, se estremeció. Algo en el lenguaje gestual la delató, reaccionando de manera no voluntaria a la invocación de un emblema tan argentino. Le pregunté entonces y me contó su historia. Reservada, contenida y fiable; supe que se trataba de esperar el momento. Y el momento llegó con la posibilidad de escudriñar en nuestras historias de desplazadas. Creo que al principio tuvo algunas dudas, pero después se sumó a esta peculiar hermandad de desterradas.

Una fraternidad con la que yo había soñado y que había creído posible después de escuchar a Raquel Fosalba hablar sobre los fuertes vínculos que habían mantenido los niños criados en la comuna autogestionaria Comunidad del Sur en Montevideo. Una historia inspiradora. Desperdigados por el mundo después del golpe militar de 1973 —Estocolmo, Lund, Oslo, Barcelona— y, ya adultos, con sus propias familias, reaccionaban como una sola persona cuando alguno de sus miembros tenía un percance.

Como aquella vez en que uno de ellos tuvo que ser intervenido quirúrgicamente para practicarle un trasplante de riñón. A los médicos encargados del caso les costaba entender cómo era posible que desde los cuatro puntos cardinales llegaran “hermanos”, no de sangre, dispuestos a donar un órgano para el enfermo, a acompañarlo y cuidarlo durante el tiempo necesario. Esa experiencia quedó repicando en mi memoria y, de alguna forma, me mostró un camino.

Por primera vez en todos estos años, más de cuarenta, gracias a esta peculiar comunidad de desterradas, esa sensación de profundo desamparo, esa soledad corrosiva, se vería amortiguada. Otras como yo. Un enunciado contradictorio, casi un oximorón, donde la identidad se funda en la diferencia.

INFANCIA Y EXILIO: LOS TRABAJOS DE LA MEMORIA

Reunidas en esta suerte de hermandad de desterradas se imponía la necesidad de pensar en cómo llevar a cabo nuestro proyecto, cómo ir hilvanando ese tejido de testimonios que nos permitiría volver a nuestra infancia y adolescencia para preguntarles a las que fuimos cómo experimentamos nuestros particulares desplazamientos. Y así aparecieron esas dos palabras, claves, en este trabajo: infancia y exilio. Infancia/adolescencia mejor dicho, ese período de la vida anterior a la vida adulta. En nuestra cultura occidental, imbuida de una visión evolucionista del mundo, la infancia/adolescencia se define como un lapso temporal que precede a la madurez. Es este un período en el que faltan cosas: juicio, razón, capacidad de discernimiento. El propio nombre infancia significa “el que no habla”. Otro tanto con adolescencia. Adolecer es equivalente a “tener o padecer algún defecto” y su raíz latina significa “el que está creciendo”. Es decir, en proceso, en camino de llegar a ser un adulto completo, pleno de facultades. Pero la infancia/adolescencia también podría ser considerada como un lugar, a la manera en que la entendía Walter Benjamin. Como un lugar de memoria al que volver, al que visitar a través de los objetos —casi la única materialidad— que

lo definen. De esta forma la infancia/adolescencia no sería un tiempo anterior sino un espacio otro, diferente, en el que poder reconocernos y encontrarnos con los que fuimos. Así, todos los juicios de valor sobre la ignorancia o la inconsciencia de esos años quedarían suspendidos.

Como suspendido quedaría también, el deseo de aquellos que forzaron o provocaron nuestro destierro. Exilio significa expulsión, extrañamiento, exclusión. No hay nada menos inocente que el lenguaje y hablar del exilio es aceptar ese destino programado por otros. Ir al exilio y permanecer en el exilio son dos cosas diferentes. La palabra sitúa a quien lo vive en una posición pasiva. En nuestras discusiones hablamos de todo esto y nos preguntábamos: ¿cómo convertir el exilio —esa expulsión comandada por otros— en un destino propio? ¿Es posible hacer de esa exclusión otra cosa? ¿Se puede reconducir ese desvío en parte de nuestro camino? ¿Se puede pasar de ser exiliado a ser transterrado? Nosotras pensamos que sí y este libro es la prueba. Y ante estas preguntas y ante los modos o maneras de hacerlo, las tres respondimos de la misma forma. A través de la palabra. Entendida no como un vocabulario que habla del mundo sino como una trama de significaciones que lo crea o, lo que es lo mismo, que le da sentido. El testimonio es el relato de la experiencia y es a través de nuestros testimonios como queremos visibilizar a las niñas y adolescente que fuimos para iluminar a los niños y adolescentes que hoy padecen destierro.

Tradicionalmente, en los casos de desplazamientos forzados se visualizan a las familias. Los menores son apéndices de la unidad familiar y las políticas públicas hacen hincapié en esa unidad, sin reparar en el sufrimiento y padecimiento intransferibles de sus miembros más jóvenes. Estos niños y adolescentes dependen materialmente de sus mayores, pero con una subjetividad propia. Cada vez son más los menores no acompañados que cruzan fronteras y llegan a las puertas de Europa o de Estados Unidos. Basta con hojear un periódico o escuchar las noticias para reparar en esta tendencia. La llegada de niños y adolescentes solos es un reto importante para nuestras sociedades. No se trata únicamente de asistencia material sino de elaborar programas que entiendan la problemática. Políticas planificadas *con* los menores y no solo

para los menores. Nuestra aportación, nuestro trabajo testimonial, va en esa dirección. Porque la infancia/adolescencia es también un lugar, necesita ser visitado y sus habitantes visibilizados, consultados y acompañados, no solo dirigidos. No son sujetos incompletos sino sujetos que habitan otros mundos.

POR UNA HISTORIOGRAFÍA POÉTICA

Una vez que tuvimos el qué y el para quién de nuestro proyecto nos preguntamos cómo íbamos a hacerlo. ¿Cómo convertir un relato propio, el testimonio de una experiencia personal, en material que pueda servir a otros, en otro tiempo y en otro lugar? ¿De qué forma nuestra manera de transitar por esa soledad y ese desamparo que acompañan todo desplazamiento podría ser de utilidad a los niños y adolescentes que son, hoy, forzosamente *despaisados*?¹ Toda experiencia pasada y presente puede ser comparada. El problema es que esa comparación suele tener el vuelo corto y bajito. Pensar que nuestra experiencia, en otro tiempo y en otro lugar, puede explicar mecanismos universales y atemporales relacionados con el destierro es no haber entendido mucho. El dilema, y no solo en este caso sino que es una disyuntiva clásica de la historiografía, es que lo que hay de común entre el pasado y el presente o las enseñanzas que podríamos extraer de nuestras experiencias en el pasado son generalidades que ya conocemos (por ejemplo, que las condiciones materiales que rodean cualquier desplazamiento forzado son importantes en el impacto que tiene en niños y adolescentes), y, lo que es particular e irreplicable del presente —lo diferente— no puede encontrar en el pasado un espejo donde reconocerse.

No es la capacidad mimética de nuestros relatos lo que creemos que interesa en este diálogo entre los transterrados de ayer y los desplazados de hoy. No es la historiografía como maestra

1. En una traducción libre y sugerente del *l'homme dépaycé* empleado por Todorov (2013).

de vida o como ese saber que nos permite entender cómo es el mundo. No. A nosotras nos interesa la diferencia, porque es la diferencia la que permite iluminar esos costados de la experiencia humana que de otra manera corren el riesgo de quedar en la sombra. Nuestro propósito no es confirmar que hay elementos comunes entre nuestra experiencia del desplazamiento y la forma de vivirlo de los niños y migrantes de hoy. Sino rescatar las diferencias. Porque son esas diferencias las que permiten desnaturalizar y poner en turbulencia lo sabido y lo conocido.

Esta forma de enfrentarse al pasado (una entre muchas), esta manera de dialogar con las experiencias de los otros, en la que no es la apropiación la que opera —la traducción o conversión de la diferencia en identidad— sino la fricción, la podríamos llamar historiografía poética. Historiografía porque es una escritura y reescritura de las experiencias del pasado, y poética porque trabaja más como inspiración que como asimilación. Uno se puede asomar a esos relatos intentando encontrar regularidades sobre cómo funciona el mundo o se puede acercarse a ellos como lo hacen los lectores de poesía. Hay muchas maneras de leer un poema, pero no siempre estamos interesados en la mirada del crítico literario, no siempre tenemos que estar preocupados por las condiciones de producción de una composición (estilo, intencionalidad, contexto histórico). Muchas veces los lectores de poesía buscan ecos, reflejos, de esa otra experiencia en la propia. Y aquí es la evocación el proceso que permite ese instante de iluminación. Friccionar con los relatos de la experiencia de los otros significa generar un diálogo del que uno no sale como entró. Un diálogo que permite reconstruir los muchos presentes del pasado y, de esa manera, descerrajar e historizar el presente.²

2. Greg Dening habla de “[...] dar a los otros su alteridad, devolverle al pasado su propio presente” (2007: 99). A su vez, Hayden White ensaya otro movimiento en este mismo sentido: “Historizar significa tratar al pasado, así como al presente, como historia, que es lo mismo que decir que hay que tratar al presente históricamente, como una condición adecuada a sus posibilidades pero también como algo de lo que se puede tomar distancia” (White, 2007: 225). Traducción de la autora.

En otros trabajos yo había expuesto esta forma de hacer hablar a las experiencias del pasado con las experiencias del presente.³ Pero sería deambulando entre estos testimonios donde esta forma de operar encarnó y adquirió todo su sentido.

PASADO PRESENTE

Ya teníamos el qué, el cómo y a quién dirigir nuestro trabajo, pero nos faltaba el para qué. Y volvimos una y otra vez sobre esa pregunta. Nos parecía claro el efecto que nuestros testimonios podían tener en las experiencias de desarraigo vividos por otros en el pasado y en los procesos de desplazamiento que están teniendo lugar ahora mismo y que afectan a niños y jóvenes. De la misma manera que los relatos de cada una de nosotras, diferentes en contenido y forma como distintas habían sido nuestras experiencias de desplazamiento, iluminaban zonas de la memoria de las otras hasta ese momento en penumbra, nuestros testimonios podrían acompañar los relatos provisionales y en construcción de los desplazados de última hora. Visibilizando a sus protagonistas como sujetos completos, con su propia e intransferible subjetividad y permitiéndoles hacer resonar su experiencia en nuestras palabras. Pero el proyecto siempre tuvo otro costado, menos individual y más político. Los desplazamientos forzados no suelen ser solo procesos individuales. Afectan a la comunidad entera. En el caso de la Argentina más de 300 mil personas salieron del país con distintos destinos durante la última dictadura militar.⁴ ¿Para qué revolver en ese pasado traumático sobre el que poco podemos hacer? Si bien es cierto que no podemos cambiar lo que pasó, sí podemos trabajar sobre la manera en que incorporamos eso que pasó a la experiencia colectiva.

3. González de Oleaga (2011: 320-321); (2013: 316).

4. Las cifras son muy poco precisas. Entre otras razones porque hubo países, como España, donde los exiliados no entraron como tales sino como ciudadanos de pleno derecho dado el origen familiar. González (2009); Franco (2008); Jensen (2011); Mira (2004).

El exilio argentino es una parte importante de las consecuencias del terrorismo de Estado que afectó a toda la comunidad nacional entre 1974 y 1984. Una anomalía traumática que irrumpe abruptamente en la convivencia colectiva. Lo traumático, por definición, violenta a los individuos y a las colectividades. Algo inesperado hace su aparición y los relatos que dan cuenta de esa experiencia quedan desarticulados, fracturados, clausurados. Todos conocemos la incapacidad de los individuos que han experimentado sucesos traumáticos —guerras, violaciones, asesinatos— para poder hablar en primera instancia. La palabra no sirve y el relato que da cuenta de ello se resiste. Pero esa misma comunidad que ha vivido esa conmoción va a transmitir esa experiencia a las nuevas generaciones. Los que nacen hoy reciben junto con su nombre un pequeño capital compuesto por el lenguaje y por una historia —individual, familiar, de clase, regional, nacional—. Dentro de esa historia se transmiten valores, posiciones, creencias: una forma de ver y de estar en el mundo. Pero esa transmisión puede estar llena de silencios y, en estos casos, el silencio no es la ausencia de palabras sino una presencia muy fuerte de algo no dicho, que no pudo decirse. Una comunidad que ha sufrido un acontecimiento traumático puede transmitir ese proceso a través de relatos, contextualizándolo, situándolo en el pasado o, puede hacerlo, transmitiendo aversión y terror. No se trata de elegir entre la memoria o el olvido. Entre la recreación y el pasar página. La disyuntiva está entre permitir que el pasado vuelva a su lugar o sea una presencia no advertida en el presente. La diferencia está en la palabra.

Las nuevas generaciones pueden acceder a los relatos de lo acontecido, cuestionar el protagonismo de los que los antecedieron, escudriñar en las distintas interpretaciones, incorporar esa memoria como algo que ya pasó. Pero si no hay relato, si no hemos conseguido “poner palabras a la ferocidad de la historia” como señala Daniel Korinfeld,⁵ lo que se transmite son emociones puras ante las que no se puede tomar distancia y el pasado, al

5. D. Korinfeld (2009: 105).

acecho, inunda el presente. Nuestros testimonios, de infancia y adolescencia transterradas, quieren poner palabras a esa fractura que el terrorismo de Estado abrió en la comunidad y legar a los que vienen detrás relatos con los que desactivar la presencia atormentada del pasado. Por eso también este libro.

ESTE LIBRO

Este trabajo contiene un número asimétrico de capítulos. Nueve, cinco y medio y cuatro. Casi como si se tratara de la métrica de un haiku. Cada una de nosotras tuvo la libertad de componer su panorama, de dar cuenta de su experiencia, a través de las entregas convenientes. No hubo una única consigna ni correspondencia en las devoluciones. Yo escribí nueve pequeños capítulos. La mayoría de ellos perfilados en mi casa del arroyo Caracoles, en el Delta del Paraná. Carolina Meloni escribió cinco y medio (como dice ella) y Carola Saiegh, cuatro. Y cuando decidimos poner punto final nos preguntamos por el sentido de esos números y empezamos a especular, con la seriedad que merece todo juego, sobre los significados.

Los cuatro capítulos de Carola le recordaban las cuatro patas de las sillas plegables con las que creció en su casa de Madrid; las cuatro patas de sus gatos añorados en Buenos Aires y en la quinta de Pacheco; los años que ella tenía cuando nació su segundo hermano; las cuatro caras de ese cajón que su abuelo mandó de Buenos Aires y que se transformó en una mesa, hoy centro de cualquier reunión familiar, en su patria suplente. La grafía del cuatro se asemeja a una silla al revés. Como si alguien hubiera decidido poner fin a la espera y, enojada, hubiera puesto la silla patas arriba. El cuatro no es cualquier número para Carola, esos cuatro capítulos son el recuento de su historia. Carolina escribió seis capítulos, pero, dice ella, uno es muy corto y lo contabiliza como la mitad. Así que son, en total, cinco capítulos y medio. La edad que ella tenía en su primer exilio; los años que su madre estuvo como presa política en distintas cárceles (Jefatura, Cárcel de Concepción y Penal de Villa Urquiza en Tucumán, y Penal de

Villa Devoto, en Buenos Aires) y los meses de embarazo cuando fue detenida en 1975. El cinco tiene esa pancita redonda que contradice la rigidez de su ángulo superior. Como una ensenada, una guarida —diría Carolina—, o la cabeza de una cuchara que contiene, preserva y protege. En mi caso, son nueve los capítulos con los que he decidido recrear y transmitir mi experiencia como adolescente transterrada y me recuerdan los nueve años que yo tenía en mi primer desplazamiento; los meses de cualquier embarazo a término o los años al cabo de los cuales, durante buena parte de mi vida, me cambié de casa. Una rara contabilidad en la que el nueve se parece a un globo, liso y orondo, ajeno a su destino, sujeto al mundo por un delicado y fino piolín.

A pesar de ser pequeños capítulos sueltos, de ser un texto fragmentado y sincopado, hay en cada una de sus partes un hilo, un itinerario, una suerte de pasaje andado y transitado. *En tierra de nadie / Todo lo que era mío* se empieza por el final, la llegada, como en el juego de la rayuela, y desde allí, desde el Cielo, se dibuja el camino inverso hacia la Tierra. Se habla de un regreso y eso dispara la memoria para desandar los senderos y volver a los primeros recuerdos. En *Ritornello: el exilio como guarida*, más que un viaje se percibe un balanceo entre los dos mundos, el de origen y el de acogida. Casi como si la autora se hamacara, yendo y viniendo. Elevada en el aire se mece entre el ir y el venir. Por último, en *Alzar la voz o la imposibilidad de decir* se abre una enorme paradoja que contradice el título. Las palabras y las canciones están tan presentes que forman un puente entre aquello y esto, donde quiera que se sitúen esos puntos en el mapa. Un puente tejido con sonidos y voces familiares, como esas pasarelas que, en las selvas tropicales, colgadas en el aire y sostenidas solo en dos puntos, permiten el paso por encima de las aguas turbias y agitadas.

Pero hay algo más en este libro que me gustaría comentar. A veces un libro nos revela cosas, y decimos que fue una revelación; otras, nos ordena nuestras ideas y pensamos en él como si se tratase de un prospecto o de un manual de instrucciones; muchas veces un libro resulta útil para pasar el rato y, entonces, decimos que fue entretenido; y otras nos sorprende o nos conmueve y lo festejamos diciendo que fue una sorpresa. Este libro, siguiendo el

juego de asociaciones, se parece a una navaja suiza. Siempre miro esos ingenios rojos expuestos en las vitrinas de las estaciones de servicio o de los bares de carretera. Todo cabe en esa pequeña y lustrosa superficie roja con el símbolo de la Confederación Helvética: la lima para las uñas, el destornillador, el cuchillo de pelar, el abrelatas, el descorchador y un largo etcétera que seguramente desconozco. Todo plegado y replegado, ocupando el mínimo espacio, esperando un gesto para mostrarse en toda su utilidad.

A este libro le pasa algo parecido. Es un conjunto de testimonios que visibiliza, o eso pretende, a los niños y adolescentes desterrados como sujetos completos con formas distintas de pensar el mundo. Y por ello, podría interesar a aquellos que habitan esos espacios y a aquellos otros que, por razones profesionales o familiares, están en contacto con esos territorios y sus habitantes. Maestros, psicólogos, padres, niños, adolescentes, monitores, trabajadores sociales, entre otros. Pero estas páginas trazan y dibujan paisajes que componen climas de época. Y los historiadores, sociólogos, antropólogos y afines podrían encontrar material para su curiosidad académica y profesional. También su contenido, en la medida que trasunta valores y creencias, podría ser leído en clave ética o desde la filosofía política. La relación con los otros, los comportamientos propios de niños y adolescentes, sancionados socialmente, o la relación público/privado en infantes y jóvenes podrían ser matrices a expurgar. Con la misma indefinición que las navajas suizas, este libro está escrito en un género poco preciso. Es un ensayo, pero también una pieza literaria y, dependiendo de quién lo lea, podrá encontrar reflexiones historiográficas, filosóficas y de naturaleza política. Un libro más. Otro. Los libros son casi siempre una aventura y lo que está escrito, como los mapas, es solo una parte del viaje. Una parte importante, sin duda, pero solo eso: una parte. La experiencia, la verdadera apuesta, está en la lectura...

En tierra de nadie /
Todo lo que era mío

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

A mi madre, por el valor de la palabra.

A la memoria de mi padre y sus raíces invisibles.

*A mi hijo Ignacio, verdadero causante
involuntario de estas historias...*

A Kike por el amparo de sus manos...

Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada.
Si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.

BLAS DE OTERO, *En el principio*

Misterio en tres actos

A Pynandí

Los misterios son esos acontecimientos, sucesos o situaciones que ponen patas arriba la lógica, juegan con ella, se divierten burlándola. Lo bueno de los misterios es que por mucho que intentemos devanarlos, como esas madejas de lana a punto de convertirse en ovillos, se resisten y, si bien podemos descubrir alguno de sus costados, siempre permanecerán otros: conos de sombra, restos tozudos y resistentes a toda interpretación. Pero más interesante aún que la imposibilidad de acabar de una vez por todas con los misterios es lo que los misterios nos hacen a nosotros cuando intentamos destriparlos o reducirlos a unos cuantos enunciados explicativos. En esos pulsos, esos seres diminutos y rebeldes nos escupen con energía desalojando el doble de la fuerza que nosotros invertimos en su desvelamiento. Por eso hay que ser cauteloso con los misterios, en lugar de diseccionarlos o ponerlos bajo la lupa es mejor acariciarlos, susurrarles lindas melodías al oído y acostarse a dormir la siesta con alguno de ellos bajo la almohada...

I. COMO AGUA TIBIA AL SUR DEL OMBLIGO

Hacía mucho frío fuera. Uno de esos días oscuros y ventosos que, en el Delta, convierten el paisaje en campo de batalla. El agua picada del Paraná de las Palmas y el viento silbando entre las casuarinas y los cipreses calvos anunciaban el fin de los tiempos o, al menos, la imagen parecía salida de las estampas que se prodigaban en las biblias ilustradas para niños. Los árboles en pleno invierno alzaban las ramas como muñones clamando piedad al

cielo y todo el mundo que podía y tenía forma de escapar se ponía a resguardo para evitar males mayores. En ese escenario de profundo desamparo la percepción se tornaba violenta, como si el cuerpo hablara otro lenguaje o sintiera de otra manera. Las manos frías y ateridas parecían prótesis y los pies buscaban cómo agarrarse a una superficie segura. Ella estaba podando un jazmín blanco que enredaba en el porche de la casa de madera. Parecía increíble, pero a ella, en esos momentos de furia climática, siempre se le antojaba podar los jazmines, tomar el té en el muelle o contar por parejas el número de loritos verdes que habían anidado en el viejo roble. Ajena a los acontecimientos naturales o, por el contrario, totalmente inmersa en estos marcos salvajes decidía desafiarlos como había visto hacer a los ingleses en las guerras coloniales: como si nada hubiera pasado seguían podando los gruesos troncos de sus rosas preferidas mientras recolectaban las verdes hojas de ruibarbo. Ella también podaba el jazmín y seleccionaba las mejores hojitas de romero en medio de la tormenta. En eso sonó el teléfono dentro de la casa de madera, blanca y verde con el techo de zinc rojo. Dejó las tijeras de podar y subió de a dos los nueve peldaños que la separaban del teléfono. Respiró profundamente y al colocar el auricular sobre su oreja derecha sintió la voz de alguien que conocía desde hacía tiempo, un tiempo indefinido que no se podía contabilizar en años, meses o días. Ahí estaba él, al otro lado del tubo, lejos, muy lejos. Lo notó nervioso como si la respiración fuera más agitada de lo normal, aunque tal vez lo que ella estaba oyendo era su propia respiración sincopada. Hablaron un rato con esa expectación que producen los teléfonos de aire que, como todo lo que tiene que ver con las islas del Delta, depende de las condiciones climáticas, del comportamiento de los vientos y de la espesura del follaje. Esa noche se aliaron los elementos y la conversación se produjo sin incidentes. Ella no recuerda de qué hablaron, en realidad qué se dijeron no parecía importante, pendiente como estaba de descubrir el timbre, la cadencia, la intensidad de esa voz que había tenido presente durante algún tiempo. Así constató que cuando escuchamos y no vemos, el mundo se transforma o que aparecen indicios, paradójicamente, oscurecidos por la visión. Verlo a

diario le había permitido crear una imagen rotunda, reconocer en cada pliegue y en cada arruga una presencia consistente y con pocos agujeros. Tal vez fuera su complexión física, largo más que ancho, o el diámetro de la base de sus manos, notablemente más acogedor que el de sus dedos, lo que le permitió componer esa instantánea tan atrayente. Quién sabe qué otras dimensiones de esa presencia influyeron en la representación que ella se hizo de él. Acostumbrados a confiar en la vista y el oído, a fiarnos de estos dos sentidos para casi todo, es muy probable que no podamos registrar el impacto de los otros, por ejemplo, el olfato, ese sentido tan primario y animal. Ningún olor particular ni en la persona ni en la casa y eso sí que era raro para ella que tenía la pituitaria tan desarrollada. Por eso cuando la vista se eclipsó en la comunicación telefónica y ella intentaba imaginarlo a miles de kilómetros de distancia, la voz adquirió un protagonismo que hasta entonces no había tenido o que había tenido que compartir con su mirada. Y esa voz suave y lejana, que a ella le pareció algo alterada, con un ligero acento local pero con unas inconfundibles erres suavizadas le produjeron una extraña y deliciosa sensación: como si un hilo de agua tibia se deslizase por su espalda desde la nuca hasta los pies, inundando de calor los hombros, las caderas y los muslos mientras otro hilo de agua tibia se desplazaba a su antojo entre los pechos hasta el sur del ombligo, corriendo veloz y vehemente hacia ese paraje húmedo y oscuro que está en el origen de todo...

II. BOTÁNICA APLICADA: DEL COMPORTAMIENTO DE LOS CLAVELES DEL AIRE

A Laura siempre le habían llamado la atención los claveles del aire, esas plantas, consideradas parásitas, que se prenden a los árboles y a cuanto soporte encuentren en su camino. De vivos colores, las *tillandsias* (su nombre científico) son unas plantas raras que desafían todo lo que creemos saber sobre el reino vegetal. No tienen hojas, ni raíces, no necesitan agua ni tampoco tierra. Parece que se han dotado de unos ganchos para sujetarse a

soportes vivos e inertes, ya sean árboles o cables del teléfono, y poseen unas escamas con las que atrapan algo de niebla y los nutrientes que les permiten vivir. Son originarias de América Central y del Sur, básicamente de la América subtropical, donde son parte del paisaje. Delicadas, no les gusta el sol directo y solo toleran el movimiento suave del aire fresco. Existe una variedad, las monocárpicas, que florece solo una vez, antes de morir.

Desde chica a Laura le habían intrigado los claveles del aire, coleccionaba figuritas, se sabía los nombres de las distintas variedades y asistía a la feria de flores de la Rural solo para ver las *tillandsias* que siempre le habían parecido más interesantes y mucho menos apreciadas que las orquídeas. Pasaron muchos años hasta que esa fascinación por estas plantas desarraigadas, nómadas y fugitivas se le reveló como una anticipación, una coincidencia o la premonición de su propio destino. Desterrada a los quince años, a esa edad en la que los humanos poseen un sentido trágico de la vida, nunca consiguió arraigar en otro lugar, en otro espacio o en otro paisaje. Lo intentó denodadamente, perdió el acento, adoptó uno nuevo, e hizo todos los esfuerzos posibles por olvidarse de quién había sido y sobre todo por no recordar lo que había perdido. Pero todo fue inútil. A diferencia del niño cautivo de Borges, a Laura no le hacía falta encontrar algún rastro del pasado, “ese instante de vértigo”, para volver a presentirlo o para recordar algo de lo vivido. No. En ella la memoria y el olvido operaban exactamente al revés. El pasado estaba tan presente que lo iba buscando en cada calle, en cada rincón, en cada mirada, en cada abrazo o en la piel de todos aquellos a los que había amado... Por eso regresaba siempre a la plaza de Chulumani, a la playa de Isla Negra, a los siete arroyos de Piribebuy o a alguna de las islas del Delta del Paraná... En todo esos lugares encontraba un eco, algo así como la reverberación de lo que había dejado atrás, de lo que había perdido... y para no perderlo del todo volvía siempre con alguien, con la secreta esperanza de que ese viaje fuera el definitivo. Como si se tratara de un viejo ritual intentaba conjurar la dolorosa pérdida con una nueva ofrenda, otra relación, un nuevo vínculo que resignificaría, ahora sí, ese lugar marcado y le devolvería un pequeño fragmento de

lo que allí había pasado. Una ceremonia ancestral dedicada a un dios menor, exigente, insaciable e inflexible, para quien la última vez nunca sería la última.

En uno de sus viajes de regreso a uno de esos lugares donde había estado antes descubrió nuevamente los claveles del aire. Estaban por todas partes con la naturalidad del que sabe que lo natural no existe. Pero sobre todo colgaban como guirnaldas de los cables de la luz y del teléfono. Porfiados, formaban conjuntos coloridos atados al negro del cableado. De a dos y de a tres con las raíces al aire desafiando la gravedad y burlándose de sus congéneres, esclavos de la tierra y del suelo. Y ahí vio, por primera vez, que estas plantas desterradas, estas flores sin patria, no les pedían nada a sus anfitriones, no exigían de sus soportes ninguna donación, no pretendían arraigar en ellos, solo se sujetaban para poder florecer una vez (más) antes de morir...

III. AVISO A NAVEGANTES: HAY UN MARINERO EN TIERRA

La primera vez que escuché a Leonard Cohen tenía dieciséis años... Alguien a quien quise, con la fuerza y convicción que dan los primeros amores, me llevó a su habitación e hizo rodar el *long play* en su tocadiscos. Recuerdo su cara y el brillo de sus ojos ante el descubrimiento y, sobre todo, ante la admiración de aquella jovencita insolente. *Suzanne* fue la primera canción que escuchamos y la que pondríamos, una y otra vez como si se tratara de un mantra o como si esa melodía escondiera algún mensaje oculto, vital para nuestras vidas. Eran tiempos confusos y mi compañero de entonces, notablemente mayor que yo, tenía una orden de “busca y captura” emitida por las autoridades españolas de aquel momento, ya en los estertores de la dictadura. Así, escuchar esa canción en tiempos difíciles, en los que sabíamos que la brigada político-social andaba averiguando el paradero de los “fugados”, adquiriría una trascendencia que solo ahora se manifiesta con claridad. Hostigados y aterrados, *Suzanne* nos permitía fantasear con ese lugar cerca del río en el que se podía tomar té y naranjas que venían de la lejana China, en donde explorarse en la mirada

del otro sin miedo al tiempo, al deterioro o a la pérdida o intu-
yendo que gracias al tiempo, al deterioro y a la pérdida podíamos
soñar con ese escondite al lado del río. Un lugar fuera de lugar
al que se regresa una y otra vez sabiendo, como en la *Ithaca* de
Kavafis, que lo importante es la búsqueda y no la recompensa.
Eran tiempos duros y nosotros nos sentíamos como un marinero
en tierra, que sabe que solo se puede añorar aquello que ya se
sabe perdido.

Treinta y cinco años después de esta escena descubro que mi
intuición de entonces era acertada: había un mensaje oculto en
aquella canción, pero necesité todo este tiempo, casi media vida,
para poder desvelar su contenido. Sin quererlo del todo, como
si se tratara de un sueño que se siente pero que no se recuerda
o del que quedan en la memoria pequeños jirones, llevada por
un impulso con muchas caras y pocas razones, construí una casa
cerca del río a la que siempre regreso a tomar té y naranjas de la
China y en donde intenté encontrarme en la piel del otro, sen-
tir el compás de su respiración en la mía. Una casa de madera
blanca y verde, con el techo de zinc rojo como la que aparecen
en los dibujos infantiles, donde la luz cambia con cada estación
y hace que casi todo sea posible. Un lugar lejano y familiar, un
paréntesis, una burbuja fuera del tiempo o fuera de este tiempo
impuesto. Sé, tal vez lo supe siempre, que nunca llegaremos a
encontrarnos allí porque, como en el poema de Cortázar, “la flor
que te llevé tenía una araña esperando entre los pétalos” pero me
queda el recuerdo de lo que no fue y la convicción de haber sido
fiel, aun sin saberlo, a mi deseo, a mi propio destino...

Entre paréntesis

*A veces justo esa pizca de poesía es la que
hace que el recuerdo
sea fiel a la verdad.*

KATJA PETROWSKAJA, *Tal vez Esther*

*Anduve por el mundo y sus lenguas como si todos supieran un secreto
ignorado por mí. Sé ahora que no hay secreto, o que esa carencia
era el secreto. Pero sigo siendo el extranjero. En todas partes soy el llegado de
una isla lejana, inverosímil, imposible casi. De una isla que ya no existe.*

BAUTISTA DUIZEIDE, *Kanaka*

“Uno nunca vuelve” leí una vez que decían dos psicoanalistas famosos, los Grinberg, respecto a los fantasmas del exilio o del desplazamiento, que es como yo prefiero definir ese proceso que hizo que en dieciséis días dejara atrás toda referencia, todo lo conocido y familiar, y me instalara en otro país y en otro continente a mediados de 1975. Por aquel entonces, con quince años, mi salida de la Argentina no fue una expulsión; nadie nos perseguía y nadie nos obligó a exiliarnos. Fue decisión de mis padres —niños de la guerra civil española— abandonar aquel país ya arrasado por la violencia política parapolicial —preámbulo de la violencia militar— e instalarnos en Asturias, de donde ellos eran oriundos. Pensaban que, en la casa familiar, en una pequeña aldea de un pueblo de la costa, encontrarían el refugio para vivir y contener a su hija adolescente. En poco más de tres meses liquidaron lo poco que tenían y sacaron los pasajes para el Cabo San Roque, un transatlántico que haría con nosotros su última travesía. Cargados de baúles con los más variados enseres, que probaban —por si hiciera falta— que este era un viaje sin retorno, estuvimos ocho días sin ver tierra firme, concentrados en el minúsculo espacio del camarote de segunda, vomitando todo

lo que alcanzábamos a ingerir. Cuando mucho tiempo después visité el Jüdisches Museum de Berlín y paseé por el jardín del exilio (curiosa combinación de palabras, casi un oximorón), ese espacio desnortado y desnivelado que pretende reproducir algo de la inestabilidad física que experimentan los desplazados, lloré un buen rato rememorando la semana que pasé sin poder levantarme del camastro en aquel cajón de madera rechinante y sonoro en el que me trasladaron de Argentina a España en 1975. La mar está picada, el tiempo no acompaña. Todos sabíamos que se trataba de otra cosa, pero hacíamos como si la culpa del mareo y de la confusión la tuvieran las corrientes y las tormentas. Aún no había palabras para nombrar lo que nos estaba pasando. En ese *intermezzo* de aire, agua y a veces tierra, en ese no lugar o lugar-en-medio-de-ninguna-parte formamos una familia de emergencia con la que soportar la pérdida de lo dejado y anticiparnos a la incertidumbre de lo que nos estaba esperando. Una familia efímera, como efímero era el tránsito entre los dos mundos. Un paréntesis. Espacio de desarraigo radical donde no había nada que conservar porque todo estaba perdido de antemano.

De repente todos los vínculos afectivos —esos que nos constituyen y que hacen que seamos quienes somos— se vieron cercenados de cuajo, interrumpidos por once mil kilómetros de distancia y, en su lugar, el fantasma de un miembro amputado, que clama por memoria y se resiste al olvido. De nada sirvió la aparición de una cohorte de familiares —de sangre— a los que nunca había visto y con quienes no tenía ninguna afinidad. La familia es esa parte de la historia propia que está ahí, esperando nuestra llegada al mundo, que recibe alborozada nuestro nacimiento. Es la que, a pesar de las diferencias y los desencuentros, es testigo de nuestra infancia. No es lógico que aparezca quince años más tarde. Menos que lo haga creyendo tener derechos o demandando un afecto que nunca cultivó. Como era de esperar, el injerto fracasó y nunca más volví a hablar de la pretendida prótesis de consanguíneos, no los volví a ver y no los extrañé porque no se puede echar de menos lo que nunca se tuvo. De esa época me quedó el rastro de un deseo contradictorio e imposible. La añoranza por la garantía familiar, esa especie de pacto de

sangre por el que uno pertenece a la tribu —y es beneficiario de su protección y amparo— por el nacimiento, sin que tengan que mediar o dependa de las acciones individuales. Pero por otro, un profundo rechazo a este acuerdo involuntario por el que la familia nos acoge no por ser quienes somos sino por ser parte de una filiación sobrevenida. Como si quisiera reunir lo mejor de los dos mundos —el de la familia biológica y el de la familia en funciones— me he pasado parte de mi vida intentando reconciliar lo irreconciliable. La familia biológica es indestructible a condición de renunciar, parcialmente, a quienes somos. La familia en funciones —como la amistad de la que es deudora— se fundamenta en nuestras particularidades, pero, por eso, suele ser más fugaz y efímera o, al menos, está sujeta a los avatares de la existencia. Como si la seguridad —el amparo irrestricto— se llevara fatal con la libertad —de ser quienes queremos ser—. Y no sin dolor, yo hice mi elección.

Todavía hoy añoro a la familia que dejé en Buenos Aires. De ellos tenía noticias de vez en cuando. Las cartas eran entonces el único medio para mantener la comunicación y eran un medio tedioso para la impaciencia adolescente. Recuerdo cuántas veces preguntaba en casa si había llegado el cartero y recuerdo la emoción cuando intuía —a través de las ranuras metálicas del buzón— el sobre celeste y blanco. Noticias, buena o malas, pero noticias. Ese mundo que tanto añoraba todavía estaba ahí, palpataba en mi mano como el corazón de un pequeño gorrión caído del nido. De alguno de ellos no volví a saber más. Con otros se fue perdiendo el contacto de a poco, de forma natural, casi imperceptible. En algún caso la conversación quedó suspendida en una carta que yo no contesté o que, del otro lado, demoraron tanto en responder que ya no hacía falta hacerlo porque el peso de ese silencio había colapsado toda palabra. Pero yo cultivé el recuerdo, los detalles, los olores, los colores con la misma dedicación que un coleccionista, que no sabe, a ciencia cierta, si son los objetos o la búsqueda lo que mueve su pasión.

Viví muchos años entre dos mundos, pendiente de las noticias que llegaban de la Argentina e intentando vincularme de alguna manera con el país de acogida. No fue fácil. Creo que

me ayudó el habernos ido a vivir unos meses, a nuestra llegada, a una aldea de diecinueve habitantes, en la comarca de la sidra, en Villaviciosa y haber podido contar con un tío (casi abuelo), el hermano mayor de mi padre, que había estado en Cuba y había regresado muy a su pesar. Otro desplazado. Hablaba de una Cuba mítica, como mítica había sido su juventud ya ida, mientras escuchábamos en un transistor de galena, que él mismo había fabricado, Radio Pirenaica. Anarquista y anticlerical furibundo, este hombre alto y flaco, que parecía un quijote imberbe vestido con trajes remendados de los años 30, relojero e inventor, me salvó la vida. Y ese pueblo pequeño, ajeno y familiar al mismo tiempo, me permitió mitigar temporalmente la añoranza. Algo en esa casa grande, llena de recuerdos y fantasmas, me convocaba. Todo allí era desconocido y, sin embargo, me pertenecía.

Otro paréntesis. Lugar fuera de lugar que escapó al tiempo. Tregua entre dos mundos, el que habíamos dejado y el que prometía ser definitivo. Mientras tanto, esos cuatro meses en esa casa a la que llegamos de madrugada un día del mes de julio, poco antes de mi cumpleaños. Esa primera noche nadie durmió, pero yo fingí hacerlo. Todos hablaban de una habitación a otra como hacían cuando eran niños. Casi al alba escuché a mi padre sollozar y vi, a través de la puerta entornada, a su hermana mientras lo sostenía en un abrazo y él intentaba explicar su desconuelo: cuando se había ido la casa estaba llena, a su vuelta ya no quedaba casi nadie. Había emigrado muchas décadas atrás y allí quedaron el padre, la madre, los diez hermanos —entre ellos, Oliva, su hermana más querida con la que me confundiría una y otra vez poco antes de morir— y sus tías. Una tribu, una auténtica tribu. A su regreso solo dos estaban esperando. Solo dos de tantos. Mi padre en esa casa se encontró cara a cara con la ausencia. Había sabido por carta de la muerte de cada uno de ellos y lo había sentido en la distancia, pero allí, donde nació y donde dio sus primeros pasos, tuvo que hacer frente al vacío. Los ausentes pertenecen a un lugar y a un paisaje, no se los puede extrañar allí donde nunca estuvieron. Fuera del espacio en el que uno los recuerda, los muertos no se mueren del todo. Para mi padre, a su regreso, la casa familiar se transformó en una tumba, un gran

agujero negro, del que intentó escapar en cuanto pudo. Peleó titánicamente contra el desgarró de saber que esa casa se había tragado a todos los que había querido. En una especie de sacrificio último para conjurar la ausencia se propuso hacer arreglos en aquella vieja casona, llena de habitaciones y muebles; trabajó con tesón para acondicionarla, construyó un baño para aligerar mis incomodidades, acostumbrada como estaba a la gran ciudad, y en cada paso reconocía el fracaso inevitable: nada ni nadie podía devolverle lo perdido. Yo observaba esa lucha con ternura, la misma que hoy me produce mi hijo, que tanto se parece a él, cuando intenta ajustar cuentas con su memoria familiar.

Un barco en su última travesía y una casa grande y fría, marcados a cada centímetro por historias, nombres propios y recuerdos ajenos. Lugares de tránsito y, sin embargo, los lugares más permanentes que nunca tuve. En estos lugares efímeros, etapas de un largo viaje que creemos nos lleva a otra parte, durante mucho tiempo decidí arraigar, con la secreta esperanza de que su provisionalidad fuera un conjuro contra la pérdida sin advertir que en esos lugares, como en las cartas escritas con tinta invisible, nuestro aliento va calentando el papel y haciendo emerger una misiva que tenemos que entender y de la que tenemos que apropiarnos, una carta escrita por otros y para otros, pero que tenemos que hacer nuestra. Cuando lo conseguimos podemos decir que hemos regresado.



DEL CASTRO
LA HABANA
- CUBA -

AEREO
AIR MAIL



**COMISION
DE
SOLIDARIDAD
CON EL
PUEBLO
ARGENTINO**

**C.O.S.P.A.
ASTURIAS**

mayoria de

la declaración p
Gobierno Suárez s
solicita de Juan
de una Amnistía
derán el Gobie
ría?
TOTAL, rec
movilizado
masas, ing
de la muer
comenzada
salida a la
A Y LIBE
gritos m
grafía d
recog
el pue
ción,
una
in-
fe-
antecedentes
juntamente toda actividad
casas de la oposición,
contrario, el
pro
T
E



Dobles

A C. G., por tantos inviernos compartidos.

*Soy como ese hombre que llevaba un ladrillo consigo para mostrarle
al mundo cómo había sido su casa.*

BERTOLD BRECHT, *La casa y el ladrillo*.

Los desterrados viven en dos mundos, pensó y se sorprendió de su ocurrencia, mientras miraba las fotos de un reportaje sobre las colonias menonitas del Chaco paraguayo. Tanto se habla de la virtualidad y de la simultaneidad temporal en el mundo contemporáneo y resulta que los emigrados inauguraron esa peculiar forma de ubicuidad tanto tiempo atrás. Porque los desplazamientos, los exilios y las migraciones están en nuestra historia y en nuestra memoria desde la noche de los tiempos. Tal vez sea una de las señas de identidad auténticamente humana. Una suerte de universal que atraviesa todos los tiempos y todos los espacios. Y mientras recorría las páginas de la revista reconocía las casas menonitas, esas construcciones centroeuropeas a dos o cuatro aguas, con techos alpinos para protegerse de la nieve, instaladas en medio del calor seco del Chaco Boreal. Y veía esos jardines multicolores llenos de flores del viejo mundo —zinnias, dalias, hortensias y margaritas— que empecinadamente, y no sin grandes esfuerzos, los anabaptistas habían conseguido trasplantar y aclimatar a su nueva patria. Tenían casas pensadas para la nieve, cultivaban flores de clima húmedo y comían *borsch*, una sopa roja de remolacha y crema, con 45 grados a la sombra y ni una gota de humedad. Era su forma de compensar la pérdida, arrastrando lo perdido por medio mundo, como el hombre del ladrillo del que hablaba Brecht. Una carga pesada, sin duda, pero necesaria.

Los desterrados replican el viejo mundo en el nuevo, volvió a pensar y se escuchó pronunciando este enunciado en voz alta como para convencerse de que era de su boca de donde había salido esta idea. Si no, miren la ciudad de Buenos Aires, observen cualquier

ciudad del mundo en la que hayan recalado migrantes o exiliados. Casas en el extremo sur del mundo con terrazas para el calor y para tender la ropa, como en las ciudades árabes; o las llamadas casas chorizo, un remedo de la casa romana partida a la mitad, como sus propias vidas; casas de tejas rojas tan características de los pueblos españoles; casas alpinas o normandas con esos techos inclinados y esos listones de madera en las paredes que, allá lejos, fueron de barro y piedra; palacios franceses con mansardas y cúpulas escamadas. Un catálogo de estilos arquitectónicos en una misma ciudad. Un pastiche, un palimpsesto. Los emigrados no van ligeros de equipaje. Cada uno, cada comunidad de desterrados intenta reproducir algo de lo que dejó atrás, como si ese trasiego fuera una condición para poder seguir siendo al otro lado. Como si la necesaria continuidad de la existencia pasara por la materialidad de la arquitectura, por la seguridad de la casa. Significante precioso para un desterrado. Pero no era solo la casa el lugar a reconstruir y recrear, también otros espacios de sociabilidad como las plazas. Entonces recordó Washington Square en Nueva York, poblada de boricuas jugando a las damas y al ajedrez en bancos de piedra, desafiando al frío y ofreciéndose a los rayos de sol que se atrevían a traspasar el cielo encapotado; o en Madrid, en las plazas de los pueblos de la sierra, tomadas a la tarde por bandadas de varones marroquíes intentado reproducir los cafés de Marrakech.

Los desterrados viven en un espejismo, se oyó decir como si se tratara de un eco de su propio pensamiento. Pero vivir en un espejismo no significa vivir en un lugar falso. Los espejismos responden a otra verdad, a una materialidad diferente. La del deseo o la de la necesidad. Y entonces recordó a su abuelo M., que no era su abuelo. Al menos, no lo era en sentido estricto. También su relación con él respondía a otra verdad, no a la biológica sino a la del afecto. Su abuelo que no era su abuelo, pero había ejercido de abuelo. El único que había conocido, el único con el que se había criado. Un testigo de su infancia que la había acompañado durante años, todos los días de la semana, de-lunes-a-viernes-porque-el-fin-de-semana-les-doy-franco, decía moviendo su panza al compás de la risa. Su figura recortada contra el cielo gris del otoño porteño es la última imagen que recuerda de su salida

de Buenos Aires. Uno de los pocos que había ido a despedirla; se quedó hasta el final agitando un pañuelo blanco, aferrado a la valla de metal que fracturaba la dársena en dos territorios, el de los que se quedaban y el de los que se estaban yendo. Su abuelo le había dicho que se mantuviera en cubierta hasta que anocheciera, que incluso cuando ya solo se pudieran distinguir las luces de la ciudad a lo lejos, él seguiría estando allí, saludándola con su pañuelo. Prometió no moverse de esa tierra de nadie hasta que el barco desapareciera definitivamente de su vista y la noche desdibujara el horizonte. Y así fue o, al menos, era lo que ella creía.

Muchas décadas atrás, su abuelo M. había salido para siempre de su pequeña aldea. Tenía catorce años y nunca regresó. Cada tarde de-lunes-a-viernes le contaba historias de su llegada al puerto de Buenos Aires, de los primeros tiempos, de los sueños con los que arribó a la gran ciudad, al otro lado del océano, a la perla del Plata. El primer fin de año que pasó solo en la trastienda del negocio en el que trabajaba, mientras miraba con la lujuria del hambriento los panes dulces alineados sobre el mostrador. Cada día una historia distinta, jamás repetida que, como al verdugo de Sherezade, la tenía en vilo a la espera de la siguiente. Así, un día y otro, esos relatos fueron tejiendo una trama, un delgado y delicado tejido, una tela de araña, fina y resistente en la que sostenerse, con la que abrigarse e ir creciendo. Casi un legado. ¿Puede haber herencia más auténtica, la única que merecería ese nombre, que la que transmitimos desde la experiencia?

Cuando por última vez creyó ver a su abuelo M. recortado contra el gris frío y brumoso de la ciudad supo que un zarpazo había partido en dos la fina tela que la sostenía y solo una hilacha morosa sujetaba los dos trozos. Hubiese bastado otra breve embestida, un soplo, para que los dos jirones de tejido se desgarraran para siempre y parecía que solo un milagro los podía salvar de la fractura definitiva. Y ese milagro, por anunciado no menos inesperado, apareció una mañana calurosa del mes de julio en el puerto de Bilbao. Alto y desgarbado como un quijote, luciendo un traje de raya diplomática y botamanga, de esos que usaban los indios en el Caribe y que hacía décadas nadie llevaba, un viejo tío, su tío C., el hermano mayor de su padre, la estaba esperando

en la zona de desembarco. Ese no-lugar, la frontera, en el que no se está dentro del país, pero tampoco fuera sino en una especie de limbo —como el reino de los no nacidos o de los inimputables— en el que alguien decidirá si uno puede pasar o si tiene que iniciar el viaje de regreso. Y ahí estaba ella, armada con dos láminas de buen tamaño —una del Che y otra de Salvador Allende— a las que se agarraba como si fueran la tabla de un naufrago y por las que estaba dispuesta a pelear con la energía y la convicción de sus casi quince años. Quién sabe si los funcionarios de aduanas o migraciones o la misma guardia civil —que custodiaba fusil en mano la entrada imaginaria al país—, quién sabe, si hubieran sido capaces de reconocer a los personajes de esos retratos. Tal vez, de haberlos visto, no hubieran reparado en lo que significaban o, quizá, de hacerlo, los hubieran requisado por subversivos. Nunca lo sabrá porque fue entonces cuando la iglesia vino en su ayuda. Como salidas de la nada, dos monjas de la Congregación del Corazón de Jesús, apostadas justo antes de la fila de la aduana, la esperaban. Privilegios de un estado confesional como era el de la España de entonces. Con un cartelito escrito a mano con el nombre de la familia, estas siervas del señor iban a buscar un paquete que les mandaban sus hermanas desde la Argentina. Y así, en una cadena de favores forzada por las circunstancias, las monjas sacaron bajo las sayas a dos de los héroes de la revolución socialista latinoamericana. Y ella sintió que había ganado la primera batalla.

Fue después de este pequeño triunfo, que para ella era el reconocimiento de lo que ya era en lo que quería ser, cuando lo vio junto a otros familiares. Más alto que la media, su forma de vestir, de moverse y una cierta torpeza impulsada por la timidez lo hacían destacar del resto de la comitiva. A día de hoy, ni siquiera puede recordar a los otros parientes congregados en el puerto de Bilbao. Solo lo recuerda a él, que se le acercó para abrazarla, con la delicadeza de quien no está muy acostumbrado a las demostraciones físicas de afecto y le dijo: “Me imagino por lo que estás pasando, yo viví algo parecido cuando me vine de Cuba”.

Desterrado de su Asturias natal a los dieciséis años había vivido su juventud en la isla y decidió volver temporalmente a España para reponerse de una enfermedad. Se había ido de una

pequeña aldea, austera y campesina, a La Habana, ciudad expansiva y cosmopolita. Decía que si Asturias era verde, La Habana era naranja como el sol del Caribe, y entre sus recuerdos de entonces guardaba la foto de una corista de cabaret vestida de mariposa. Y justo cuando pensaba regresar a la isla, la revolución de octubre y, dos años después la guerra civil, se lo impidieron. Nunca le perdonó a la vida esta jugada del destino, ni a sí mismo el no haber tenido el coraje suficiente para regresar allí, donde había sido feliz, aunque solo fuera para morir. Porque no podemos, decía, elegir el lugar donde nacemos, pero, a veces, estamos en condiciones de escoger el sitio exacto donde reposarán nuestros huesos. Y él sabía cuál era ese lugar. Al que nunca regresó. Pero durante años habló de esa isla en el mar Caribe con la pasión del amante, con el fervor del acólito. Relataba detalladamente sus trabajos en las carreteras de La Habana a Santa Clara y dibujaba cada curva y cada desnivel del camino cincuenta años después. Como si sobrevolase la espalda del caimán, recordaba su cambio de identidad —otro nombre, las mismas iniciales— para burlar un cerco policial por agresión a un mal patrón que le había sisado parte de su paga. Nunca regresó. ¿A dónde se regresa? ¿Cuál es el lugar de origen? ¿Hay un origen? ¿No es el origen una convención? O, mejor dicho, ¿No es el origen un acontecimiento azaroso y arbitrario decidido por otros? ¿El verdadero origen no es ese que va construyendo cada quién con sus decisiones, sus cobardías, sus palabras y sus silencios, sus identificaciones, sus preferencias y sus deseos? Marx decía que no era el mono el que explicaba al hombre, sino al revés. Lo que la especie humana había llegado a ser explicaba el punto de partida. En origen son muchas las posibilidades abiertas, pero solo algunas van a desarrollarse y es ese despliegue, ese desarrollo el que nos permite entender el origen. Una lectura a contrapelo. ¿Qué hilos de ese ovillo deshilvanado fueron capaces de transformarse en madeja y cuáles se quedaron por el camino? Nuestras opciones en la vida adulta nos permiten entender qué de ese origen dado fue aceptado, apropiado y qué despreciado. Porque la herencia, la verdadera herencia, no es un destino, es una invención. A veces ese punto en el mapa en el que venimos

al mundo nos representa, otras veces, no. Resulta curioso cómo nos situamos en esa topografía, cómo nos posicionamos en las idas y los regresos, decidiendo con este pase de palabras de dónde somos y de dónde queremos ser. Él siempre hablaba de regresar a Cuba, como si Cuba fuera su país. Y lo era: era su patria voluntaria, más patria por ser la elegida, no la adjudicada.

De la misma manera, él, su tío C., el que sabía de su sufrimiento por haberlo padecido, se convirtió en su familia por elección. No sobrevenida sino elegida. Con él, como antes con su abuelo M., los relatos del destierro, de un destierro gozoso, del encuentro con su verdadera patria, comenzaron a engrosar esa hilacha amodorrada, la única que mantenía el tejido que la sostenía en una sola, aunque desgarrada, pieza. Ahí se dio cuenta de que su tío C. era el doble de su abuelo M. Un sustituto. Un personaje que, como en los cuentos fantásticos que analizara Vladimir Propp, juega un rol, cumple un papel que nos permite ser, seguir siendo. Somos lo que hacemos pero esas acciones necesitan de las acciones de los otros como si se tratara de un coro o de una orquesta: actantes, acompañantes... Como si nuestra identidad, fracturada por los acontecimientos que irrumpen inesperadamente en nuestras vidas, necesitara de esos soportes, de esos co-protagonistas que nos dan la réplica, que comparten con nosotros la pregunta por quiénes somos y, en un movimiento incesante, nos ayudan a balbucear algunas respuestas posibles. Dobles, sustitutos, todo un mundo replicado como forma de resistencia. Los desterrados aceptamos continuar la representación de la vida con otros actores, siempre y cuando podamos contar con los mismos personajes.

*Y así, los desterrados nos convertimos en transterrados cuando somos capaces de construir con los restos del naufragio un lugar donde vivir. Pero ese lugar no es como los otros lugares, no es ni será nunca el lugar dejado, ni ese que nos acoge. Los transterrados viviremos para siempre en la playa, *the beaches of the mind*, como diría Greg Dening, ese lugar que no es el mar, pero tampoco es tierra firme; que a veces es el mar y otras, tierra firme. Un lugar liminal, una frontera, otro país, el país de los transterrados...*

El olor de la memoria

A C. M. por la infancia y el barrio.

No tener un hogar es no tener un nombre.

JOHN BERGER, *Un séptimo hombre*

Las distintas épocas de la historia humana han tenido sus regímenes sensoriales hegemónicos. En la modernidad, el régimen cultural en el que nos encontramos, la vista es el sentido dominante. No solo lo usamos de manera permanente, sino que una buena parte de nuestras metáforas, relacionadas con la relación que establecemos con el mundo, pasan por la mirada. Dentro de esta jerarquía sensorial nada puede competir con ella. Pero no siempre ha sido así. En algunos momentos de la vida humana, el oído fue el órgano dominante y escuchar el sentido fundamental. Pienso en nuestros antepasados cazadores recolectores recorriendo bosques y selvas, espacios en los que casi no se puede ver a un metro de distancia, cerrada la visión por una cortina verde. En ese contexto —que todavía se puede encontrar en muchas comunidades indígenas de América Latina— el oído es de gran ayuda. Pero no solo porque a través de él se puede detectar una presencia concreta —piénsese en algún depredador peligroso— sino por una especie de combinatoria de ruidos y sonidos, algo así como una gramática sonora. Los monos aulladores emiten un grito peculiar cuando el jaguar está en las proximidades y es un aviso a quien sepa interpretar el mensaje. Estar en el bosque, —o vivir en la selva— exige la pericia de desentrañar esos sonidos que lo constituyen. El agua, la tormenta, el venado, la caída de los frutos se oyen y se huelen, aunque no se vean. Por eso, en estas comunidades de cazadores recolectores no es menos importante el olfato, esa capacidad básica para reconocer lo que no se puede distinguir con los otros sentidos.

Pero, aunque en la modernidad la vista sea el sentido hegemónico y el olfato sea considerado un instinto menor o primario, el mundo huele, u olía, porque cada vez con más frecuencia los olores son neutralizados con aromas fabricados que enmascaran los efluvios naturales. El olor de las casas, de las personas, de las ciudades... como si se tratara de un plan siniestro para erradicar nuestra capacidad olfativa o para neutralizarla lo más posible, en algunas culturas “olor” es un sustantivo solo aplicable a los malos olores y “aroma” la palabra que se usa para los olores agradables. En realidad, según dice el diccionario, olor es la sensación y aroma el resultado. Pero el olfato es, en nuestro mundo, un sentido poco digno y carga con esa pesada culpa. Sin embargo, el olfato es el sentido con mayor capacidad evocadora. El olor de la memoria. Y esta está más relacionada con el olfato que con cualquier otro sentido, como puso de manifiesto Stephen D., uno de los protagonistas del libro de Oliver Sacks, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, o, como podríamos inferir de la pérdida de esa capacidad —la anosmia— en los primeros estadios de las enfermedades neurodegenerativas como el Alzheimer. Investigaciones de esas que salen publicadas en revistas científicas hablan de que la primera asociación de un objeto con un olor tiene una representación cerebral única y, a pesar de que las neuronas del epitelio olfativo tienen una vida media de sesenta días, las que las sustituyen recomponen la sinapsis y con ella los recuerdos.

Lo perdido regresa, como los fantasmas, para avisarnos de su ausencia. Por si no nos habíamos dado cuenta o por si lo habíamos olvidado. Nadie conoce mejor la pérdida —en su sentido más amplio— que los desplazados, que los *despaisados*, esos que debieron abandonar su lugar de origen y el origen de su lugar. Es cierto que la pérdida está en la llamada condición humana. Los jóvenes para serlo debieron perder su infancia y los adultos llegan habiendo dejado atrás la primera juventud. Pero no es lo mismo esa “evolución”, ese crecimiento natural por inevitable, que la ruptura sin aviso que cae sobre un desplazado que ve cómo, en pocos días o semanas, su mundo queda suspendido, congelado como en el juego de las estatuas, a la espera de algún tipo de salvación, de un gesto, de una voz, de una presencia

que reconduzca las cosas a su familiaridad original. Y sabe que esa ayuda no vendrá y que su historia quedará sonando en algún lugar, sola e incansable, como uno de esos discos que llegan al final y repiten, una y otra vez, la misma melodía.

Dice John Berger que el que pierde su hogar pierde su nombre. Yo digo que quien pierde su hogar pierde su lugar y, con él, su nombre. Pero los olores —los buenos y los malos— son el antídoto, el único, el más efectivo, contra la pérdida absoluta. Una forma de recordar el lugar y el nombre de lo que fuimos.

*

Un olor untuoso, graso, pero con un punto áspero como si le costara pasar a través de la nariz o como si se quedara atorado, detenido, al llegar a la pituitaria. Villa Lynch olía a grasa de máquina. En el conurbano bonaerense, al otro lado de la General Paz, el barrio judío, de judíos comunistas dedicados a la industria textil, olía de esa manera particular. Como si el aire se hubiera confabulado con nuestro destino y hubiera decidido arrastrar ese olor ácido como un doble cielo para evitar que nos jactáramos del éxito obtenido. Inmigrantes pobres, muy pobres se habían enriquecido gracias a las máquinas tejedoras, esas que no paraban ni de día ni de noche y a las que había que alimentar en tres turnos sin interrupción. La grasa, el sudor y el trabajo lo habían hecho posible. A cambio, como para agradecer a los dioses en los que no creían, esta gente había construido un club con pileta olímpica y una enorme, descomunal biblioteca, abierta al barrio. Cuando evoco ese olor cálido y envolvente veo a los vecinos con sus sillas de paja en la puerta jugando a las cartas en las tardecitas de verano. Una mezcla de lenguas se da cita en esas tertulias improvisadas: la “*llapa*” de los bolitas, el “*oi*” de los paraguas, el “*in shlum*” de los moishes, o el “*quartiere*” de los tanos. Como en una pequeña babel, cada uno habla y putea en lo que puede, y pueden mucho en esta comunidad. Mientras, los chicos recorremos el mundo subidos al paraíso, cruzamos mares y ríos corrientosos con nuestros barquitos de papel que se deslizan por el agua sucia del cordón de la vereda. Todo está en calma en el barrio, nada nos amenaza...

**

Hay que cosechar las uvas o se llenará todo de moscas, oigo decir a mi padre en el patio de la casa de mi infancia. Una parra de uva chinche hace las veces de toldo en ese espacio cuadrado, embaldosado en damero amarillo y rojo, como una bandera. Gruesos racimos negros cuelgan de los zarcillos y el jugo va goteando de las uvas más maduras y ensucia el suelo como queriendo embotronar la enseña con el color morado. Gruesas gotas salpican la dureza del cemento. Y de cada mancha sube un olor dulce y punzante que obliga, a veces, a frotarse la nariz. Como si ese aroma anticipara el escalofrío que produce la acidez de la uva cuando revienta en la boca. Los hombres se preparan para pisar. Se descalzan y lavan los pies como si fueran fieles a punto de entrar a orar en la aljama. Las mujeres ya lavaron el barril de madera que compraron entre todos para hacer vino. Vino patero le dicen, por razones bastante evidentes. La madera está gastada, teñida de una pátina oscura casi rojiza. Si se toca la superficie exterior el dedo se desliza sin dificultad sobre una capa de grasa. En la mesa que acompaña la escena hay distintas viandas de comida, dulces, frutas y bebidas. Pero nada puede compararse al olor de las uvas pisadas que inunda el aire, se mete por la garganta con la fiereza del vinagre, invade la cabeza y produce un ligero mareo, acompañado de la algarabía de los pisadores que ya están festejando la llegada del primer jugo. Alguien toma un vaso y lo llena hasta la mitad, lo huele una vez, varias veces, para a continuación bebérselo de un trago, satisfecho, casi feliz. Algo de la madera de la barrica se le ha pegado al olor agridulce de la uva, algo como un olor áspero a tierra, húmedo como el olor del bosque, acre y seco como el del cuero... Mientras, todos celebran la llegada del vino, la alquimia de los diferentes, de los nadies, transformados en comunidad...

La lavandina es un ácido compuesto por hipoclorito de sodio, un potente oxidante utilizado para desinfectar y blanquear la ropa.

En Villa Lynch, las mujeres eran muy aficionadas a este producto. Por la mañana el aire olía a lavandina, penetraba por la nariz y viajaba veloz hasta los ojos y la garganta. Como si se tratara de una carrera invisible y efímera, parte de los efluvios descendía la pendiente que conecta la boca con el estómago. Y otra parte ascendía hacia los ojos que, en ese mismo momento, empezaban a lagrimear. Cada mañana las dueñas de casa baldeaban la vereda. Baldeaban porque lo hacían con un balde y una escoba, restregando con fruición los canales de las baldosas de cemento. Invierno y verano, con frío y con sol. La única inclemencia que podía entorpecer sus voluntades higiénicas era la lluvia. Pero aun con amenaza de tormenta, las vecinas se aprestaban a limpiar esa parte del espacio público que ellas consideraban como su casa. Y lo hacían con lavandina para sacar los chicles pegados y las manchas y huellas dejadas por perros y peatones. Cuando por la mañana muy temprano los chicos salíamos para ir a la escuela la calle olía a limpio, un olor tranquilizador que anunciaba que cada cosa estaba en su sitio y el día, una página en blanco esperando nuestra escritura. Pero la lavandina guardaba un enorme secreto, algo así como la transformación de la materia o la transmutación de los olores, de la que creíamos haber oído hablar en clase. Una vez a la semana, en cada casa, bien temprano por la mañana, se procedía a lavar la ropa. Un gran despliegue de sábanas, toallas y otras prendas blancas se amontonaban junto al lavadero de cemento. Un piletón de gran tamaño que, en algunos casos, tenía unas corrugaciones en el mismo material contra las que se frotaba la ropa percutida. Si la pileta no disponía de estas ranuras las mujeres tenían tablas de lavar de madera que cumplían el mismo propósito. Durante horas se podía oler la lavandina que habían puesto en el agua en la que tenían a remojo la ropa. Cada tanto tiraban de una pieza y sujetándola con una mano, con la otra restregaban con fuerza las partes más sucias, una y otra vez, y vuelta al ensopado. Así durante horas, varias veces, hasta que las piezas de tela pasaban la inspección y podían ser enjuagadas, retorcidas y colgadas. Entonces las terrazas se convertían en un mar surcado por una flota de veleros de mesanas blancas que se mecían al compás del viento y nosotros, los chicos, jugábamos a

escondernos detrás de las sábanas, frotándonos la cara con esa superficie alba que olía a limpio, a honestidad, a algodón, a nube, a un mundo sin tiempo...

Cuando mis padres se casaron “por poderes” —una en la Argentina y el otro en Asturias— mi abuela paterna le regaló a la flamante novia una máquina de coser Singer. Un aparato bastante grande de madera y metal con un pie movable que era el que accionaba la aguja del mecanismo. La Singer, como la llamábamos, había viajado en barco desde Gijón a Buenos Aires y siempre ocupó un lugar especial en nuestra casa. De los primeros recuerdos que tengo, ella ya formaba parte. No podría decir por qué o en qué consistía esa particularidad, pero siempre supe que esa máquina no era como las demás. O, tal vez, fui yo quien decidió que esa pieza, regalada por una abuela que nunca llegaría a conocer, no fuera un objeto más sino un dispositivo que, de alguna manera, me conectaba con ese mundo del que ellos provenían y que habían abandonado tanto tiempo atrás. La Singer me producía sentimientos encontrados: la aguja entrando y saliendo de la tela, agujereándola sin piedad, me daba escalofríos. Pensaba que, en una de esas, si la mano no tenía suficiente destreza, podía ser presa de esa pasión sincopada con resultados imaginables. Pero la máquina tenía su lado amable, representado por ese capuchón de madera destinado a protegerla y el compartimento de los hilos, rematado con un tirador redondo, como un ombligo.

Por las tardes cuando nadie me veía, sacaba sigilosamente el cajoncito, lo vaciaba silenciosamente y me dedicaba horas a oler esa madera lustrada creyendo que así debía oler su lugar de origen, ese del que provenían mis padres, mi abuela y seguramente la propia Singer. Muchos años después supe que no me equivocaba. Un olor profundo, umbrío, como el de un bosque al que no entra el sol y que huele a verde y a helechos... A podredumbre, que como decía Marx, es el laboratorio de la vida...

¿Qué tendrá el pan caliente que huele a amparo y protección, a casa, a hogar, a madre? Buenos Aires está llena de panaderías y lo estaba más en los años 60 cuando en cada casa el pan era un ingrediente básico de la dieta cotidiana. Y cuanto más humilde era el barrio más pan compraban las familias, generalmente numerosas, para poder alimentar a tantas bocas. Los panaderos se levantaban muy temprano, a la madrugada, para encender el horno, entonces de leña, y preparar los panes y las facturas, las tortas y los productos que había que cocer diariamente. Si uno tenía que madrugar para ir a trabajar o para cruzar la ciudad y llegar a hora al médico, una panadería abierta era como el pesebre en la noche de Belén, un lugar seguro y acogedor en el que compensar las quejas y los desvelos. En mi barrio había varias panaderías, pero, sobre todo, había un panadero, el abuelo Alí, de origen árabe, “el turco” le decíamos, que vivía en un conventillo con su compañera, la abuela del pan, española de origen. Vivían en el departamento del fondo empapelado con fotos de Perón y Eva, al lado de un rancho donde pernoctaban las chicas que trabajaban en la whiskería. El abuelo salía todas las madrugadas, hiciera calor o hiciera frío, a eso de las dos de la mañana camino del horno. Y regresaba bien entrado el día con un saco de arpiller, de esos en los que se transporta la harina, lleno de panes de distinto tipo y de distinto color. Algunos todavía calentitos y todos crujientes. Era entonces cuando los vecinos nos acercábamos para recoger las figacitas, los miñones, las cremonas, las milonguitas, los pebetes o los pancitos negros que nos daba. Los dueños de la panadería le pagaban parte de su sueldo en especies, en panes, y él los regalaba a los vecinos. En torno al mediodía la casa del abuelo A. se transformaba en un improvisado despacho de pan con gente de todo pelaje y condición charlando sobre los acontecimientos del barrio, sobre los avatares de cada cual, sobre las últimas noticias políticas. Como si ese olor cálido y amparador del pan recién horneado fuera capaz de amortiguar las diferencias y nos sentara a todos a la misma mesa...

El subterráneo de Buenos Aires tiene un olor particular. No hay ningún otro metro que huelga igual. Es una mezcla de aceite de motor, de humedad, de estopa de algodón y de restos de caucho quemado. Es un olor inconfundible, único y por eso tranquilizador. Los olores que evocan un solo lugar o una imagen tienen esa característica familiar, la garantía de que no hay pérdida ni posibilidad de confusión. Si me vendaran los ojos, y me obligaran a bajar las escaleras en la estación Federico Lacroze de la línea B, sabría que se trata del subte de Buenos Aires, aun cuando no supiera que estaba en la ciudad. He buscado ese olor en los metros de Nueva York, de París, de Londres y de Madrid, por poner algunos ejemplos de mi pesquisa olfativa. Nada. Cada uno de esos lugares tiene un olor parecido, pero ninguno igual al del subte de Buenos Aires. Como si fuese una aventajada “nariz” he intentado descomponer los elementos constitutivos de esos aromas y me he encontrado con algunos ingredientes comunes: en todos los casos la nota de salida —que es como los perfumistas llaman a la mezcla de sustancias aromáticas que primero se aprecia— apunta al aceite industrial, un olor caliente y punzante, correoso y etéreo, al mismo tiempo, como el humo. Pero las otras notas, las de corazón y las de fondo señalan otras fragancias. Un olor fresco, a humedad, a barro y a limo, lleno de otros olores, metálico, como a hojas aplastadas, a hierba recién cortada, a clorofila. Un profundo olor a río. Mucho después descubriría que mi intuición no estaba descaminada. Por debajo de la línea B del subte porteño cruza un antiguo curso de agua, el arroyo Maldonado que, a pesar de haber sido entubado en los años 30, sigue asediando al cemento de los túneles del metro con sus implacables filtraciones.

Todos los lunes y jueves tomaba ese subte frente al cementerio de la Chacarita y me bajaba en la estación Uruguay, salida a la calle Corrientes. Llegaba allí con el colectivo 123 que salía de Villa Devoto y recorría parte de la Avenida San Martín. Comencé a hacer este trayecto pronto, con once años, para asistir a las clases de inglés avanzado del Instituto Cambridge de Cultura

Inglesa. Había empezado a estudiar inglés con profesoras particulares en el barrio, para luego examinarme en la sede central, pero llegó un punto que se hizo necesario acudir directamente al centro a tomar clases semanales. Insistí mucho para que me dejaran ir y volver sola, hacer este recorrido sin supervisión antes de las primeras salidas adolescentes. Había algo de riesgo, y mucho de aventura, en estas rutinas en las que encontraba toda suerte de nuevos alicientes para patear la ciudad. A veces, visitaba los cementerios, el inglés y el alemán, buscando desentrañar algo de la vida del difunto en los epitafios grabados en piedra. Me parecía curiosa esa extraña invocación biográfica, íntima y a la vez pública. Como si las palabras pudieran, de alguna manera, sortear la muerte; arrebatarle algo, aunque solo fuera un trozo de memoria, al silencio final. Deambulaba por los puestos de flores a la puerta de la gran necrópolis porteña y me quedaba contemplando a los transeúntes que tomaban algún refrigerio en los copetines al paso de la estación. Sentados en taburetes de metal y madera, acodados sobre esas barras de fórmica de colores chillones daban cuenta de un café, un pancho, una cerveza o una empanada mientras esperaban el colectivo o hacían un alto al mediodía. Gente variada, con mameluco, con traje, con tacones, con portafolio de abogado o con la valija de herramientas de plomero. Había algo fascinante en esta combinación de vida y muerte, de actividad y reposo, en el bullicio de Chacarita, con las terminales de colectivos, la estación de tren, la de metro y los tres cementerios de arquitectura monumental. Había algo fascinante en esa recién estrenada autonomía, en ese rápido abandono de la infancia y en ese ingreso paulatino en la adolescencia. Y vuelve ese olor a río, encerrado y violento, resquebrajando muros y filtrándose a través del cemento. Y me veo con once años, deambular por esos dos mundos, transitar de uno a otro, acompañada de ese olor: lo más parecido a la rebeldía, a la libertad...

En septiembre de 1974 la organización Montoneros pasaba a la clandestinidad. En una conferencia de prensa secreta, la

Conducción Nacional reconocía la nueva situación. En noviembre de ese mismo año el gobierno de Isabel Martínez de Perón decretaba el estado de sitio. Desde la primavera camporista, inaugurada un 25 de mayo con la liberación de los presos políticos de la cárcel de Villa Devoto, hasta el inicio de la represión más salvaje que conociera la Argentina solo había pasado un año y medio; a mí me pareció toda una vida. Varias generaciones de argentinos lo vivieron como unas largas vacaciones; uno de esos períodos en los que parecía que todo lo deseado y soñado podía ser posible. Por una vez, las aspiraciones individuales parecían haberse acompasado, como la respiración de los amantes, con las esperanzas colectivas.

Los tiempos de la experiencia poco tienen que ver con los tiempos del calendario. Una vida puede ser vivida como un minuto y un instante como una eternidad. Por eso no es pertinente preguntarle a la memoria por la verdad de los hechos como tampoco lo es preguntarle a la crónica por la experiencia vivida. Cada una tiene su verdad y no son verdades comparables. Por eso lo que voy a relatar a continuación es el resultado de mi experiencia, entendida como un destilado de lo acontecido. No sé a ciencia cierta si la descripción de los sucesos que siguen tiene que ver con el decreto 1368 del 6 de noviembre de 1974 o con algún otro momento del avance represivo. No se trata de una crónica sino de la evocación de sensaciones, entre ellas el olor de una escena que, fuera enteramente cierta o no, estuviera contextualizada correctamente o no, la viví como tal y me afectó en esa misma medida.

Describe Oliver Sacks dos bombardeos en Londres hacia 1941, protagonizados por su familia. Tiempo después, y gracias a su hermano, cinco años mayor, descubriría que fue partícipe de uno de ellos, pero que del otro oyó hablar a través de una carta de otro de sus hermanos, mientras él estaba en un internado. Como señala Sacks, aun sabiendo que la memoria de esos episodios era parte de la “memoria narrativa” y no de la “verdad histórica”, de la que él no había sido testigo, el episodio —con lujo de detalles, movilización de emociones, imágenes vívidas— quedó registrado y lo marcó durante toda su vida. Porque nuestros

recuerdos, nuestro conocimiento, nuestra posición en el mundo no son asuntos privados sino una comunión, un intercambio con otras experiencias.

Hacía calor en Buenos Aires con esa pesadez en el aire tan característica del verano porteño. Era el final del estío y como si la ciudad despertara de la siesta, todo parecía amodorrado, como en cámara lenta, todavía desperezándose del parón estival. En el Instituto Cambridge las inscripciones empezaban en febrero y una vez más tomé el colectivo 123 hasta Chacarita y volví a bajar al subte de Lacroze hasta la estación Uruguay. Ese día fui directa a mi destino. El anuncio de un paro parcial y los últimos acontecimientos políticos habían enrarecido el ambiente, y todo aconsejaba apurar el paso, llegar, hacer el trámite y desandar el camino. No me detuve ni en los puestos de flores ni me paré a mirar a los viandantes que engañaban el hambre en los copetines. Casi ni me fijé en el frente clasicista del cementerio, solo de reojo, como si estuviera en fuga. Fue entonces, mientras intentaba no distraerme de mi propósito, cuando vi un grupo de gente correr por una de las calles adyacentes a la avenida Corrientes. No más de cinco personas, jóvenes en su mayoría. Nadie más en los alrededores, pero el grupo corría con la convicción de quien se sabe perseguido. En la misma dirección. La sirena de la policía se empezó a escuchar justo detrás del grupo, como empujándolos sobre la avenida, como barriendo con su ruido amenazante la aparente tranquilidad de la tarde. Miré a mi alrededor y vi una puerta abierta, pesada, de esas puertas que no dejan ver lo que hay detrás. Tal vez desde entonces me ha quedado una especie de tic, una costumbre que creo data de esa época: siempre que llego a un espacio nuevo busco una salida o un escondite. En aquel momento lo encontré detrás de esa puerta oscura, sólida, pintada de verde. Hoy pienso que no fue una buena idea, más que un refugio o un escape podría haberse convertido en una trampa o en una ratonera. Pero entonces esa puerta se ofrecía como la única posibilidad. Ya en el quicio vi un tanque del ejército avanzar por la calle. Lo vi detrás de la puerta entreabierta. Para entonces, no era la única en el palier a oscuras. Otros viandantes, alguno de los que corrían, se habían refugiado en el mismo lugar. No sé

por qué, pero no nos mirábamos. Transpirábamos y no solo por el calor. Cerramos la puerta y esperamos. Se podían escuchar las respiraciones inquietas de los demás y el latido propio se había convertido en un ruido ensordecedor, como si el corazón hubiera migrado a la cabeza y desde allí martillara todo el cuerpo. No nos mirábamos y nadie decía nada, la vista fija en el suelo y en el picaporte. Esperamos largo rato, sin atrevernos a abrir la pesada puerta. Yo vi pasar ante mí, como si se tratara de una película muda, escenas de bombardeos, cárcel y muerte protagonizados por mi madre siendo niña. La vi, y me vi, detrás de unas rejas por donde ella contaba que les pasaban una gran hogaza de pan cuando regresaron con su madre y una de sus dos hermanas —la otra muerta o desaparecida, nunca se supo— a su pueblo natal en Asturias después de encontrar refugio en Barcelona. La vi a ella y a esas decenas de cadáveres mutilados que aparecían semanalmente en los basureros del Gran Buenos Aires. Como un pastiche o un palimpsesto, distintos espacios, otros tiempos, pero el mismo dolor, las mismas víctimas. Fueron apenas unos instantes, y los asilados en el pequeño palier oscuro seguíamos sin mirarnos mientras el aire se llenaba de un olor áspero, agrio, como a urea o a amoníaco... el olor del miedo.

Caerse de la lengua

A C. S., que sabe mejor nadie qué significa esto...

A M. P., el incuestionado dueño de las ballenas...

Pocas cosas inquietan más a los padres primerizos que las posibles caídas de sus bebés. Cuando un recién nacido llega a casa, la familia extensa, los amigos y los vecinos se acercan a darle la bienvenida y es frecuente ver a la madre o al padre tensar los músculos, congelada la sonrisa, cuando el bebé pasa de mano en mano o la visita pide levantarlo de la cuna para poder contemplarlo mejor. Pero también la criatura muestra cierto desconcierto y rompe en llanto cuando aparece el vértigo, esa sensación de vacío, de posible caída, de falta de sujeción y se agarra con sus deditos finos y pequeños a cualquier cosa que pueda servirle de soporte o sostén. Seguramente son pocas las posibilidades de que un bebé se escurra de los brazos de un adulto, y menos las caídas efectivamente registradas, pero las prevenciones son muchas y el miedo está tan interiorizado que el bebé actúa, a través del llanto y abriendo exageradamente los ojos, como guardián de su propia seguridad. Ese gesto innato es la respuesta a una amenaza posible, la anticipación de un potencial accidente.

Cuando un desplazado abandona su lugar de origen, empujado por circunstancias excepcionales, todo a su alrededor empieza a moverse de manera confusa, como si se tratara de un cataclismo; no sabe a ciencia cierta de dónde viene la amenaza y, por tanto, tampoco puede decidir cómo protegerse. Y en la urgencia del desplazamiento, con la adrenalina por las nubes, todo se vuelve claro, muy claro, casi enceguecedor y solo el horizonte de lo esencial, de lo más esencial, permanece. En el límite entre la vida y la muerte todo se resuelve por sí solo: una única prioridad manda. Esta situación afecta a los adultos, pero también a los niños y a los adolescentes, a los que muchas veces se pretende

mantener al margen del apremio. A veces los mayores guardan silencio creyendo así protegerlos; otras, cuando no son aplastados por su propia angustia y cuando tienen recursos simbólicos para hacerlo, intentan hilar un relato adaptado a las necesidades y a la comprensión de los más pequeños. Pero estos perciben el aire enrarecido, las medias palabras, las miradas cruzadas y huidizas de los adultos, esa parte de miedo e incertidumbre que es difícil, si no imposible, de controlar. Todo está en fuga y la inestabilidad dirige la orquesta. La lengua, ese universo hecho de retazos de palabras de colores que saben, huelen y se dejan oír, nos acompaña como una estela, como la brisa marina en pleno verano, como las barbas del diablo que cuelgan de los árboles y se mecen, seguras y confiadas, al compás del viento. Las palabras, los giros, los sobreentendidos, las metáforas, —todo eso que hace que seamos quienes somos— nos protegen y nos acogen como un regazo suave y cálido, como el aliento de una madre que intenta mantener caliente a su recién nacido. Un ancla que desafía la correntada en la que se ha convertido la vida, que puja por enterrarse en el lecho limoso de nuestra propia historia. Y cuando vamos sintiendo que esa presencia hospitalaria ya no es la única, habitada después de un tiempo por otros modismos, por otras formas de hablar, nos aferramos con todas nuestras fuerzas a esa media ausencia que se va haciendo más honda, más larga, más dolorosa, como si permanentemente estuviéramos a punto de caernos, de ser librados al vacío, de perder todo punto de apoyo: nos caemos de la lengua y, cuando esto sucede, ya no se trata de una amenaza potencial, de la anticipación de un posible siniestro, sino de un traumatismo seguro.

I

No recuerda cómo se llamaba el barrio en el que se encontró un día a las cuatro de la mañana sola, en una ciudad que no conocía. En realidad, no recuerda nada de esa noche, excepto lo que le hubiese gustado olvidar y nunca pudo. Como si un mandato ancestral la obligara a recordar esa escena terrible, cruel y

devastadora. Recordarla fracturada en mil pedazos que se recomponen y se separan una y otra vez, siempre de distinta forma. Esa escena con la que enterró definitivamente su infancia. Había conocido a José Luis en una ciudad del norte. Este joven de diecinueve años, un poco más grande que ella, había aparecido por la sede de la organización en la que ella militaba acompañado de otro hombre algunos años mayor y de nombre Juan Carlos. Ambos se presentaron como exiliados, ambos venían del mismo país del que ella había salido tres años antes. Credenciales más que suficientes para generar confianza absoluta. Ese tipo de confianza a ciegas que nunca más pudo tener en nadie. Hablaban la misma lengua que no se reducía, en este caso, a las palabras. Como si la pertenencia a ese universo intangible —perdido y deseado— hubiera sido lo único que ella necesitaba para sentirse menos sola, tan lejos. Después de todo habían crecido con las mismas cadencias, habían cantado las mismas canciones infantiles, habían comido las mismas golosinas y llorado a los mismos héroes. Y cuando las cosas se pusieron feas, cuando hubo que tomar decisiones, tiraron para el mismo lado, o eso creía ella.

Miles de jóvenes salieron de aquel país y llegaron a este, pero nadie o casi nadie recaló en esa ciudad del norte. Los únicos compatriotas eran los miembros de una familia con dos hijos desaparecidos. Uno de ellos de su misma edad. Así que diariamente los visitaba e intentaba amortiguar esa tristeza corrosiva que es la nostalgia. Como si se tratara de un juego de simulación, piensa ahora. En esas visitas ellos recuperaban jirones de la vitalidad de los ausentes, algo así como un olor familiar y ella encontraba un nido, tejido con sobreentendidos, giros y alusiones conocidas. Cuando José Luis y Juan Carlos aparecieron, ella sintió que le devolvían la esperanza, una prórroga después de la derrota. Algo de todo aquello que generaciones de connacionales habían soñado en aquel país ya mítico se había salvado de la quema, había resistido el temporal. Como los injertos, esas cuñas, que sobreviven a la muerte del huésped. Por eso cuando José Luis se abalanzó sobre ella, la empujó sobre la cama y empezó a manosearla a pesar de su negativa sintió que, sobre ese mundo recién recuperado y que ella creía estable y luminoso, se cernía

una nube negra, un aire tóxico que congela y paraliza. Como en el juego de la mancha: se quedó quieta, inmovilizada viendo cómo las palabras de ese lenguaje familiar que hasta entonces la habían protegido emprendían la migración hacia otros cielos y la dejaban sola, sin brazos y sin piernas, asistiendo a su propio desmembramiento, a su propia agonía. Como en el juego de la mancha, pero sin risas. De repente se vio empujada y expulsada a patadas en el palier de un edificio a las tantas de la madrugada. Más sola que nunca. Y no sabe cómo fue que llegó a tierra firme ni a lugar conocido. Pero llegó. Y en pocos meses olvidó quién había sido, abandonó su pasado y aquel nido de palabras mullido y confortable se transformó en la madriguera de un lobo. Escapar era la consigna. Le hizo caso a su madre, que había recibido el consejo de su propio padre, de no mirar atrás, de seguir siempre la línea del horizonte. Hasta que un día el horizonte se transformó en una soga que amenazaba con estrangularla. Empezó el camino de regreso. Fue juntando las palabras, las fibras del nido devenido en guarida, y fue entonces cuando se sentó a escribir estas páginas.

II

Era un martes cualquiera, en Toledo, en la fundación en la que trabajaba desde hacía veinticuatro años. De mañana, al llegar a la institución, ella iba por los despachos a saludar a los compañeros y dar los buenos días al jefe, un escritor entrado en años, exiliado hacia décadas del mismo país del que ella provenía. Eran unos pocos minutos, esos en los que ella asomaba la cabeza y lo encontraba a él enfrascado delante de un libro, al principio, cuando los libros eran casi los únicos objetos que reclamaban nuestra entera atención y, al final, ante el ordenador, cuando la letra impresa en tinta empezó a competir, y a perder, con las pantallas. Solo unos minutos, él no aguantaba con nadie demasiado tiempo, como si algo le picara o estuviera concentrado en una actividad decisiva para su supervivencia y la del resto de la especie. Pero en esos momentos, salteados, los martes, una palabra que ella no oía

desde hacía dieciocho años la devolvía, de repente, a un mundo que creía extinguido para siempre. Era una sensación rara, como la que experimentamos cuando una ola nos sumerge y revuelca bajo el agua y nos traga entre los remolinos que forma con la arena. Hay algo doloroso, incierto, inquietante. Después de todo, recuperar la conciencia de lo perdido siempre es un asunto enervante que nos pone en alerta como lo es quedarse sin aire y estar a merced de las corrientes en el agua. Pero, al mismo tiempo, produce una rara y placentera impresión: otro mundo, perdido, habitado hace tiempo, abandonado y en fuga regresa, y con él todo lo que fuimos y, sobre todo, lo que quisimos ser. Es como si pudiéramos vernos en una película antigua, en un viejo álbum de fotografías, en un espejo mellado pero que todavía refleja algo de nuestra imagen. Como si pudiéramos ver lo invisible. En una esquina, un retazo, un gesto, nos indica que no nos perdimos del todo. Que en lo que somos podemos reconocer lo que fuimos, estableciendo una cierta continuidad, un puente, un pasaje, un pasillo, para transitar por nuestras biografías.

Hacía frío en Toledo, ese frío húmedo que sube a la ciudad vieja desde las orillas de ese gran río, el Tajo, que se hará más y más grande al llegar al mar. Ella llevaba un tapado (abrigo se dice por aquí) de lana de colores: naranja y verde, largo y denso. De esa lana austriaca que parece casi una piel tupida y espesa. Nada más verla entrar, el viejo escritor, sentado detrás de su mesa la miró por encima de esas medias lunas que usaba para compensar la presbicia y le espetó: “Y ese pañolenci, ¿de dónde lo sacó?”— Tenían la costumbre de tratarse de usted, no como signo de respeto o por deferencia ante la diferencia de edad sino como una ironía por lo mucho que compartían. No pudo responder, de repente la invadió una profunda nostalgia, una secuencia de imágenes rápidas como esas que pasaban en los estereoscopios de su infancia. Sintió que el vórtice de un tornado la había levantado en peso, y la transportaba sin esfuerzo en sus entrañas oscuras, turbias y polvorientas. El pañolenci en la escuela, en el patio de la casa... El pañolenci había habitado sus mañanas y sus tardes, en las clases de trabajos manuales, en los deberes para el hogar, en la confección de disfraces para las fiestas patrias y para el desfile

del corso en carnaval. Trozos de colores apilados en pequeños cuadrados compartían la misma caja de latón que las plasticolas, con ese olor áspero y picante del pegamento, junto al papel crepé y al papel glacé. Texturas y colores. Sus preferidos: el naranja y el verde, como los colores del tapado. Hacía más de cuarenta años que esa palabra, pañolenci, se había mantenido silenciosa en algún lugar de su memoria. A la espera de ser útil, aguardando su momento para saltar e inundar de imágenes sus recuerdos, con la misma rapidez y provocando el mismo desconcierto que los magos que sacan flores o conejos de sus galeras.

Y entonces descubrió una casualidad, una coincidencia, esos encuentros inesperados por los que siempre pensó que merecía la pena vivir: el pañolenci, también llamado fieltro en otras latitudes, es un textil no tejido, que es como decir una planta sin tierra o un árbol sin ramas. Un puro desafío. El primer material textil conocido que, sin embargo, no surge del cruce de la trama y la urdimbre sino que es un conglomerado de varias capas de fibras de lana o pelo que se juntan y forman la tela como consecuencia de la presión y por efecto del vapor. Como las vetas de la memoria que se pegan y aparecen ante el vértigo de una palabra, pañolenci, que es un mundo, todo un mundo. Otro desafío.

Un recuerdo del presente

A R. B., por estar donde no tenía que estar...

[...] la memoria es un recuerdo del presente.

PAOLO VIRNO, *El recuerdo del presente*

*[...] that we are as friendless, as much
on our own, as the panda,
the honeybee and the octopus
—just one more species doing its best.*

RICHARD RORTY,
“Just One More Species Doing Its Best”

*[...] y ¿cómo huir cuando no quedan
islas para naufragar al país donde los
sabios se retiran del agravio de buscar
labios que sacan de quicio...?*

JOAQUÍN SABINA, *Peces de ciudad*

I

Los humanos generamos expectativas y así vamos por la vida. Algunas de esas expectativas se cumplen, otra no. Hay expectativas de largo recorrido (dentro de unos años haré un viaje a la China) y otras más cercanas y mundanas (casi seguro que hoy vuelven a cortar la luz). Pero si nos detenemos a pensar, toda nuestra vida está sostenida por esas probabilidades razonables de que algo suceda. Son como los raíles de un tren que hacen que los vagones puedan moverse y circular sin grandes cataclismos. Nos permiten prever, anticipar acciones que hacen que nuestra existencia sea un poco más llevadera. No quiero imaginar cómo sería la vida humana si no pudiéramos adelantar, en cierta medida, lo que va a suceder. Sería como vivir permanentemente en

la más absoluta incertidumbre: el terror. Como si fuéramos, recordando la novela de Lyn Yutang, “una hoja en la tormenta”, a merced de los vientos.

No hace mucho tiempo en un lugar remoto de un país lejano tuve una conversación con un grupo de niños sobre lo que podríamos llamar la “irrupción de lo inesperado” o, dicho de otro modo, sobre el quiebre de las expectativas: ¿qué pasa, y qué nos pasa, cuando algo impensado se presenta repentinamente en nuestras vidas? De más está decir que cuando en esa ocasión hablábamos de la irrupción de lo inesperado no nos estábamos refiriendo a la notificación de una herencia millonaria dejada por un tío desconocido sino a la aparición imprevista de un suceso desagradable. En concreto nos referíamos a una serie de acontecimientos relacionados con la represión política de la que habían sido testigos sus progenitores. En esta charla intentábamos reconstruir y recrear, desde la experiencia diaria de los chicos, lo que le puede pasar a uno en una situación semejante. Así, comenzamos enumerando los sucesos previstos para ese día: a tal hora iban a comer, después, tocaba Educación Física pero como el profesor no había venido, entonces tendrían horas libres que podían aprovechar para hacer la tarea o charlar con los compañeros y, a la hora fijada, tomarían la lancha colectiva y volverían a sus casas. Esto es, tenían un mapa —por decirlo así— de lo que esperaban iba a suceder en esa jornada. Ante mi pregunta sobre qué pasaría si en el momento en que empezaran a comer vieran la cabeza de un gran dinosaurio irrumpir a través de la ventana, se armó una linda algarabía de voces y una estruendosa batahola de ruidos guturales como reacción de sorpresa ante mi demanda. Un dinosaurio era una presencia inesperada y mi pregunta, en menor medida, también. “Tendríamos mucho miedo”; “No sabríamos qué hacer”; “Saldríamos corriendo y pediríamos ayuda”, “Intentaríamos ponernos a salvo” fueron algunas de las respuestas. Seguí preguntando y les propuse que imaginaran que ya estaban a resguardo del monstruo o, por lo menos, que había bajado la intensidad o la inminencia de la amenaza, ¿cuál sería, entonces, el siguiente paso? Me contestaron sin dudar: “Averiguar cómo puede ser que un dinosaurio

nos esté amenazando”. Es decir, intentar entender cómo lo imprevisto e inesperado irrumpió en nuestras vidas y desbarató nuestras expectativas. Lo que haríamos también si el tren en el que vamos descarrila en una de las curvas de nuestro recorrido.

Pero en esa recreación intenté que fuéramos un poco más lejos y les dije que imaginaran que algo o alguien impedía esos intentos por comprender lo que había pasado, por devolver lo aterrador —lo que no tiene sentido— al curso de las expectativas —aquello que entra dentro de lo esperable—. Imagínense, les dije, que viene alguien y les dice: “De esto no se puede hablar, ustedes no han visto nada. De lo contrario aténganse a las consecuencias”. Sabiendo que esas consecuencias serían, en todo caso, dramáticas. Entonces: ¿qué pasaría? Uno de los chicos, José, menudo y en esa edad indefinida entre la infancia y la pubertad, en esa edad en la que asoman las primeras sombras de bigote respondió: “Nos enfermamos”. Y sabía de qué hablaba. Su tío de catorce años, casi de su misma edad, había desaparecido en Paraguay muchos años atrás a manos del ejército del dictador Stroessner, el tiranosaurio, tal y como se lo conoce en aquellas tierras gracias al escritor Roa Bastos. Para él la irrupción del dinosaurio de nuestro simulacro era algo más que una metáfora...

II

A veces intento recordar cuándo supe que nos iríamos de la Argentina para siempre. Y solo consigo rememorar la certeza de que se trataba de un viaje definitivo. Un latigazo que deja marca. En julio de ese año iba a cumplir quince años y sentía que el mundo me pertenecía. No volví a tener nunca más esa sensación tan clara de un inmenso futuro a la espera. Prometedor y angustiante. Y no creo que esa falta tenga que ver con el viaje, que sabía sin regreso, sino con esa edad umbral en la que parece que todo está por decidir, ahí al alcance de la mano, que todo es posible con solo desearlo. No puedo fijar la noticia del viaje en una escena o en un momento concreto. *Nos vamos a España*. No puedo recordar quién me lo dijo aunque aventuro que fue mi papá que

era el único que apostaba por este desplazamiento. Solo sé que en noventa días, los que van del fin del verano al comienzo del invierno austral, todo lo conocido quedó en suspenso, congelado, inmóvil. Como si la película que había sido mi vida hasta entonces —y en la que no había reparado demasiado, preocupada como estaba por beberla a grandes tragos— quedara congelada en una imagen fija, con algunos metros de película hacia atrás pero con un largo fundido en negro hacia adelante.

Desde finales del verano hasta la entrada del invierno austral, tres meses, noventa días, dos mil ciento sesenta horas: un tiempo viscoso, ni líquido ni sólido, demasiado largo para asistír, sin resistencia, a la hibernación de mi mundo y demasiado corto para poder acostumbrarme a la idea. Atrás quedarían las amigas, las simpatías políticas que amenazaban con formalizar en auténtico compromiso, los amores adolescentes que duelen con un dolor casi físico, como decía alguien a quien quise mucho; los lugares, los olores y la forma de los abrazos. Un largo otoño en el que no hubo despedidas ni adioses ni tiempo para lamentaciones. Cuando quince años después me reencontré con amigos y familiares, todos y cada uno todavía se preguntaban por las razones de nuestra partida, todos habían entendido ya entonces que no se trataba de un viaje más, de aquellos que acostumbraban a hacer los inmigrantes al menos una vez en su vida, ni el regreso de mis padres a su lugar de origen. No. Fue una huida, un intento de escapar, de borrar a manotazos las imágenes de una guerra que ellos habían vivido en primera persona, en carne propia.

De repente, sintieron que el conflicto, como si se tratara de una pesadilla, se reeditaba en las antípodas, a doce mil kilómetros, cuarenta años después. Y esta vez, ya no eran niños, no los pillaría desprevenidos. Tenían que evitar que la historia que habían vivido se repitiera en su hija de quince años. Y en un cálculo que tuvo que ver más con sus expectativas —con esa anticipación de lo que podía suceder según su experiencia— decidieron el mal menor: nos vamos. Algo en el clima de aquella Argentina de 1975 removió viejos recuerdos o, mejor dicho, sensaciones sin palabras, imágenes mudas: la desaparición/muerte de mi tía Berta, con tan solo tres años en un bombardeo en Barcelona; los

cadáveres alineados en la carretera, cubiertos con sacos de arpillera; los ruidos de los fugados que dormían en la cuadra de mi abuelo “el vasco”; el hostigamiento de la guardia civil, ese cuerpo militar al que aprendí a temer y a odiar antes de haberlo visto y de saber qué era.

Muchas veces intenté dibujar los contornos de esos reflejos, imaginar los ruidos sordos que anticipan la tormenta, recrear el olor a tierra que precede a la tempestad. Como si se tratase del juego de las semejanzas, ¿qué de la Argentina de 1975 podía disparar en mis padres esos miedos guardados, inconfesables, mudos de los que solo el cuerpo puede dar cuenta? Una memoria epidérmica, alojada quién sabe dónde, en qué entraña, en qué órgano de *ese cuerpo que fue* y que materialmente es otro si no fuera por esos fragmentos hincados como cristales en la carne. Historias tan diferentes en tiempo y espacio y, sin embargo, *ese mismo cuerpo que fue* se agita, tiembla, se sobresalta cuando un ruido desconocido irrumpe en mitad de la noche o cuando su hija de quince años no llega a casa antes del toque de queda. Me pregunto si en el intento desesperado por ponerme a salvo, por evitarme el dolor de la violencia repetida, no estaban sin saberlo, queriendo proteger a esos niños que fueron y que sin remedio sintieron la mordida seca y precisa del desamparo.

deu al sol.
no me dio a mi padre pero clusa
qualquiera lo que yo y lo
te.

26-8-74
to que fue en ese día
to que queda en un día de
ellanos de Rita que me
al quien dirino fue
e comparece
que pues yo
rile, ayer



Justamente. Estaba David, al principio lo me
llorosa el apuro después me dijo fue
estaba gustada mucho. Pero hoy, justo hoy que
hay alguien, otra clusa, Alejandro cosa que
hoy y le va a preguntar, espero que por
di Dios lo que así que le tiene ra
de los dos, pero rápido por que así dice
Juana Cristina ya se ha posentado al en
al ensayo y Beatriz ya se entera y está
blando esta tarde como lo. Que
Juana directamente
fija fue no, suada

La historia de un pasillo

A K., a quien tanto le cuesta entender qué significa
perder la casa...

A la gente del río por enseñarme el camino de regreso...

*Para quien sabe escuchar, la casa del pasado,
¿no es acaso una geometría de ecos?*

G. BACHELARD, *La poética del espacio*

MAINUMBÍ

Once mil kilómetros de distancia, un océano de por medio y un mínimo de doce horas de viaje. Otro mundo, pero suyo. Le gustaba mirar el globo terráqueo y pensar que los del hemisferio sur, esa mitad de la que ella venía, estaban al revés, con la cabeza para abajo y en la estación contraria. Esa oposición —y complementariedad— de climas, temperaturas, paralelos y meridianos la consolaba como si fuera la prueba irrefutable de que otro mundo era posible y también estaba en este. Tenía como pasatiempo mirar los anuncios de las casas en venta. Y en una de esas vio una en el arroyo Chaná, en la segunda sección de islas del río Paraná. No era la primera vez que se había fijado en la zona. Muchas décadas atrás había visitado el arroyo Torito, en la primera sección, que bordeaba una isla que tenía una tía postiza. En esa época, hasta allí no llegaba la luz eléctrica, así que a la tardecita se podía ver un enjambre de soles de noche colgados de los porches alumbrando los interiores. Debió ser una imagen poderosa, piensa, cincuenta años más tarde. Casi no recuerda esas vacaciones, pero sí ciertas sensaciones, suaves y plácidas, como el cimbreo de los juncos rozados por el viento. La correntada del arroyo podía ser tan fuerte que, para que se bañara en esas aguas turbias, color de

dulce de leche, la ataron con una soga a una pata del muelle y la metieron en una llanta negra a modo de flotador. Y ahí estuvo toda una tarde, como encerrada en una tacita de té, desafiando al río, al tiempo que se dejaba llevar por él. No recuerda nada concreto de esa estancia, pero debió ser una experiencia poderosa, de esas que dejan marca, algo así como el poso negro y penetrante del café, para que muchos años más tarde decidiera recalar en el lugar. Ahora piensa que esa querencia inexplicable por deambular por la ciudad, al caer la tarde, buscando esas luces cálidas que delatan que alguien ha llegado a casa, debe proceder de aquella escena en que las luces de los faroles le parecieron luciérnagas rasgando el verdor del delta. O que esa lucha contra el arroyo, resistiendo y acompañándolo como en un baile, también debe haber influido en su regreso.

Casas. Construcciones efímeras y duraderas, de barro, paja, madera o material. La casa nos acompaña desde antes, incluso, de que nos plantáramos en dos patas y adoptáramos la posición erguida. La madriguera, el nido, la guarida, el cubil, la concha, el cascarón. La casa. Símbolo de seguridad y cobijo, emblema de riqueza o señal de pobreza, está presente siempre, desde nuestro origen como especie y desde el inicio de nuestra biografía. Los niños de cualquier lugar del planeta pintan casas y juegan a construirlas con sus manos. Pero ¿qué significa perder la casa, una casa, la casa en la que uno nació? En Estados Unidos, los ciudadanos se cambian una media de 11.4 veces de casa a lo largo de su vida, según la Oficina del Censo de aquel país. En ocasiones dejan sus hogares para conseguir mejoras laborales, pero en otras lo hacen como desplazados forzosos: perdieron su trabajo y buscan nuevos horizontes. En otros países, la guerra, el hambre y el racismo empujaron en 2016 a 65,6 millones de personas a dejar sus casas, según cifras de la Agencia de la ONU para los Refugiados. Muchos de ellos, niños y adolescentes. Pero ¿qué se deja atrás cuando uno se ve obligado a abandonar esas cuatro paredes, testigos mudos de la propia historia, reducto íntimo, espacio en el que soñar en paz?

Una casa de inquilinato —Murature 175— a la que se entraba por una puerta de hierro, casi una reja, que daba a la calle. Detrás, un largo pasillo sobre el que se abrían los distintos departamentos. Las puertas estaban siempre abiertas, bastaba llamar por el nombre para anunciarse y entrar: nada más traspasar ese umbral que cerraba el pasillo, en ese territorio que ya era propio, la abuela F. y el abuelo M. y su hijo quien, en buena ley, debería haber sido tío pero que no había hecho lo suficiente como para hacerse acreedor de tal vínculo. En esta familia extensa, que desafiaba a la sangre y a la biología, el parentesco no era un atributo dado sino una condición que había que merecer, una suerte de meritocracia afectiva. El abuelo M., a veces, me dejaba ver un número, de color azul desleído, pintado en el interior del brazo, cerca de la muñeca. No sabría hasta mucho después lo que significaba. Cuando le pedía que se levantara la manga de la camisa, me miraba de lejos, desde un lugar al que yo no tenía acceso y repetía, como aferrándose a las consonantes: “fue hace mucho tiempo... vos no habías nacido...” como queriendo conjurar la oscuridad de otros tiempos con la claridad de mi nacimiento. A continuación, estaba el departamento de los L., una familia judía con dos hijos, un poco mayores que yo y una gran afición a la buena comida. Un día el varón que estaba haciendo la colimba en alguna repartición del ejército, fue detenido y su casa allanada. En el pasillo hubo gritos de la madre, carreras y golpes, pero pudo escapar, saltando por el fondo de la casa, al terreno del vecino. Lo acusaron de subversivo y cumplió condena en Campo de Mayo. La puerta siguiente daba a la casa de los N., una familia de madre paraguaya, que aportaba a nuestra comunidad una imponente terraza en la que jugar y celebrar los cumpleaños. En esa terraza, en uno de los canteros rodeados de cemento, enterramos un pichón caído del nido y ese fue mi primer contacto con la muerte. Seguía el departamento de una familia venida del interior. Su hijo E. fue mi primer amor, secreto e inalcanzable; y, al final de unas escaleras laterales, la peluquera M., que me dejaba jugar con los piquitos de ruleros como si fueran sardinas, y su

marido O., que una noche de invierno fue detenido por la policía y regresó a casa en “carne viva”, como oí decir a mi madre mientras iba y venía con palanganas de agua tibia para desinfectarle los mordiscos de la picana. El pasillo, en la planta baja, se cerraba en una especie de *cul-de-sac* y en esa casa vivía una familia de Jujuy, D., R. y su hijita. La madre, siempre en cama por problemas de corazón, me ayudaba a recortar de los diarios y revistas palabras con b y con v para mi clase de lengua. Después, se llegaba a nuestro departamento, en altura, a través de una escalera de cemento muy escarpada, casi trazada en vertical. Al final de las gradas se encontraba una puerta hecha de listones de madera, parecida a las puertas de jardín o como las tranqueras que limitan las estancias en el campo. Pintada de verde inglés, dejaba ver qué había más allá de las dos habitaciones con patio, y desde afuera se podía espiar para saber si había alguien en casa. Era una vivienda muy modesta, de autoconstrucción, y todas las estancias daban a ese patio elevado, coronado por una parra de uva chinche que, en otoño, inundaba de olor agridulce todo el aire. Todavía puedo sentir ese olor áspero de la uva negra que entre todos los vecinos pisaban para hacer vino patero.

Pero nosotros no éramos los únicos habitantes de este “palomar”, como lo llamaba mi padre. Una de las habitaciones, la más grande, que después se convertiría en la nueva cocina con mesada de mármol, era la oficina de la corredora de apuestas, Doña J. Los “burreros” llamaban a un teléfono negro de baquelita que colgaba sobre la pared para jugar a un caballo y la encargada — una señora entrada en años y con el pelo canoso — anotaba en un cuaderno Gloria de tapas anaranjadas el nombre del animal, un número, y la cantidad arriesgada. Había algo fascinante, por lo secreto, en este ejercicio ilícito que a veces ponía muy contenta a la corredora, y otras, la enojaba. Como si a través del teléfono negro y dependiendo de las condiciones climáticas (yo tenía que establecer alguna relación con el mundo, alguna certeza) recibiera buenas o malas noticias; de lejos, me imaginaba yo, seguramente de muy lejos, pensaba entonces. Las noticias de más cerca, me parecía, eran siempre las mismas, y estaban hechas de cotidianidad y monotonía. Una rutina. Pero allá, donde quisiera

que estuviera el otro extremo del aparato, debía haber una fábrica —que no cerraba nunca— productora de malas o buenas nuevas, de sorpresas, de anuncios imprevisibles. Una gran factoría de eventualidades que, sin embargo, a nosotros no nos afectaban. Incidían en ese otro mundo, el que empezaba más allá de la puerta de calle.

En el más acá, en torno al largo pasillo, angosto y sin techo, en ese espacio acotado por una pared amarilla, salpicada aquí y allá de panzas producidas por la humedad, habíamos firmado algo así como un seguro contra las contingencias. Así fue como una tarde de invierno acompañada por la dueña de la casa de inquilinato, la Nonna, se me ocurrió señalar con el dedo índice la caja de hierro pintada de verde que contenía el antiguo contador de la luz. Se trataba de unas hornacinas de fundición empotradas en la pared de las casas que registraban el consumo individual de cada familia. En nuestra comunidad había siete cajas de esas apiladas en dos filas y a mí me recordaban, por la forma y porque se abrían de la misma manera, a los buzones de cartas americanos que había visto en las películas. Esos cajoncitos sujetos a un poste clavado en el suelo. Los contadores de la luz tenían algo que parecía un ombligo en la parte de arriba, ahí donde el encargado de la medición metía una llave y la tapa, pesada y de hierro, se abría colgada de una bisagra. Dentro había una especie de paspartú, también de metal, cubierto de vidrio, que enmarcaba el relojito que daba cuenta de los kilovatios consumidos. Parecía una televisión antes de que tuviéramos televisión. Una televisión imaginaria. Los chicos jugábamos a inventarnos las escenas que iban a aparecer a través de esa pantalla, a veces muertos de miedo y siempre muertos de risa. Mi insistencia por señalar el medidor de la luz de mi casa debió ser ignorada por la Nonna, porque insistí y para reafirmar mi convencimiento, me estiré todo lo que pude hasta tocar la ranura del contador. Me tuve que estirar bastante, no tanto porque el aparato estuviera muy alto como porque yo no alcanzaba el metro de altura. Y en ese gesto impaciente la puerta del medidor se desprendió y cayó implacable sobre mi dedo. No hubo dolor, solo el grito agudo de la Nonna al ver la cantidad de sangre que brotaba de mi mano y al comprobar que

la falange distal había sido seccionada y colgaba libre de un fino jirón de piel. Me agarró por la cintura y pidiendo auxilio corrió por el pasillo en dirección a nuestro departamento del fondo. Yo solo podía ver cómo la sangre iba tiñendo las baldosas del damero rojo y amarillo que tapizaba el suelo: en las claras sí; en las oscuras, no, quedándose camuflada como parte del cemento, como si mi sangre jugara a la rayuela. Al llegar al “palomar”, más gritos, mi padre se sentó en una silla y no pudo hacer nada más que llorar, paralizado e inmóvil. Mi madre sacó un trapo blanco aconsejada por los vecinos que ya se habían congregado en el patio y daban consejos y directrices contradictorias. Hasta que apareció Miguel; junto con mi madre atinaron a llevarme en un taxi al hospital. De vuelta, mi padre seguía sentado en la misma silla, agarrándose la cabeza con las dos manos, atendido por todo el vecindario del largo pasillo. No me duele papá, no es nada... le dije, lo que provocó que sus ojos, verdes y tristes, desaparecieran otra vez bajo las lágrimas. Mientras, cada quien traía viandas para compartir: alguien subió café y mate, y alguien más, torta. Ese día y los días siguientes el patio de mi casa, el único lugar en el que podían caber, mal, todos los vecinos juntos, parecía una romería. Mi madre, que siempre tuvo una visión dramática de la vida, estaba preocupada, una vez que vio que mi vida no corría peligro, por los complejos que podía llegar a tener, ya de joven, con un dedo más corto: no va poder pintarse la uñas, decía, con ese dedo mocho... y el gesto se le descomponía y traslucía emociones que nunca supe a ciencia cierta si eran de asco, de piedad o de miedo. Cierto, nunca me pinté las uñas, aunque no creo que haya sido por el accidente con el contador de la luz. Tampoco nunca tuve complejo, un dedo más corto nunca hizo ninguna diferencia. No es que lo negara, estaba ahí y al cortarme las uñas siempre tuve que dedicarle una atención especial para poder ajustar la tijera a ese contorno irregular. Solo que esa sensación cálida y húmeda, de comunidad y amparo, siempre fue más fuerte, más potente que la deformidad de mi dedo.

Una pequeña anomalía física que, en algún momento, se me reveló como una cifra, el índice de otras alteraciones vividas y experimentadas en el pasillo de la casa de Murature. Nacida

en una familia oficialmente católica, de un —podríamos decir— catolicismo social, me bautizaron en la iglesia maronita de Nuestra Señora del Líbano. Cristianos de Oriente que concelebraban en la lengua popular, el arameo, y de espaldas a los fieles. En ese templo fui bautizada y a él asistí a veces a la misa de los domingos. Y fue entonces, en una de esas visitas dominicales, cuando reparé en su interior. En el ábside había un fresco, que todavía se dejaba contemplar en los años 90, que representaba la escena de Adán y Eva en el Jardín del Edén a punto de morder la fruta prohibida. Lo terrorífico de la pintura estaba en las facciones con que el artista local agració a la serpiente con cabeza humana: las mismas que cualquiera podía ver en nuestro joven vecino A., un morocho, cabecita negra, muy querido. El mismo que con el primer sueldo que ganó se compró unos lentes oscuros, de sol, que solo podía usar por la noche cuando salía de trabajar, provocando el chiste —y la ternura— de los demás. En cuanto reparé en esta infeliz coincidencia decidí abandonar mi pertenencia a esa comunidad religiosa que se había atrevido a comparar a A. con una serpiente. Así eran las lealtades en aquella época. Así nos las jugábamos en aquel barrio. Y en este desapego fui ayudada por mi madre que, por entonces, y aconsejada por algún médico o por alguna curandera, había decidido escolarizarme a pesar de mi corta edad. Cerca de nuestra casa funcionaba el Club Peretz, el mismo que habían construido los judíos comunistas para socializar su riqueza con los migrantes del barrio, donde funcionaba una schule y un kinder club. Y allí fuimos, recomendadas por la abuela F., que formaba parte de la Junta Directiva. Desde entonces el judaísmo cultural, debidamente fomentado por algunos de los vecinos del pasillo, se convirtió en otra de las aportaciones de mi educación sentimental. Pero llegaba la primera comunión que, por alguna razón que no consigo recordar, tomé antes de tiempo, y había que ir a clases de catecismo. Nuestra vecina D. era miembro de una iglesia evangélica en la que funcionaba una escuela dominical de estudios bíblicos. Mi formación religiosa pasó a depender de este grupo y, más difícil todavía, conseguimos que las autoridades de la iglesia católica en la que comulgué la aceptaran como formación válida. Un mundo hibridado en el

que el empacho o los parásitos recibían asistencia suplementaria por parte de la tía del campo, capaz de curar la bronquitis con grasa de gallina o de tirarte del cuerito acompañándose de cánticos y rezos en una lengua desconocida. Por eso, cuando siendo ya más grande decidí explorar el cristianismo de base, relacionado con la teología de la liberación y los curas tercermundistas, y asistir a los grupos de jóvenes que funcionaban en el Seminario de Devoto, a nadie le pareció una excentricidad, más bien la consecuencia lógica de ese popurrí de creencias y costumbres que circulaban por el pasillo.

PASILLOS

La ciudad de Buenos Aires está llena de pasajes, calles sin salida que no llevan a ninguna parte pero que comunican hacia adentro, forman microespacios, micromundos, llenos de vegetación y vida en medio del ruido de la ciudad. Pasajes y pasillos como los que orientan y vertebran, verdaderas columnas de cemento y baldosas, los conventillos o las casas chorizo. Como si se tratara de una misiva secreta, solo visible para los iniciados, en estos territorios coagulados se puede leer el destino: no hay a dónde ir, todo lo que somos y podemos ser está aquí en el pasillo que forman la calle y las casas. En esta geografía básica nos fuimos construyendo como un límite y una posibilidad. Y si una vez soñamos con que todo era posible en otro lugar, basta volver a ese territorio original para descubrir que el margen de maniobra estaba en la jugada, porque las cartas, desde tiempo atrás, ya estaban echadas. Raro y perverso mensaje para un país que cifró lo posible en otro lugar. Raro y perverso mensaje para un país de inmigrantes, que cifraron todo lo bueno en el porvenir.

Casas. Pero ¿qué es una casa? Si tomamos a las fábulas y cuentos tradicionales como parte de esa memoria ancestral, casi memoria de la especie, que circula de generación en generación, el cuento de los tres chanchitos habla a las claras de la casa como refugio frente a las amenazas que vienen de afuera. En esa

fábula se hace patente la importancia —real y simbólica— de la casa material, de la casa bien construida, resistente a los peligros encarnados en el malvado lobo. Pero hay algo de otro orden en la casa, más allá de esa materialidad indiscutible. Y aunque la modernidad haya querido liberarnos de nuestros vínculos con el espacio, y la posmodernidad exaltado el valor de la deslocalización de seres humanos/mercancías, lo cierto es que, lo sepamos o no, seguimos siendo animales territoriales. Ligados a un espacio original que ha ido modelando nuestras búsquedas y nuestras elecciones. Y si alguna vez lo abandonamos nos seguirá con la fidelidad y tozudez de un fantasma, allí donde vayamos.

ARROYO CARACOLES

El río se revuelve y contonea formando un trozo de tierra parecida a un riñón. Vista desde el aire, la isla tiene la forma del Paraguay, esa otra isla rodeada de tierra en el corazón del continente. Me pregunto si no será esta coincidencia formal, este secreto, el que incentivó la venida de inmigrantes guaraníes a este lugar extraño de clima subtropical tan al sur del mapa. Si no será esa forma originaria, pintada en el pizarrón de la escuela, intuida en los mapas mudos, reproducida una y mil veces, tallada en la memoria infantil la que los ha traído a estas latitudes, a esta otra isla lamida por ríos con nombres familiares: el arroyo Chaná o el río Paraná Miní. Un enjambre de corredores líquidos, de pasillos acuáticos forman esta anomalía subtropical incrustada, como una gema en la roca, en clima templado. Este lugar al que solo se accede por agua o por aire, que desafía la hegemonía del peatón y, más aun, la del homo motorizado, solo permite desplazarse por la superficie del agua. El reino de los anfibios, de los que pertenecen a dos órdenes, los que pueden vivir en dos mundos. En este lugar, del que hasta hace poco no había mapas fiables, las puertas de las casas coinciden con las escaleras de los muelles. Una norma no dicha pero transmitida de generación en generación establece que para anunciar la llegada del forastero se palmea repetidas veces sin bajarse de la embarcación esperando

la señal de la dueña de la casa para avanzar sobre el territorio del otro. Las puertas no se cierran, muchas casas ni siquiera tienen cerradura. Pero códigos estrictos diferencian lo propio de lo ajeno y organizan las reglas de la hospitalidad y de la cortesía. En esta maroma de ríos y arroyos desplegados en el mapa está el arroyo Caracoles, ese que encierra en su abrazo líquido la isla con forma de riñón. Hay quien dice que su nombre, del que hay registro allá por el siglo XVIII y que por entonces era el límite de las islas, se debe a la abundancia de moluscos pardos que todavía se pueden encontrar en sus aguas. Otros señalan que es la forma retorcida de su cauce la que le dio nombre a este arroyo rebelde que a veces desagua en el Chaná y otras en los Bajos del Temor, según venga la correntada.

Es un pasillo fluido, de aguas turbias que no dejan ver el fondo. Si se lo contempla desde cualquiera de sus recodos se ve la sucesión de muelles de formas y colores distintos separados por grandes espacios verdes en los que matas tupidas de árboles y enredaderas no dejan ver la costa. Como un pentagrama vegetal la presencia humana agrupada, acorralada por el verdor de la floresta. Y allí están los D., dedicados durante generaciones a la pesca artesanal de bogas, bagres, tarariras y viejas del agua. En la orilla contraria los F., venidos de Entre Ríos, escapando del hambre y del ejército, cuando todavía no habían estrenado pantalón largo. Un poco más acá hay un barrio, una sucesión de casitas en torno a la despensa de Don A. Cada una con su muelle, cada una con su territorio demarcado. Los R. son mis vecinos. Una familia de seis hermanos de los que solo se dejan ver dos: F. y E. Una vez vi a su padre, un anciano casi centenario, apostado como un espía o como un indio amazónico detrás de un árbol. Con unos pantalones remendados atados a la cintura con un piolín y unos pelos largos y blancos enmarcando su cara. Moriría poco después y su muerte fue un golpe inesperado para la vulnerable vida familiar. Desaparecido el patriarca, el que daba órdenes y asignaba un lugar para cada uno, se abrió un período de confusión y angustia. F. buscaría denodadamente a quién seguir y a quién obedecer. Me contaba que su máxima aspiración era tener “un buen patrón”, como el inglés, como el que había tenido su padre,

ese que le compraba la comida y la ropa a cambio de su trabajo. Alguien que decidía qué era bueno para ellos, evitándoles los rigores de la vida y la aspereza de la elección. Y por más que yo intentaba convencerlo de que nunca sería una “buena patrona”, sabiendo que ante el “no puedo” ofrecería menos resistencia que ante el “no quiero”, durante mucho tiempo F. intentó persuadirme de la necesidad de replicar ese tipo de relaciones de dependencia. No puedo ser su patrona, F., no puedo pagarle un sueldo para que usted y su familia puedan vivir, le dije muchas veces y él contestaba, como queriendo convencerme con un argumento irrefutable: mire que trabajaría para usted sola, solo en su terreno..., como si la exclusividad, ese emblema casi feudal, fuera lo más importante que tuviera que ofrecer. Como si esa pesada herencia de servidumbre, heredada de su padre, que seguramente lo habría recibido del suyo, se hubiera convertido en su único, o al menos, en el máspreciado de sus activos.

F. y E. y sus hermanos invisibles viven a la derecha de mi casa sobre el arroyo Caracoles. No se los ve, metidos en el monte espeso de alheña, ligustrina, madre selvas y tacuara, una verdadera cortina vegetal, opaca y acogedora. Se los intuye. Nunca estuve en su casa, nunca pude acercarme más que a unos metros del lugar. Cuando emprendo el camino del monte que nos separa y los llamo batiendo palmas o por sus nombres, aparecen con rapidez cerrándome el paso. A veces E. tiene ese gesto coqueto de alisarse el pelo o de sacudirse la ropa para estar más presentable. Pasa horas retorciendo fibras vegetales que ella misma recolecta en el bosque para componer hermosas canastas salidas de su pura invención. Otras veces F. aparece repeinado y la ropa limpia, recién puesta, con esa dignidad que tiene la gente por estos humedales. El otro día F. me había hecho el favor de guardar el bote en el zanjón durante mi ausencia. Y justo antes de mi regreso lo había amarrado, por los dos extremos, para evitar que las lanchas de pasajeros lo voltearan con las olas que levantan a su paso. Uno de los extremos de la embarcación sujeto a la roldana y el otro al palo del muelle. El cabo atado a la madera es el que permite manejar el bote, acercarlo o alejarlo, a conveniencia. Y ese cabo largo, redundante cuando la canoa está atada, formaba

un hermoso dibujo en espiral, precioso y perfecto. Un regalo, un gesto preciso donde no faltaba nada y nada estaba de más. La economía del gesto, el saber hacer, el respeto por el trabajo propio.

Por eso cuando en pleno vendaval de viento y lluvia que azotó la isla por espacio de siete minutos un árbol se venció sobre el techo de mi casa no me sorprendió ver a F. y E. correr a buscar ayuda, trepar al tronco del álamo caído y cortar sabiamente las ramas una a una con la precisión de un cirujano. Esas no, me decía porque van a romper los vidrios de las ventanas... y una vez que desplumó la mole vegetal, la derribó de un tajo certero hasta que el vencido cayó sobre el terreno. En un momento se congregaron los vecinos con cuerdas, escaleras y buena voluntad. No fue nada, decían, menos mal... ya pensábamos que había partido la casa en dos... No fue nada, y fue todo. Había encontrado lo que no sabía que estaba buscando. La reedición, como un eco, de otra catástrofe en la geometría emocional de mi infancia.

Suspendida del horizonte

*I think the most intensely felt landscapes
are the ones we walk through as a child.*

SIMON SCHAMA⁶

*Before it can ever be a repose for the senses,
landscape is a work of the mind.
Its scenery is built up as much from strata of memory
as from layers of rock.*

SIMON SCHAMA, *Landscape and Memory*⁷

Nacer y crecer en la montaña, nacer y crecer en la llanura. No es lo mismo aprender a caminar a la vera de un río o con los pies escarchados del salitre del mar que hacerlo mientras se respira el polvo pesado y caliente de un aranal o sobre el asfalto como único suelo posible. Para la mayoría de la población mundial, nacida en ciudades, un accidente geográfico —como llamaban en la escuela a los ríos, las montañas, los bosques o los lagos— organiza y diferencia el espacio original. Y dentro de ese espacio y paralelo al accidente, una arquitectura que, destilada y estilizada, deviene en una figura geométrica. El etólogo Konrad Lorenz describió el troquelado o la impronta animal, esa rara condición que hace que las aves sigan fielmente e imiten la conducta de lo primero que ven al nacer. Tanto si se trata de su madre como de cualquier otro objeto o ser vivo, esa primera imagen queda indeleblemente impresa en su memoria y condicionará su posterior desarrollo. La fidelidad de los sobrevivientes. Una forma de agarrarse al mundo. Me pregunto si no pasará algo parecido con los paisajes, esos espacios donde se cruzan la historia y la

6. Mel Gusson (5 de junio, 1995). "Into Arcadia with S. Schama". *The New York Times*.

7. Denis Cosgrove (2012) *Landscape and Memory* by Simon Schama, *The Journal of Garden History*, 16: 4, 312-313.

geología, la memoria y las rocas. Me pregunto qué diría cada uno de nosotros si tuviéramos que elegir un paisaje básico, ese al que adherimos en la infancia, ese mismo que fue modelando nuestro carácter, al que ofrecimos resistencia, con el que fuimos creciendo. Un paisaje impuro, que como en la *matriosbkas* rusas, contiene otros, heredados, hibridados, cruzados y, sobre todo, intuitivos e imaginados...

MONTAÑAS

Pienso en montañas escarpadas y en una garganta angosta que las atraviesa. El desfiladero de los Beyos en Asturias, por ejemplo. Durante años, paisaje suplente. Imagino el impacto de esas moles de piedra cubiertas de vegetación, atravesadas por cientos de hilos de agua puliendo y horadando la roca, en sus moradores. Se decía que los habitantes de Caín, pueblo de la comarca, no se morían, sino que se despeñaban. Se hablaba de su tosquedad, del hermetismo y la descortesía que manifestaban ante la llegada de forasteros. Características que habían impresionado sobremanera al entonces rey, Alfonso XIII, en su primera y, casi seguro, última visita a la zona, a comienzos del siglo XX. Replegados sobre sí mismos, la vista interrumpida por farallones de caliza gris, paredes verticales que suspenden la imaginación y, al mismo tiempo, obligan a preguntarse: ¿qué hay detrás de las montañas?, ¿quién y por qué habrá decidido responder a esta pregunta, aventurarse en el más allá, romper con la tradición heredada de siglos de aislamiento?, ¿quién y por qué habrá resuelto ignorarla y continuar ensimismado, rumiando la resignación de los que saben que no hay nada que no esté ya en uno mismo? ¿Cómo explicar el apego a la tierra y la imperiosa necesidad de abandonarla para siempre?

DELTA

Un entramado de ríos y arroyos forma las entrañas del Delta. Cuenta la leyenda guaraní que Tupá, el Señor de Todas las Cosas,

se apoyó sobre el limo fresco para descansar, y al levantarse se formaron cientos de pequeños cursos de agua allí donde había quedado estampada la impresión de su mano en el barro pegajoso. Una planicie cosida y atormentada por la dulzura del agua, la viscosidad de la greda y la intemperancia de la vegetación. Una llanura tan mansa que espera, paciente, las avenidas líquidas, esas corrientes que se retuercen y serpentean para llegar a destino. En este imperio fluido y efímero no hay apegos materiales. Los hombres y las mujeres trabajan casi con resignación bovina, pegados a la tierra, al junco, a los frutales, completando la frugalidad de su dieta con pescado, nutrias, carpinchos o pavas de monte, gracias a la caza furtiva. Una tierra desafiante que a treinta centímetros es agua y un agua engañosa que esconde bancos de arena donde encallan los barcos y las ilusiones.

Nada es lo que parece y lo que parece se desdibuja en un abrir y cerrar de ojos. En cuestión de segundos la correntada se para en seco como obedeciendo el mandato de alguna voz secreta y todo lo que flota sobre la superficie marrón del río queda congelado, a la espera de la siguiente orden, atento a la nueva disposición. Cuando esta llega, vaya a saber de dónde, del centro de la tierra que es agua o del mismo corazón del agua que es tierra, todo lo que discurre por encima del río, toda esa masa vegetal y animal que se desplaza sin conciencia por la piel de este mundo se deja arrastrar con premura y sin pausa, en sentido contrario al que circulaba minutos antes. Como reconociendo el error o advertidos del lugar exacto en el que está el paraíso, todos esos navegantes involuntarios se deslizan confiados hacia ninguna parte. Repiten una y otra vez el mismo recorrido río arriba y río abajo, un día y otro, hasta que el contacto con las corrientes, las mareas y el oleaje los deshace o los descompone. Un caballo canela, inflado y putrefacto, flotaba sin resistencia hacia la desembocadura por la mañana y, pocas horas después, emprendía el camino de regreso hacia el nacimiento del río como queriendo, sin saberlo, escribir un mensaje efímero sobre la superficie del arroyo, transmitir el viejo aforismo de Heráclito, *panta rei*, todo fluye y solo el cambio permanece. Ante esta sentencia, pesada e inexorable, transmitida de padres a hijos, los isleños adoptan la estrategia flexible del junco, se mecen y pliegan al son de las aguas.

SELVA I

Una mancha, de distintos tonos y con diferentes relieves, es la selva en la imagen del satélite. Hasta no hace mucho, la visión que teníamos de los raleados pulmones del planeta era a ras de suelo y, en buena medida, procedía de nuestras lecturas juveniles. De selvas innombradas. La selva con mayúsculas. Daba igual si se trataba de la Amazonia, de la pequeña selva misionera o de las enormes selvas del sudeste asiático. Todas eran La Selva, un uso genérico que nos permitía imponer sobre ese paisaje exótico nuestros miedos y nuestros deseos. Moldearlo a conveniencia. *El libro de la selva* de Kipling y *Los cuentos de la selva* de Quiroga son los primeros recuerdos que tengo de este ecosistema fascinante, uno de mis favoritos y que visitaría una y otra vez como se hace con un viejo amor, sabiendo que lo que buscamos solo aparecerá a condición de que lo volvamos a perder.

Desde arriba —desde el aire o desde el espacio— la selva parece un tapiz de terciopelo o una superficie cubierta de musgo, mullida y acogedora. Desde abajo se pierde la dimensión de la espesura e impera la monotonía. Solo el ojo entrenado o el oído experto pueden reconocer los peligros y las ofrendas de la floresta. Los verdes, entonces, se despliegan en mil matices y componen un lenguaje cromático que reafirma y niega a los otros colores. Los eclipsa, los neutraliza. Solo se salva el rojo, escaso, señal de peligro de la que se valen algunos animales para mantener a raya a los depredadores o las flores para asegurarse la reproducción. Y ese ruido metálico, constante y acompasado, ruido de insectos laboriosos concentrados en sus tareas.

En la selva, la vista está condenada al fracaso y la espesa cortina vegetal le corta el paso y desafía su poderío. En este paisaje el oído es el dueño y señor de los sentidos. Básico, primario si se quiere, de él depende la supervivencia humana. Somos vulnerables en la selva. Vida en competencia, rivalidad pura. Y sus contrarios: comunidad y reciprocidad. Tantas formas de vida suponen un reto para los humanos, una especie más, como los pandas, los pulpos o las luciérnagas, haciendo lo que puede para sobrevivir, como decía el descreído de Richard Rorty. Y en ese laboratorio

vital la capacidad de escucha marca la diferencia entre comer y ser comido. Pero los sonidos no se presentan prístinos y puros. En la selva el jaguar es sigiloso y se mueve como un fantasma entre la húmeda hojarasca y la yará no se anuncia descaradamente como la víbora de cascabel, sino que se enrosca sobre sí misma en las zonas umbrías esperando que pase el peligro o atenta a una posible presa. No son los sonidos directos los que anuncian la amenaza sino un código común, un lenguaje particular, una trama de significados, una red de solidaridades compartidas. Cuando el mono aullador grita tres veces el tigrillo está cerca; la desbandada de las garzas anuncia la presencia de la víbora; préstamos entre especies, trueque de sonidos, lenguaje de naufragos: una comunidad que nos devuelve a lo que somos, a lo que siempre fuimos, la misma que, desde hace no tanto, podemos intuir en la imagen colorida del satélite.

SELVA II

Una larga carretera atraviesa este pequeño país, Paraguay, en el centro mismo del continente. Recta y estrecha, la ruta 9, construida a fines de los años 60, sale de Asunción y parte longitudinalmente el territorio chaqueño en dos mitades. De un lado, el departamento de Boquerón; del otro, el Alto Paraguay. Si se mira un mapa, la Transchaco, que es como se llama este costurón de asfalto, es una larga línea recta de 835 km que divide la región occidental en dos ecosistemas: seco y húmedo. Transitar por la 9 es un acto de valentía donde los accidentes mortales son frecuentes y los agujeros del pavimento, una constante. Pero más allá de las incomodidades del camino resulta fascinante la sucesión de paisajes que desfilan a lo largo de la ruta. Desde los palmerales hasta la selva seca, el infierno verde, como se lo calificó en aquella guerra cruenta que enfrentó al país con otra de las naciones más pobres de América Latina, Bolivia, en los años 30. Una selva seca o un desierto espinoso, casi un oximorón, una contradicción en sus propios términos.

Nada más salir de Asunción, después de atravesar no sin dificultad esa urbe caótica y abigarrada, la ruta entra en el

campo, salpicado aquí y allí por pequeños ranchos aislados o formando grupos de casitas a la vera de la carretera. Construcciones humildes pero cuidadas con el suelo de tierra apisonada y una verja de troncos alineados para ahuyentar a las bestias. De vez en cuando una escuela y siempre una aguada, garantía de supervivencia ante los caprichos del clima. Y ahí están los palmerales, salpicados o formando bosques de yatay, separados por profundos y amplios tajamares donde abrevan el ganado y la fauna salvaje. Como si se tratara de las pinturas rupestres de nuestros antepasados, del arte esquemático del que hablaba Leroi Gourham, símbolos que solo se pintaban en las oquedades secretas y protegidas de las rocas, una sucesión de figuras cóncavas —las aguadas— y de bastones —los palmerales— salpican todo el paisaje. Femenino y masculino. La voz del origen. Una secuencia, una melodía que comienza a cambiar sutilmente, casi imperceptiblemente. En cuestión de pocos kilómetros, lo que dura la abrupta transición, todo parece indicar que entramos en otro mundo. Las palmeras empiezan a escasear y en su lugar palos borrachos, cactus y otra vegetación de estepa, acompañada de una trama muy tupida de enredaderas protegen el paisaje y lo resguardan de las miradas indiscretas. Y de vez en cuando un agujero en el follaje, como una puerta o una ventana en la espesura polvorienta que acordona la ruta. Si se mira atentamente esas discontinuidades se puede observar un suelo arenoso y limpio debajo de la maraña vegetal por donde circula el aire más fresco a resguardo del sol, del polvo y del calor. Y en ese pequeño espacio ganado a la maleza, un trozo de tela —sujeta por los extremos posteriores— forma un toldo en el que descansar o en el que proteger lo recolectado o lo peleado al monte. La selva seca o el desierto espinoso deja ver así su otro lado, el más amable, el que han sido capaces de entender los pueblos originarios, hoy acorralados y arrinconados en su propio territorio. Espinoso por fuera, fresco y acogedor por dentro. Una buena estrategia de resistencia. La del monte y la de sus pobladores. Solo hay que mirar y aprender a ver...

LLANURA

Los que hemos nacido en medio de una llanura hemos aprendido, desde niños, a valorar el horizonte. Nos han hablado de ese raro efecto óptico, casi un espejismo: cuando nos acercamos a esa línea imaginaria, ella se aleja de nosotros, dejándonos siempre a la misma distancia. Si uno se interna por carretera en la Pampa húmeda podrá recorrer cientos de kilómetros perseguido por ese borde ondulado que parece no acabarse nunca. Como una cuchilla afilada el horizonte, cada día, engulle y vomita luz y sobre esas sombras se proyectan los pocos árboles, los ranchos, los caballos atados al palenque o las pacíficas vacas rumiadoras. Hay algo atemporal en las llanuras, como si la escasa curvatura de la tierra que se percibe a lo lejos impusiera su ritmo al tic tac de los relojes. Una temporalidad cíclica que desafía al dios del progreso. Tal vez por eso, los habitantes de estas pampas se mueven con la parsimonia del que sabe que no por mucho madrugar amanece más temprano. Y pueden pasarse horas, las necesarias, oteando el horizonte o en completo silencio, no por respeto o porque no tengan nada que agregar, sino para oír el pálpito de la tierra con la que están emparentados. Pero para los que vivimos en la ciudad, aun cuando la ciudad esté en una llanura, esa abertura sin fin, esa superficie indefinida es una invitación y un desafío. Acostumbrados a los espacios fragmentados por edificios, puentes y carreteras, la planicie fatiga y nos empuja a buscar sus límites. Nos aventuramos en esa monotonía, un poco más, un poco más allá, aunque sepamos de antemano lo que vamos a encontrar.

LECCIÓN DE GEOGRAFÍA FÍSICA

Las marcas de una orografía original, de esos accidentes, que, como el propio nacimiento, organizan una forma de ser y de estar en el mundo. ¿Qué se pierde cuando la montaña, el delta, las selvas o las llanuras se convierten en un vago y atenazado recuerdo?, ¿qué dejamos atrás cuando otras geografías físicas suplantán a esa que ha dejado su impronta en nosotros?, ¿de qué está hecha la

nostalgia, esa emoción dulce y corrosiva que acompaña a la pérdida de un lugar y con la que se construye uno nuevo? La *saudade* de la que hablan los portugueses, la *morriña* de los gallegos, el *hiraeth* de los galeses, la *dór* rumana, la *sehnsucht* germánica o la *enyorança* de los catalanes son algunas de las formas de nombrar la presencia de lo ausente, el hueco dejado por la falta, ese pulso que sigue palpitando incluso muchas décadas después.

A. pasó toda su vida buscando las montañas de su Asturias natal. Y allí donde iba siempre encontraba algo que le recordaba el lugar de donde venía. Las sierras de Córdoba se parecen, decía, al ondulado paisaje de los valles asturianos... Una semejanza remota, posible solo por la distancia del punto de comparación. Los húmedos valles asturianos se parecen más a las secas serranías cordobesas que a las estepas patagónicas, ahí empieza y termina su afinidad. Pero esa necesidad de arrastrar algo de lo que fuimos y de encontrar en lo nuevo algo de lo que somos impulsa estas comparaciones, empuja y da sentido a esas transposiciones.

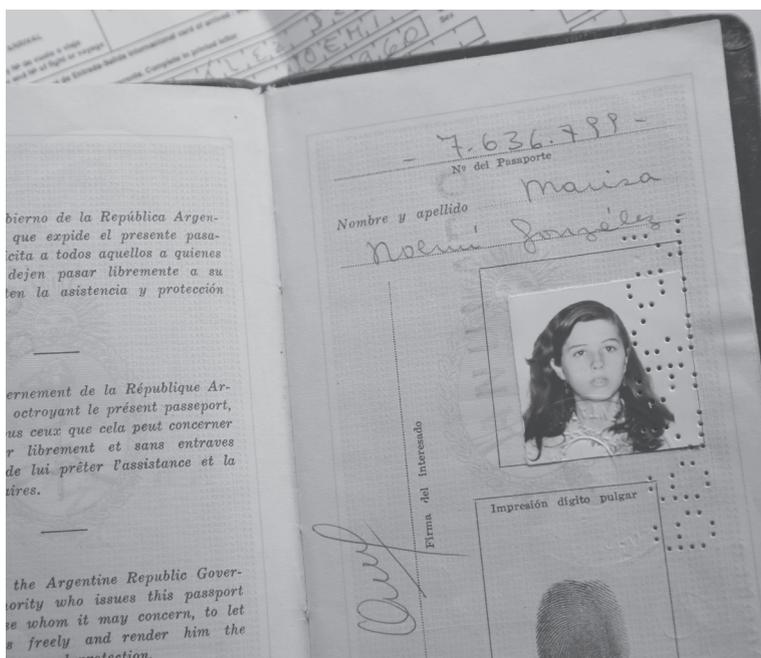
Buenos Aires es una ciudad patchwork, hecha de retazos: casas normandas y casas alpinas con techos empinados para contrariar a la nieve conviven, pared con pared, con las blancas terrazas árabes que desafían el calor e invitan a la siesta. Chalets californianos comparten la vereda con remedos coloniales pintados de albero. Como si se tratara del catálogo enloquecido de un arquitecto utópico o el diario ilustrado de un aventurero, cada cuadrícula de terreno es una parte del mundo y un mundo aparte. Los menonitas del Chaco paraguayo construyen casas que recuerdan a las de sus antepasados casi cien años atrás. Casas con techos altos para desagotar la nieve y dar curso a la lluvia de una Europa lejana que los obligó a la diáspora. Con hermosos y trabajados jardines floridos en medio de un desierto espinoso tapizado de cactáceas, las casas parecen fuera de lugar. Y lo están, solo si se las contempla desde afuera. Desde adentro son la huella de la comunidad, la marca de su memoria, el araño de la historia. Pero no son los únicos que han sido marcados por ese paisaje original, seducidos por la seguridad de lo conocido. No son los únicos, pero sí los mejor tratados. A algunos la historia les sonrío y a otros, los desprecia...

Los ranchos son esas construcciones precarias que forman barriadas en todas las ciudades latinoamericanas: villas miseria, poblaciones callampas, cerradas, favelas... Comunidades conocidas, genéricamente, como rancheríos. Originalmente esas aglomeraciones estaban formadas por gente del campo, eso que se llamó la migración interna. Minifundistas, aparceros e indígenas nómadas cercados por el avance de la “civilización” se vieron tentados por las promesas de la ciudad. Y al llegar construían asentamientos provisionales como aquellos de los que provenían. Entre los cazadores recolectores el rancho era el campamento temporal y cada familia disponía de varios que, cumplida su función, se abandonaban; y entre los jornaleros, los ranchos eran instalaciones transitorias, donde pasar a resguardo el tiempo de la cosecha, reutilizables durante varias campañas, tantas como soportara la fragilidad de sus materiales. Es esta arquitectura efímera la que trasladan a las ciudades en su peregrinaje y con ellas esa lógica de desapego y desafección material. El ranche-río, en sus orígenes, estuvo ligado a la provisionalidad no a la pobreza. Es en el encuentro con la ciudad que se convierte en marginal y miserable. Y en ese cruce de lógicas, entre lo fugaz y lo permanente, sus habitantes llevaron las de perder. Nadie parece entender la sabiduría que encierra la aceptación de nuestra precariedad y la soberbia que esconde ese deseo de permanencia. Nadie parece recordar, como si una amnesia nos aquejara, que unos y otros —menonitas e indígenas— reproducen el mismo gesto ancestral, que, como el nombre familiar, el tótem o las banderas nos salvan de nosotros mismos, nos ligan a un linaje y nos vinculan a una historia.

Por eso no me sorprendió ver a Don I., en su segundo viaje a la ciudad, trepado a un poste de la luz para ver si conseguía advertir en el horizonte el perfil de mi casa. Nacido en la selva húmeda del Beni de la que no había salido hasta rayar la cincuenta, los árboles habían modelado su noción del mundo y era esa imagen —con la consiguiente figura y el consecuente mandato— a la que recurría cuando estaba perdido en La Paz. Árboles, líneas rectas, verticales, entes invisibles, puntos en movimiento como los veía Kandinsky. Como tampoco me sorprendió ver los

campamentos de los ayoreo en el borde de las poblaciones o en los alrededores de las ciudades hechos con bolsas de nylon negro sostenidas por palitos, remedo de aquellos otros que advertí en los márgenes de la ruta 9, agujeros en el monte que dejaban ver un suelo fresco y limpio, al abrigo de los rigores del Chaco paraguayo.

Somos también lo que el espacio ha hecho de nosotros. Somos nuestra relación con esos lugares de infancia, con sus accidentes geográficos y sus figuras geométricas. Pero ¿qué se pierde cuando esa geografía básica queda atrás, alojada en un territorio material y simbólico al que no se puede volver? ¿Cómo llamar a esa sensación de ingravidez que hace que las cosas y los rostros pierdan el contorno, se difuminen como en una mala fotografía, como si todo entrara en estado gaseoso, sin límites y sin contención? ¿Cómo explicar esa condición física por la que lo conocido entra en turbulencia y no puede ser sustituido por lo nuevo? Es como quedar suspendida en la línea del horizonte. Otra manera de llamar al desarraigo...



Testigo de la muerte propia

A P. A. quien, muy pronto, descubrió este juego...

A S. J. quien, desde hace un tiempo que ya no recuerdo,
escucha estas historias...

*No sabemos recordar.
Es apenas un préstamo
de lo ignorado.
Un préstamo
que jamás vamos a pagar.*

C. КУРЧИК, *Los colores de la vigilia*

ISLEÑOS

La gente del lugar dice “allá en la isla” cuando está en tierra firme. Como si se tratara de un lugar remoto, con ese adverbio despliegan un sinnúmero de sentidos doblegados, prensados en capas hojaldradas, replegados sobre sí mismos como en los caparazones de los caracoles de río. Porque cuando dicen “allá en la isla” no están a miles de kilómetros, del otro lado del mundo, sometidos a la inclemencia de otros husos horarios y de otras estaciones del año. No, están a menos de treinta kilómetros en línea recta, a media hora de lancha, en un punto a milímetros de distancia en la superficie plana del mapa. Y, sin embargo, cualquiera puede oír esa lejanía temporal, puede intuir cómo el adverbio de lugar de “allá en la isla” se transforma en adverbio de tiempo, como si dijeran “antiguamente”, “ayer”, “antes” o “en otra época”.

Esa misma gente, cuando habla desde ese territorio húmedo y extrañado y se refiere a la ciudad o al municipio al que pertenecen la segunda y la tercera sección de islas del Delta del río Paraná, no marca esa distancia espacial y temporal, no dice “allá

en el continente”, portando el extrañamiento, haciendo de la lejanía una pertenencia. Simplemente “se van al pueblo”, como si la urbe fuera un apéndice, una consecuencia, de las islas. Incluso para los que han nacido y crecido en estos arrabales, trazados sobre el barro y el agua, “allá” no indica un lugar sino otro tiempo. Con un territorio en constante desplazamiento y formación, con islas que aparecen de la nada, sostenidas por agrupaciones de juncos que las delatan, y otras fracturadas, penetradas por los lametazos rítmicos y persistentes del agua, el tiempo es el único amparo. Los isleños resisten el abrazo amoroso y asfixiante del río estaqueando las costas, cercándolas como si fueran campos de aire, construyendo zanjones de desagote para liberar la tierra, los cultivos y las casas del destino del ahogado. Pero, como los naufragos o los anfibios, saben que su identidad depende de esa doble condición, de la aceptación de un destino en medio de ninguna parte. Tal vez por eso el tiempo es el único lugar en el que anclarse, el único espacio en el que sentirse a salvo. Otro tiempo, no el que marcan los relojes, las modas o los avances técnicos. Un tiempo desafiante, paradójico y contradictorio, que de tanto moverse al compás de los pulsos de la naturaleza se ha quedado parado como en el disco mágico de Newton, donde los colores se funden en uno solo, empujados por el movimiento. Rara condición esta en la que la repetición del cambio cíclico nos devuelve, como en el túnel del tiempo, al pasado.

Es así que en este pasado, presente a cada paso, la niña que jugaba a explorar en los juncales, la que se dejaba llevar por la correntada sujeta a una cubierta, la misma que imaginaba las briznas de pasto como selvas para las pequeñas hormigas se ha convertido en “la escritora”, como ahora la llaman, como la conocen en estos pagos. Alguien que algunos meses al año es parte de esta comunidad y que desaparece a partir de septiembre para regresar, por pocas semanas, unos meses más tarde e irse durante todo el verano austral. Un ave rara que tiene querencia por los inviernos del norte y por los del sur o, mejor dicho, que tiene apego a esa “luz (que) se refugia en lo alto” y que se esconde en cuestión de segundos como apurada por el viento, como describía Conti a las islas durante la estación más fría.

Muchas veces me he preguntado por qué en este país tan afecto a los apodos, y, en especial en este territorio acuático, el país del agua, donde casi nadie sabe los nombres de pila de los demás, me adjudicaron una actividad —la de escribir— en vez de una característica física o el apelativo de la patria adoptiva. Como si los habitantes de este lugar, más acostumbrados a oír que a ver, pudieran escuchar una melodía imperceptible para los forasteros. Expertos en la escucha, atentos a los diferentes ritmos y a sus alteraciones. No es de extrañar. Aprendieron, a fuerza de medirse con los rigores naturales, a distinguir el sonido de los vientos: el pampero no suena igual que la sudestada; a diferenciar el ruido de los motores que inunda el aire: el rumor de la colectiva a lo lejos no se parece al silbido de la lancha almacén. En este lugar los ranchos hablan y los isleños conocen su lenguaje. Consiguen discriminar el sonido desparejo de las bombas, el flujo del agua que sube del río y atraviesa el vientre de las casas para desaguar en el terreno del fondo. Chupa en vacío, dicen, cuando el motor no alcanza a llenar el tanque. Saben interpretar los quejidos de esas construcciones en altura, los palafitos, que desafían a la gravedad y al abrazo mortífero del agua. La madera siempre tiene movimiento, sentencian, refiriéndose al crujido de las vigas y a la tozuda inclinación de las casas. Un territorio por donde el sonido viaja, se propaga y nada, ni nadie, lo detiene. La tierra es tan magra y débil que no puede enmudecerlo ni neutralizarlo. Al contrario, es el sonido el que la hace vibrar, como si se tratara de la piel de un tambor o de un amante sacudido por los espasmos de la pasión.

Y es aquí donde los lugareños, atentos observadores de todos estos fenómenos, han anticipado mi destino. Como adivinos o avezados augures de la vida han visto o han intuido a esa tejedora de imágenes, zurcidora de palabras, que va remendando con historias los jirones de la suya propia.

CAMPO LARGO

Anochece en Campo Largo y E. está prendiendo el fuego. Fuera del alero de la casa porque la noche es tranquila y no amenaza

agua. La miro en la economía del gesto, en la elegancia de cada movimiento. Un plato de metal separa el suelo de los troncos de madera dura, de palo santo, que da buena luz y, hay quien dice, espanta lo innombrable. Son largos los finos palos de madera, no hace falta cortarlos, tajarlos o trocearlos para que se adapten al plato. Lo que sobra, lo que excede al círculo metálico no importa, concentrada la vista en la centralidad de la combustión, del fuego. Cuando la madera se agota, convertida en brasa, se toma el extremo del tronco y se lo coloca justo encima de la llama. Un gesto preciso, tan antiguo como el mundo. Una economía energética donde todo está calculado eficientemente, transmitido de generación en generación con la naturalidad de quien respira trece veces por minuto.

Una llamarada violenta, avivada por el aire que viene del Norte, destruye y transforma el palo, otrora altivo y duro, que se descompone al mínimo movimiento, como si fuera de papel. Hay algo inquietante en esa metamorfosis engañosa al ojo, que respeta la forma y destruye el contenido. Basta un pequeño cambio en la densidad del aire para que el tronco, envarado y seguro, se convierta en cenizas y muestre su corazón de nada. Es entonces cuando E. trae algo envuelto en una tela blanca. Camina unos pasos desde su casa, como portando un cáliz o sosteniendo la vida y, en cierto sentido, lo hace. Destapa el paquete con parsimonia y muestra cuatro pequeños panes, redondos como puños cubiertos de un velo de harina que siembra el aire a su paso y que parecen latir como las pancitas de los horneros al sol de la tarde. Y los coloca junto a las brasas, sobre el metal que, para entonces, ha cambiado de color y empieza a tiznarlos de ceniza gris, un polvo volátil como la brillantina. La harina blanca y la ceniza gris arman una danza de pequeños puntos en el aire y caen rendidos sobre el suelo de cemento que rodea la casa. Y mientras E. cuida amorosamente los panes, su marido, H., rememora esa misma escena con otros invitados tiempo atrás en ese mismo círculo y en ese mismo lugar. Entonces alguien protestó y mostró disgusto por la pavesa pegada a la base de los panecillos, se quejó de la suciedad que los acompañaba y mostró su clara negativa a comerlos. H. detalla la situación sin crítica ni rencor, como

quien describe un amanecer o la voracidad de la tormenta. No hay recelo en sus comentarios ni suspicacia alguna. Otra gente, otras costumbres. Y mientras H. comenta el incidente, E., con un ademán limpio y seguro, la vista atenta al fuego, toma un panecillo, y estirando la manga de su pullover, lo limpia prolijamente, intentando sacar la ceniza de la base de la masa. Repite varias veces la operación y estira el brazo, ofreciéndome ese bollo dorado y humeante como si se tratara de una ofrenda, como si en ese gesto se cifrara un pacto, se aceptara la distancia que nos separa, esa diferencia necesaria para que se produzca el encuentro.

Y en eso llega U., de cinco años. Cuando me ve, se esconde. Quiere ver, pero no quiere ser vista. Asoma su nariz por el límite de la pared y, cuando se cruzan nuestras miradas, se resguarda debajo de la ventana. Una y otra vez jugamos a la escondida aún antes de habernos presentado. Al rato, cuando ya el sol es un recuerdo aparece en el *corredor jeré* de la casa y me mira con curiosidad y cierta prevención. Me pregunto qué verá, qué, de lo que percibe, le resulta amigable y qué amenazante. Otra ropa, otro color de piel, otra gestualidad..., una alteridad radical me inviste, me aleja y me torna, al mismo tiempo, en una curiosidad. Sonríe mientras su padre le pide que se acerque y salude y es entonces cuando me da la mano y como si yo viniera de otro mundo o de otra época me pregunta si hablo su lengua. Durante cinco días solo hablamos el idioma de la risa, pintamos monigotes y repetimos palabras en castellano y enlhet para acabar riéndonos por nada, por el simple placer de la compañía y del juego. Blan-qui-to decía ella, mostrando la dificultad de su idioma con las vocales y yo intentaba repetir sin ahogarme esas interminables frases en lengua, llenas de consonantes que obligan a respirar al mismo tiempo que se pronuncian. Fue ella, U., la que me acompañó y me enseñó dónde estaba el excusado y cómo se usaba y fue ella la que me mostró dónde iba a dormir y por qué era importante hacerlo con un mosquitero rosa que, generosamente, había decidido prestarme. Sin palabras. El lenguaje de los gestos. El cuerpo hecho lenguaje. Y, sin embargo, algo palpitaba en esta mudez obligada, algo latía y se abría paso más allá de la lengua, algo ininteligible nos permitía reconocernos, descubrir

en el otro algo propio. Aun en los espacios más remotos, o tal vez en esos espacios como en ningún otro lugar, podemos reconocer lo que portamos sin saberlo, lo que cargamos y nos acompaña. La potencia de lo que somos.

MONTEVIDEANOS

En Montevideo el invierno no se nota. Siempre corre brisa desde ese mar río indiferenciado y el cielo encapotado es casi una costumbre. O, al menos, es como lo recuerdo. Si pienso en esa ciudad limítrofe donde el agua del mar es todavía marrón y donde a veces el agua del río pinta para el azul, imagino una ciudad perdida, perteneciente a ningún país, como a la deriva, dueña de sí misma en medio de la ferocidad del mundo. Una ciudad desnorada, camuflada, escondida a resguardo de las modas, preocupada solo por sus interioridades. En eso se parece tanto a Asunción y tan poco a la soberbia Buenos Aires. En la urbe porteña, cuando uno llega del exterior tienen la costumbre de hacer una pregunta que no escuché en ningún otro lugar del mundo: ¿Qué dicen de nosotros en Europa? Como si en el viejo continente la gente, los medios, la opinión pública no tuvieran otra cosa que hacer que estar pendientes de lo que pasa en este país colgado al sur, tan al sur del mapa. Pero además cuando pronuncian Europa se puede escuchar, para el oído atento, que mencionan un lugar que reclaman como propio. Cada crisis económica ha sido seguida en la Argentina de un repentino recuerdo colectivo que hacía que las embajadas y consulados se llenaran de ciudadanos en busca del documento que acreditaba sus orígenes. La prueba cabal del fracaso del adoctrinamiento patriótico. Tantos próceres, tantas escarapelas y banderas para escapar ante el primer vaivén del barco, ante cualquier amenaza de zozobra.

Nunca noté nada parecido en Montevideo, como si sus habitantes hubieran aceptado o se hubieran resignado a la posición excéntrica de su país en el mapa. Y esa paciencia se ve en casi todos sus escritores, en algunos de sus presidentes y en varios de sus músicos. Pienso en Mario Benedetti, en el Pepe (que es como

llaman a José Mujica en el paisito) y en Daniel Viglietti. Y se ve también en los *bichicomes*, en esa forma de nombrar a los vagabundos, a los crotos de este lado del río. Bichicome es la estilización de *beachcombers*, una homofonía que llama y convoca a los que viven de juntar cosas en la playa, gracias a lo que las aguas devuelven, rescatadores de lo que queda de los naufragios. Un vocablo poético, una manera de engalanar una condición que da para la lírica, pero también para el desprecio. Como pasa con los zíngaros, su forma de vida nómada y sin ataduras llama a la poetización como en aquella película de Kusturica, *Tiempo de gitanos*, pero también al menosprecio. En la modernidad tardía, la diferencia cultural es un valor en alza a condición de que contribuya a la acumulación. Y los bichicomes de las playas de Montevideo, como los gitanos ambulantes de la Europa del Este, están fuera del mercado, viven de las sobras de nuestra civilización opulenta.

Una bichicome, apostada diariamente en la Plaza Independencia, paraba a los transeúntes, vestida con un salto de cama estampado, los ojos bien abiertos como intentando comunicar algo más allá de las palabras. Comenzaba a hablar, a lanzar su perorata unos cuantos metros antes de llegar a los viandantes. Como queriendo anticiparse o anunciarse ante una visita no requerida. Había algo de desgana o de resignación en el acompañamiento de las palabras. Acostumbrada a ser casi invisible o a no encontrar respuesta a sus demandas. No quiero asustarla, solo contarle por lo que estoy pasando, decía. Y así fue como me acerqué y, en lugar de tomar la frase como una letanía mil veces repetida a decenas de peatones cada día, entablé con ella una conversación. No se preocupe, usted no me asusta y con gusto escucharé lo que tenga que decirme, agregué. Entonces, la bichicome me miró como si de repente percibiera el contenido de su propia frase, como si el mantra que acostumbraba a repetir y que hacía tiempo no reconocía como propio la invisitiera de una rara y turbadora identidad: en mi respuesta se había convertido en una persona, se había corporizado, era alguien para alguien más. Y fue entonces cuando me regaló una amplia sonrisa, despoblada y sincera. En ese reconocimiento volvió a su pasado, sepultado por los harapos, el pelo enmarañado y la boca sin filo, y pudo recordar, en un instante de vértigo, quién había sido.

El siglo XXI es el siglo de los viajes. Mejor dicho, del turismo. Casi no queda rincón en el planeta que no haya sido invadido por esta nueva especie humana, que como la marabunta, inunda los cuatro puntos cardinales de ansiosos turistas. Solos, en parejas o en grupos recorren el mundo buscando “experiencias” de las que hablar a su regreso. Hasta no hace mucho, la gente viajaba para ver y conocer; ahora, que casi todo se puede observar por internet, la idea es tener una experiencia, algo así como poner el cuerpo y transitar con él por un lugar y por un tiempo. Los tour-operadores aprovechan para hacer su agosto con esta nueva exigencia y llegan incluso a ofrecer vivencias aterradoras, el llamado *dark tourism*, como visitar una cárcel o un campo de concentración, experimentando un día en la vida de un recluso o de un detenido. Pero no se puede negar que hay tendencias en el turismo masivo que convierten a algunos destinos en un *must* — como se dice ahora— en la vida de cualquier ciudadano del mundo. Las capitales europeas, algunas ciudades latinoamericanas y no pocos enclaves exóticos del sudeste asiático se han transformado en esos lugares imprescindibles para cualquier turista que se precie. Basta con escuchar las conversaciones en las filas de acceso a los aviones de casi cualquier aeropuerto del mundo para confirmar el poder emblemático de las visitas a ciertos destinos internacionales.

Los turistas rioplatenses recorren Europa en quince días y asienten satisfechos cuando el pasajero que los precede les pregunta: ¿Estuvieron en París? Y con cierto remordimiento cuando el vecino sigue con el interrogatorio: ¿Y en Venecia? No, eso para la próxima, dicen, como salvando la situación. Fui durante unos meses guía de turismo en un país de paso entre Asia y Europa, en Turquía, y siempre me llamó la atención el sacrificio de la mayoría de la gente por recorrer su geografía sin mayor propósito que el de poder decir “yo estuve allí” o, mejor dicho, para no tener que decir “no, yo no estuve”, como si algo en esa constatación primera los salvara del rechazo o de la humillación. Sin ganas y con gran esfuerzo físico, los turistas se disfrazan y se

ofrecen a las penurias de salir de su cotidianidad, esa que les proporciona amparo y seguridad, para adentrarse en lo desconocido. O al menos, así es como lo viven. Da igual que se trate de un tour con todas las garantías, con guías en su propia lengua, comida adaptada y hoteles con todos los artilugios imaginables. Que se trate de un salto con red protectora. Salir de la llamada “zona de confort” por los gurús mediáticos no es plato de gusto para cualquiera. Y así festejan dando vivas cuando el piloto anuncia que el avión está sobrevolando la frontera de su país de origen como si fueran refugiados o exiliados en su anhelado regreso.

Algo de los viajes nos delata, como esos tests de personalidad que abundaban, hasta no hace tanto, en las revistas femeninas. Por eso siempre cuestioné mi preferencia por destinos poco atractivos para la oferta turística. Siempre supe que detrás de esas elecciones, para algunos bizarras, había una cifra, una clave. La segunda sección del Delta bonaerense, el Chaco paraguayo, Montevideo. Podría añadir otro lugar a esta pequeña lista: Lisboa, cada vez más gentrificada, cada vez menos parecida a sí misma, la Montevideo de Europa que tanto se parecía a su hermana, la Lisboa de América Latina. Cada uno de estos lugares ha recibido la atención de los operadores turísticos pero la demanda no ha sido suficiente. Como si no pudieran aspirar a ser destinos estrella, pero tampoco enclaves para el turismo de aventura o el turismo exótico. Como si estuvieran en tierra de nadie, corredores que llevan a otras partes, que nos transportan, pero que no pueden ofrecer esa imagen rutilante que buscan los turistas. El exotismo mestizo de México DF, la naturaleza “salvaje” de los parques nacionales en Costa Rica, el glamour de París, el pintoresquismo de Amsterdam, la cultura aristocrática de Viena, el poso histórico de Atenas o la cordialidad de Madrid, por poner solo unos pocos ejemplos.

El Delta, el Chaco, Montevideo. Lugares marginados de los distintos centros. El Delta del río Paraná es el desagadero de un río amazónico y conserva algo de esa floresta. La densidad vegetal, algunas especies tropicales y subtropicales arraigan bien en estos suelos limosos. Pero el clima es templado y una buena porción de la flora, también. Es y no es. Se mueve entre dos

mundos. Conecta, como los pasillos de mi infancia, la selva tropical con la pampa húmeda y templada. Un paisaje de transición, un territorio de paso. Y la mirada atenta puede encontrar rasgos de los dos ecosistemas, a veces separados como pinceladas nítidas en una tela impresionista. Otras, hibridados como el verde, que es mezcla del azul y del amarillo. De población dispersa, siempre asentada sobre el albardón —la parte más alta de estas islas—, siempre de cara al río. En cambio Buenos Aires, tan cerca y tan lejos, fue construida y vivida de espaldas a esa masa de agua que es el Río de la Plata. Una negación de siglos hace que el río se sienta, pero no se vea. Como si alguien hubiera pactado quemar las naves, los registros de una memoria que señalan al puerto como lugar de origen, como enclave de entrada. En cambio, en el Delta el río se cobra su reconocimiento. Nada a sus espaldas, nada sin su concurso. El río es el horizonte.

El Chaco paraguayo, una selva espinosa en el corazón del continente, un cortafuegos, entre el monte subtropical y la selva húmeda. Un bosque que a veces es verde oscuro y se guarece del sol bajo una espesa capa de polvo ceniciento y, otras, es un gran lago anegado por lluvias torrenciales y tormentas tropicales. Y en medio, las colonias menonitas, poblados hibridados con reminiscencias de aldeas alemanas o suizas, escoltadas por algunos asentamientos de indígenas, hasta no hace tanto nómadas del bosque, la peonada proletarizada que surte de mano de obra a las instalaciones agropecuarias. El Chaco, que como su propia etimología indica, territorio de caza, no es un espacio, sino zona de tránsito, una frontera.

Entre el Río de la Plata y la inmensidad del océano, Montevideo es la última gran ciudad antes de la bravura de un mar que se transforma en océano. Espuma blanca, playas que caen en picado y feroces vientos que las peinan, custodian este enclave hacia el Este. Si los españoles imaginaban que las costas gallegas eran el *finis terrae*, la costa uruguaya debió serlo para aquellas comunidades originarias que se atrevieron a llegar tan lejos. Y son esos mismos vientos los que barren las calles de la Ciudad Vieja en las tardes de invierno. De un lado la arrogante Buenos Aires, más protegida, menos expuesta; en el otro extremo,

la amenazante inmensidad del agua. Y ese punto en el que se encuentran el mar y el desagüe del río. Como en un beso prometido pero postergado. Una línea los separa y une sus bocas, que es lo mismo que decir sus voluntades.

Pasajes, pasadizos, pasillos, corredores que nos permiten transitar de un lugar a otro. El Delta, el Chaco, Montevideo. Sin garantía de permanencia no hay nada definitivo en su naturaleza. Son puro cambio, sin certezas. Por eso no pueden convertirse en lugares emblemáticos para los turistas, ni siquiera para los buscadores de nuevos destinos o para los consumidores de aventuras programadas. Se resisten a la cosificación, no pueden ser transformados en mercancías. No hay nada en ellos que pueda resumirse en un eslogan, nada que pueda ser empaquetado en una imagen. Fluyen como el magma, se escurren como el agua. Y esos lugares tampoco pretenden otra cosa. No intentan parecerse a otros deltas, ni a otros chacos ni a otras ciudades australes. Aceptan su destino, tienen fe en su condición, abrazan su naturaleza, y es en esa aprobación donde reside su dignidad.

Sus habitantes reciben a los forasteros con esa mirada fija y distante. Como si miraran no desde otro lugar sino desde otro tiempo, lejano, inconmensurable, ajeno. Una escena repetida infinitas veces. Como imagino que los fueguinos miraron a Darwin en sus viajes a bordo del *Beagle*, como los maoríes observaron al capitán Cook cuando enfiló el *Endeavour* hacia las costas de Tahití allá por 1769, o la sociedad limeña recibió a la extraña y sofisticada Flora Tristán, recién llegada de París. Es esa condición excéntrica, esa cualidad de zona de paso, esa lejanía espacial y, sobre todo, temporal —incrustada en la mirada de sus habitantes— lo que hace posible, en estos lugares, el recuento de lo perdido. Para los desplazados esa es una contabilidad vital. Los desplazados somos testigos de la muerte propia, pero gracias a ese testimonio sabemos que todavía estamos vivos.

Ritornello:
el exilio como guarida

CAROLINA MELONI GONZÁLEZ

Ritornello: pequeño retorno. Breve canción, estribillo o melodía que adquiere un carácter repetitivo. Para Deleuze y Guattari, son aquellas melodías que nos permiten, de alguna manera, afrontar el caos, hacernos con él, perder el miedo. Como aquellas cancioncillas que repetimos una y otra vez cuando somos niños, en la oscuridad de la noche, y que consiguen tranquilizarnos y adormecernos.

Ritornello: agenciamiento territorial que nos ata al mundo, que nos balancea ante el abismo, que nos guarece.
Sonoridades que también introducen líneas de fuga y de errancia.

Solo habita con intensidad aquel que ha sabido guarecerse.

GASTON BACHELARD

Estos capítulos o fragmentos de mi infancia transterrada están dedicados a las siguientes personas:

A Julio y a Gabo, por haber construido el refugio...

A mi madre, por haber tenido el valor y la fuerza para salvarnos y sacarnos de allí...

A Ado, mi frágil y vulnerable Ado, atormentado por sus “inescrutables dioses del sueño y de la muerte”...

Y a Norma, siempre a ella, porque aún soy absolutamente incapaz de verbalizar y aceptar su ausencia...

*Hemos viajado mucho
por el mundo de la pobreza
nuestro rostro está marcado
por la soledad y el miedo
abramos de una vez
las puertas del país
con llaves de otra vida.*

JUAN E. GONZÁLEZ, *Variaciones sobre un mismo tema*

Sauf le nom...

Su niñez estaba poblada de nombres, su propio cuerpo era como un salón vacío lleno de ecos sonoros, nombres derrotados. No era un ser, una persona. Era una comunidad.

WILLIAM FAULKNER

La expresión francesa *sauf le nom* conlleva una serie de significados y usos distintos recogidos, en parte, en la obra homónima del filósofo Jacques Derrida. Este complejo y poco estudiado texto derridiano forma parte de una trilogía célebre escrita entre finales de los ochenta y comienzos de los años noventa. Junto con *Passions* y *Kbôra*, aunque con temáticas distintas, suponen en cierto modo el punto de inflexión o tránsito que algunos críticos señalan entre un primer Derrida, todavía inserto en los juegos postestructuralistas, y el último, más ético-político y austero. La obra que aquí me interesa, concretamente, tiene como eje central la cuestión del nombre. Se trata, en definitiva, de un “ensayo sobre el nombre”, escrito en forma de diálogo y bajo tres ficciones filosóficas, a la antigua usanza casi, rememorando ciertos diálogos clásicos de la historia de la filosofía. No es, sin embargo, el único texto derridiano en el que “la cuestión del nombre” se hace presente.

¿Qué es, en definitiva, un nombre? ¿Cómo y por qué nombramos? ¿Qué nombra el nombre? ¿Qué sucede cuando damos nombre, cuando se nos da un nombre? Mi contrato nominal, por ejemplo, comienza con una fotografía de pasaporte en blanco y negro de una niña con cara asustada, bajo un nombre que, años después, sería modificado. ¿Y qué sucede cuando incluso se carece de nombre? Muchas de estas preguntas atraviesan los textos del argelino, incluso en aquellos en los que la cuestión del nombre propio no forma parte de la temática central de la obra. Quizá porque la dictadura y el exilio, además de haber

supuesto otras incertidumbres, perturbaron también mi nombre, he vuelto en numerosas ocasiones a estos enigmáticos textos deconstructivos.

Nada más seguro y certero que el nombre propio; signo de identidad, de unidad y, en definitiva, de entidad. “El nombre propio —afirma G. Bennington— debería asegurar cierto pasaje entre lengua y mundo y, en esa medida, debería indicar un individuo concreto, sin ambigüedad, sin tener necesidad de pasar por los circuitos de la significación”. Toda nuestra identidad se concentra y bascula en la cuestión del nombre propio. Nada más propio que el nombre. Nada más nuestro e indubitable. Fui nombrada, luego existo... ¿Acaso podríamos cuestionar la potencia onto-identitaria del nombre? ¿Acaso podría, el nombre, nuestro nombre, desnombrarnos, desapropiarnos, expropiarnos? ¿Y si el nombre puesto, impuesto y no elegido, se transformara en una experiencia de la “desapropiación”, de la desterritorialización? En definitiva, damos por hecho que “salvo el nombre” todo es incierto. El mundo entero podría desmoronarse, pero seguiríamos siendo reconocibles al otro, identificables social, política y administrativamente, nombrables, archivables en un DNI, hasta localizables en nuestra última morada. Incluso, nuestra tumba nos reinscribirá, casi performativamente, en el circuito de las vidas llorables, cuando se grabe en ella nuestro nombre. He aquí mi nombre: deícticamente, me interpelo y me erijo en un yo concreto, sustancial e identitario. ¿*Salvo* cuando me lo cambian?

Sauf le nom indica, en toda su potencialidad, una expresión de excepcionalidad absoluta: *sauf*, esto es, salvo, menos, excepto: todo menos el nombre, podríamos decir. Y, al mismo tiempo, *sauf-sauve* en tanto que adjetivo supone la salvación: salvo el nombre, salvados, acogidos, protegidos por un nombre concreto que de una manera casi teológica nos brinda un estado de refugio y resguardo. El nombre propio, afirmaba en este sentido Derrida, actúa como un verdadero “arte del paraguas”.

Mi experiencia como sujeto transterrado se inicia, sin embargo, como una experiencia del exilio del nombre. *Cómo se llega a ser lo que se es*, se preguntaba Nietzsche en su más autobiográfica obra, *Ecce Homo*, en la que, precisamente, pone en juego su nombre, su

vida, para dar testimonio de sí mismo. Cómo nos transformamos en lo que somos. Y, ¿qué es lo que somos, en definitiva? Aún conservo ese primer pasaporte en blanco y negro y cara asustada con el que tuve que salir de una Argentina dictatorial, en cuyo anverso, al lado de un nombre distinto a mi nombre actual, pone casi de forma irónica: “No firma aún”. La marca indeleble de mi identidad política ni siquiera podía hacerse visible en este documento que iba a permitirme salir hacia el exilio. Así comenzaría a ser la que soy. Poco he cambiado desde entonces. *Salvo el nombre*, modificado por mi padre cuando fue puesto en libertad en los inicios de la democracia. *Cómo se llega a ser lo que se es*, cuando ni siquiera tenemos un mismo nombre a lo largo de nuestra existencia.



Mi primer pasaporte.

Quizás podría decir que nuestro exilio comienza el día en que mi madre recupera la libertad, tras cinco años y medio de cautiverio por su militancia. Ese día, mi abuela y yo la esperábamos impacientemente en un pequeño bar situado enfrente de la cárcel de Villa Devoto, en Buenos Aires. Desde el interior, recuerdo que el único paisaje urbano que mis ansiosos ojos infantiles alcanzaban a divisar era el muro infinito y amenazador del penal, que me resultaba bastante familiar.



Bar situado enfrente de la cárcel de Villa Devoto en Buenos Aires.

Los primeros años de mi vida, sin contar con el año y medio que permanecí con mi madre en cautiverio en distintas cárceles de la provincia de Tucumán, transcurrieron en trenes de segunda clase en los que mis abuelos y yo recorríamos media Argentina para visitar a mis padres, presos en diferentes cárceles de Buenos Aires. Estos viajes interminables, desde el interior del país, fueron mis primeras experiencias del destierro, de la desterritorialización más desoladora. En los vagones del famoso tren *Estrella del Norte*, que conectaba la Argentina profunda con la capital, comíamos, dormíamos, escuchábamos la radio, compartíamos relatos con otras familias de presos políticos que iban sumándose en las distintas provincias, ciudades, y pueblos que atravesábamos (estaciones como La Banda, Colonia Dora, Rosario Norte, etc.). Éramos también requisados y controlados por la policía y el ejército que subía prepotente con sus perros y ametralladoras en diferentes puestos fronterizos interprovinciales.

El 18 de julio de 1980, mientras esperaba a que mi madre saliera de la cárcel en aquel barcito junto a mi abuela, no era aún consciente de que esos oscuros años de visitas, esperas, viajes y pensiones baratas, requisas y canciones de cuna cantadas tras

un cristal tocaban a su fin. Entre juegos y escondidas, conseguí salir del bar y esperar en la vereda. Cuando de repente, la vi. A lo lejos, caminando sola, casi pegada al frío y gris muro infinito. Tan bella, joven como inocente, con su abrigo de pana marrón y con ese aire desorientado de aquel que ha vivido el paréntesis del cautiverio y que debe volver a ingresar en un mundo distinto, un mundo que ha seguido cambiando sin su presencia. Corrí hacia ella para abrazarla y ella me esperó con sus brazos abiertos. El reencuentro con mi madre, ya fuera de la cárcel de Villa Devoto, inicia mi infancia transterrada.

Salimos de la Argentina un 27 de enero de 1981, mi madre y yo. Mi abuelo Juan nos esperaba en Madrid. Los días previos al viaje los pasamos en una pobre barriada de la provincia de Buenos Aires. Una familia de Santiago del Estero, con la que mi abuela había trabado amistad tras las incontables visitas a los hijos encarcelados, nos dejó una casita en Wilde, pequeña ciudad situada al sudeste de Buenos Aires. Allí estuvimos los últimos días, mi madre, mi abuela y la *nonna* Matilde, vecina y madre de desaparecido también que acompañaba a mi abuela en sus eternas e infatigables peregrinaciones en busca de sus hijos, secuestrados ambos durante el Operativo Independencia en Tucumán.

El día de nuestra partida, la *nonna*, esta entrañable mujer, enorme, gorda y maternal, se empeñó en llevar consigo el bolso con toda nuestra documentación. Quizá por miedo a ser interceptados por la policía, le cedimos nuestros billetes, pasaportes y visados a esta anciana con rostro de bondad. Emprendimos el viaje al aeropuerto de Ezeiza, un día de lluvia insondable, por calles sin asfaltar, cubiertas de barro y lodo, cargando maletas y sorteando los charcos y pequeñas riadas. En medio de esta aparatosa travesía, vimos en un segundo caer a la *nonna*, con su cuerpo enorme y cansado, en una pequeña zanja por la que corrían barro, basuras de todo tipo y aguas estancadas. Mi madre y yo vimos flotar en esas podredumbres nuestros pasaportes y billetes, al tiempo que no parábamos de gritar y gesticular de forma alocada. Tengo grabada la escena en mi memoria, escena tragicómica y absurda, que aún nos hace soltar carcajadas.

Después de rescatar los restos del naufragio y de conseguir sacar a la *nonna* de la zanja, seguimos nuestro camino al aeropuerto, como parias, desamparadas y mojadas, asustadas y desposeídas. Como si el barro y la tierra en la Argentina se hubieran abierto de par en par para intentar engullirnos y no permitirnos salir.

La escritora chicana y lesbiana Gloria Anzaldúa definió la frontera de 3.140 kilómetros que separa los Estados Unidos de México como una “herida abierta”, herida que va a atravesar el cuerpo de la mujer del Tercer Mundo, localizada y situada en ese espacio fronterizo de colonización y violencia. La Argentina que dejábamos mi madre y yo, a comienzos de los años 80, se perfilaba tras nosotras también como una gran herida abierta en la que el dolor, el miedo y la muerte se habían hecho cotidianos. Allí se quedaban mis abuelos; mi padre, preso aún en la cárcel de Caseros; ahí quedaba mi pobre tío Hernán, desaparecido con solo veinte años y arrojado ya por esas fechas en el Pozo de Vargas, fosa clandestina en la que sería encontrado casi cuatro décadas más tarde. Dejamos una Argentina herida, golpeada y torturada. Nos fuimos, de ese paisaje desolador, de cárceles y pasillos atestados de familiares, de centros clandestinos de detención que comenzaban a ocultarse, de fosas anónimas que los verdugos intentaban ya esconder. Dejamos atrás escuelas, campos y plazas, calles de ciudades de provincias, cañaverales e ingenios, casas allanadas y abandonadas, escenarios siniestros de la muerte, el horror y el sufrimiento. Nos fuimos, mi madre y yo, cogidas de la mano, en un avión, conmovedoramente solas, huyendo del genocidio y del terror político.

Si bien nuestra interpretación político-filosófica del exilio viene marcada por la tradición griega, para la cual la idea del ostracismo era entendida como un castigo sobrevenido al ciudadano que, en cierto modo, había traicionado la vida en común de la *polis*, convendría quizá rescatar otras concepciones de este fenómeno desde una perspectiva diferente. Así, por ejemplo, en su texto *Política del exilio*, Giorgio Agamben analiza la contribución al léxico jurídico-político que introduce el neoplatónico Plotino quien utiliza el término *phygé* para referirse al exilio. Si bien, Plotino se refiere con este término a una condición cuasi

místico-filosófica del alma, inicia, en cierto modo, la distinción entre huida y exilio, entendido este último no tanto como una pena acaecida a un ciudadano, sino como un derecho político. Se trataría de una suerte de refugio que se le ofrece a alguien que ha sido condenado a la pena capital, el cual tiene derecho a abandonar la ciudadanía, escapando así de la muerte. Hay, nos recuerda Agamben, cierta politización del exilio como condición del apátrida. Así, la condición de extranjero, de sujeto liminar, situado entre fronteras, reivindicada por numerosos autores hace que el exilio deje de ser una figura marginal, en el sentido de pena o penitencia que deberá sufrirse, cargar o sobrellevar como bien se pueda, para ser condición de posibilidad de numerosas identidades que han cobrado forma en su seno.

Llegué a Madrid con cinco años, de manos de una madre a la que apenas conocía a través de mis visitas a la cárcel y a la que empecé a conocer en el exilio. Llegué a una ciudad diferente, que cual *khôra* platónica o útero materno, nos acogió y protegió de las sombras que habíamos dejado en la Argentina. Aterrícé con mi pasaporte no firmado, con un nombre que se modificaría años después, arropada sin embargo por esos apellidos materno-filiales. El exilio, hogar poblado de voces, ecos y risas infantiles, poco a poco, fue dando forma a mi existencia transterrada, marca indeleble que me permitiría llegar a ser quien soy. Extraña morada en la que he decidido permanecer.

Juan y los pasos perdidos

*Solo los pájaros
esas hermosas flechas
que atraviesan los días,
saben de la plenitud del trigo
del origen puro de las aguas.
Saben de todas las siembras
y germinaciones del hombre.
Solo los pájaros pueden celebrar
la fiesta de la tierra.*

JUAN E. GONZÁLEZ, *Pájaros*
(Tucumán, diciembre de 1958)

En el silencio de la noche, alcanzamos a oír a lo lejos el ruido en las calles, voces y gentío. Los sonidos de esas oscuridades, los grillos y los pasos sobre la hierba seca eran también la melodía que había alimentado su niñez. La noche trae en su seno todo tipo de resonancias. Algunas tan familiares como aterradoras. En ella, el eco de los callejones y sus sombras venían siempre a visitarnos. Arropadas y protegidas del gélido invierno madrileño, desde nuestras habitaciones, aguzábamos los oídos ante esos ominosos crujidos que, con la llegada del crepúsculo, recorrían el pasillo exterior de nuestro hogar. La noche poblada de extrañas presencias nos seguía inquietando a pesar de la distancia y el exilio. Bien lo supieron los perpetradores, que bajo el manto de la noche y la niebla, el terror fue mucho más sencillo de propagar. Porque esa eterna oscuridad de la que intentábamos huir seguía persiguiéndonos con sus siniestros sonidos: puertas cerradas de golpe, coches cuyos frenos eran capaces de conducirnos al corazón mismo del Averno, botas y pisadas que se acercaban a buscarnos, pasillos insondables que nunca nos dejaron de asediar. Las huellas del horror estaban presentes en nosotras, en nuestros cuerpos y sueños, y no nos han abandonado hasta el día de hoy. Cada noche, desde nuestras camas en el pequeño apartamento

de la calle Narváez, mi madre y yo escuchábamos el eco de los pasos de un desconocido vecino que atravesaba el pasillo hasta llegar a abrir la puerta de su casa. Nunca supimos quién era, pero la letanía se repetía todos los días y la resonancia de esos zapatos anónimos nos sumía en un silencio expectante, a veces paralizante, como si el eco de esos pasos nocturnos viniera a reclamarnos desde las noches desaparecedoras de aquella Argentina que habíamos dejado atrás. A veces, solo a veces, esos pasos eran los de Juan, quien se dignaba a retornar con nosotras. “Y resuena el paso del extraño / en la plateada noche / como si una fiera azul recordara su sendero” (Georg Trakl).

Aterrizamos en Madrid un 28 de enero de 1981. Absolutamente solas y desamparadas, dejábamos atrás una Argentina que nos había arrebatado todo. Llegamos, juntas, pero heridas, huyendo de esos años en los que la oscuridad, el terror y la infamia más pura se habían apoderado de nuestras vidas. Nadie nos fue a esperar. En el aeropuerto de Barajas, las horas comenzaron a transcurrir. Y mi madre comprendió al poco tiempo que Juan, su padre y mi abuelo, se había olvidado de nosotras, como era habitual en él. Apareció casi al anochecer, con su paso rápido y tembloroso, su aire despreocupado y egoísta, su gabardina de dandy y esa melódica y seductora voz, levemente afeminada, que lo caracterizaba. Juan, el poeta, que traía bajo sus prendas compradas en Europa, algunas briznas pegadas de la zafra tucumana, perfumes de caña, melaza y mate cocido al atardecer. En esas noches de campo, pobladas de luciérnagas y grillos, según contaba él mismo años después en algunas entrevistas, comenzó a escribir, a viajar “por el atlas de su cuarto / como un palimpsesto / donde escribe o borra / las cosas que suceden” (Juan González, *De ella se decía*).

“Algo extraño es el alma sobre la tierra”, nos decía el atormentado Georg Trakl. Y es que, en definitiva, no son sino la extrañeza y la singularidad las que definen al poeta, aquel que habita el habla y, en dicho habitar, roza de manera cuasi misteriosa el ser de las cosas. Ningún otro filósofo como Martin Heidegger ha sabido captar de manera tan sensible esta interconexión por momentos divina entre el poeta, el ser y el lenguaje.

Quizá por su enamoramiento de la palabra, la poesía y su relación con el pensar aparecen en la obra de este autor casi desde sus inicios: desde sus análisis de la célebre sentencia de Anaximandro sobre un mundo injusto y desajustado, a sus paseos por Hölderlin hasta llegar al inigualable *De camino al habla*, escrita entre 1950 y 1959. En estas conocidas conferencias, dedicadas a distintos poetas (como el propio Trakl, Hölderlin y Novalis), un tardío Heidegger ya lejano a las analíticas existenciales del *Dasein*, aborda la cuestión del ser y del lenguaje. Y la aborda, precisamente, desde el decir del poeta. Esa extraña alma que mora en la tierra. “El pensamiento —nos dice Heidegger— anda por caminos vecinos a la poesía”. Y no es baladí que se nos hable de “camino”, pues precisamente es la esencia del camino lo que nos conducirá a “hacer la experiencia del habla”. Hacer la experiencia del habla es, ante todo, hacer la experiencia del camino, pues es el camino al habla el que hace que el habla se experimente como tal. El pensamiento del habla no habita los parajes de la metodología científica, como han creído algunos. Por el contrario, el pensamiento habita una región (*die Gegend*), *camina* los caminos de dicha región. Solo a esta región pertenecen los caminos cuyas sendas recorreremos en el pensar. Pero, incluso, el pensar mismo tendría para Heidegger la forma del camino. Pues pensar no es sino caminar o estar en camino (también, perderse en caminos, en esos célebres “caminos de bosque”). Y esta senda no es otra que aquella que tiene su morada en la vecindad del ser. Será en el poeta donde verá Heidegger la vocación por la palabra, como la fuente del ser. En esa extrañeza radical del poeta encontraremos la casa del ser. “Algo extraño es el alma sobre la tierra”, algo extraño el poeta en el mundo, cuando el extraño, según el giro etimológico heideggeriano, no es sino aquel que camina hacia adelante. Pero no se trata de un caminar sin dirección alguna, sin finalidad precisa. Por el contrario, “lo extraño anda buscando el lugar en el que podrá permanecer en tanto que caminante” (*De camino al habla*). Algo extraño fue el alma de Juan en nuestras vidas, sus andares errantes, su estela cargada de aromas del ayer. Quizá la extrañeza de Juan hacia el mundo radicara en eso, en la búsqueda de un lugar, siempre efímero y provisional, nunca

absoluto. Y en esas sendas *more* heideggerianas se forjaron sus versos y metáforas más bellas. “En el espacio de la lengua / que inventa al mundo” (Juan González, *Tribulaciones de la lengua*).

No son muchas las fotografías que hemos conservado del exilio. Entre ellas, solo en una aparecemos los tres: mi abuelo Juan, mi madre y yo. Un día de invierno, a juzgar por nuestras ropas, entramos con paso decidido al zoológico de la Casa de Campo de Madrid. Nosotras, cogidas fuertemente de la mano, con rostros alegres y ansiosos. Yo, con mi ponchito montonero traído directamente de tierras gauchas para la envidia de las grisuras europeas. Unos pasos por detrás, Juan. Con su gabardina elegante, su mirada ausente, sus zapatos mocasines y cierto aire provinciano en el andar. Y el sempiterno libro o diario bajo el brazo, lo que le hizo ganarse en Tucumán, tierra de apodos tan certeros como crueles, el mote de “el sobaco ilustrado”. Unos pasos por detrás, Juan, buscando incansablemente “el lugar en el que podrá permanecer en tanto que caminante”. Siempre me llamó la atención su forma de andar: con pasitos cortos, asustadizos, al borde del mundo. En entrevistas posteriores, él mismo llegó a describir la tarea del escritor como “caminar por una cornisa”. Y fueron esos andares temerosos los que hicieron que comenzaran a llamarlo “Quitilipi” en honor al pajarito santiagueño que, según la lengua quechua, “parpadea rápido”, va dando brincos y aparece o desaparece de manera siempre inesperada, cuando le da la gana. El quitilipi es asimismo un ave protectora que se representa en muchas urnas funerarias, sobre todo infantiles, en la tradición calchaquí. Es acaso posible que, a pesar de sus ausencias, Juan fuera mi quitilipi en ese Madrid del exilio, mi tótem protector, alma cargada de muertos y sabiduría que me ha ayudado a adentrarme en los caminos del pensamiento. En esos pasos errantes y desterrados, he sabido cobijarme, aunque él mismo no lo supiera nunca. Y, de ese modo, “anduvo por el aire / tropezando con artefactos / que giraban en la eternidad” (Juan González, *De ella se decía*).



Madrid, Casa de Campo, comienzos de los años 80.

El pensamiento, nos decía Heidegger, no es un mero medio para el conocimiento. Es el camino, vecino a la poesía, “que abre surcos en el campo del ser”. Y, retomando a Nietzsche, podríamos decir con él: “nuestro pensamiento debe tener la vigorosa fragancia de un campo de trigo en una tarde de verano”, ¿acaso somos capaces todos de olfatear esa fragancia?, ¿qué sentidos hemos perdido si nuestro pensar ha dejado de verse embriagado por semejantes aromas campestres? El mundo lleno de palabras y versos de Juan traía consigo esos olores del campo profundo, de caballos y sulkys en tardes primaverales, de calles con voces infantiles y quetupíes-bichofeos interrogándonos en su piar. Pájaros que atraviesan las siestas, llevando en sus alas toda la felicidad de un niño, pues solo ellos son capaces de “celebrar la fiesta de la tierra”. ¡Ah!, si pudiera recuperar esos aromas infantiles, “la calle súbitamente desierta de niños / arrastra un aire demente, perdido / Ah, si pudiera poblar la tierra de nuevo / con flores y campanas / con una sola lágrima / Si pudiera ser, Dios,

esa palabra / ese viento lleno de polen / que nos trae la risa / Estallaría en nosotros un cielo / una primavera / hecha de luz y de pájaros” (Juan González, *Si se pudiera*).

Quizá podría afirmar, casi de manera rotunda, que mi abuelo Juan fue el primer transterrado de la familia. El primero en huir del terror, aun sin importarle lo que dejaba atrás. En cierto modo, todos le reprochamos su ausencia. De distintas maneras, la idea de abandono paterno estuvo presente en todos y fue cobrando forma de rencor con el paso de los años en cada uno de nosotros, cada cual con su dolor particular. Mi abuela tuvo que enfrentarse sola a la desaparición de un hijo, al cautiverio de otro, debió asumir mi crianza con apenas año y medio, y sobrellevar la melancolía endémica de su hijo menor, cuya alma también ha caminado siempre por los senderos de la poesía. Fue ella la que abandonó a golpes su timidez crónica para enfrentarse a genocidas y torturadores, para recorrer, conmigo en brazos, las cloacas y pasadizos subterráneos de ese país dictatorial. Juan nunca estuvo presente. Acaso una vez visitó un penal; sin embargo, nunca llamó a la puerta de un asesino para preguntar por el destino de su hijo. No sabemos si pasó noches en vela. Ni si lloró de incertidumbre, impotencia y dolor. Pero sí que no sufrió allanamientos. Tampoco lo requisaron en trenes, colectivos y salas de espera. Mucho menos lo torturaron, golpearon o humillaron. La dictadura la vivió de lejos, a miles de kilómetros de distancia, en debates literarios que tenían lugar por aquel entonces en célebres cafeterías madrileñas. Juan, el quitilipi, habitaba el espacio de la lengua, aquella que inventa el mundo, mientras el mundo se desmoronaba a nuestro alrededor. Escribió sus libros más bellos en esa época, fue sin embargo incapaz de escribir ni siquiera una línea de un *habeas corpus*. Tuvo hijos nuevos, conoció a mujeres hermosas al tiempo que el silencio y la iniquidad dejaban desiertas las calles que otrora había recorrido. Cuentan, sin embargo, que al enterarse de la desaparición de mi tío Hernán, una tristeza infinita hizo que se encerrara en su cuarto durante semanas, conmovido de espanto, paralizado de horror. Cuando atravesó el umbral de la puerta, después de días de encierro, su pelo se había teñido de blanco, “como si una luz viajara / por las cuencas

de sus ojos / o en el polvo acumulado / junto a su frente” (Juan González, *De ella se decía*).

Juan se fue, como siempre, pues siempre se estaba yendo o nunca estaba presente. Se fue al exilio. Como todo poeta que se precie, desde el decreto platónico, hizo del destierro su lugar. Es posible que el filósofo griego estuviera en lo cierto, y a esos “falsificadores de la realidad”, como les gustaba definirlos a Platón, a esos maestros del arte imitativo y fabricantes de fantasmas, no podemos pedirles explicaciones ni rendirles cuentas sobre la organización de la *polis*. Ni *paideia* ni *politeia*, los poetas, para Platón, situados a gran distancia de la verdad, andan por el aire tropezando, jugando en las cornisas, encerrados en su propio narcisismo. Juan siempre se iba y nos dejaba solas, en aquel pequeño apartamento enmoquetado del barrio Salamanca, desde el cual mi madre y yo supimos protegernos de la barbarie. La última vez que lo vi, después de años, estaba ya viejo y consumido. Inseguro de sus pasos, me agarró fuertemente de la mano, pegó su pequeño y frágil cuerpo al mío y ambos, sumamente asustados y confundidos, nos atrevimos a asomarnos a la boca devoradora del siniestro Pozo de Vargas, donde encontraron al pobre Hernán, 38 años después de su desaparición. Juan ya no estaba en este mundo, se había perdido definitivamente en los abismos de la ensoñación y la demencia. Pero allí, al borde de esa caverna inconmensurable, consiguió volver a mí y recordar a su hijo, desde la ternura más conmovedora.

Afirmaba Adorno que después del horror nazi ya nunca más sería posible escribir poesía. El *Lager* o universo concentracional se erigió ante nosotros como el misterio inefable por antonomasia. Esa especie de “corazón de las tinieblas” que tuvo lugar en el seno mismo de la Europa civilizada, nos sumiría en un silencio glacial del cual, según Adorno, iba a resultar sumamente difícil salir. ¿Cómo hablar de la ignominia más absoluta? ¿Cómo relatar lo allí ocurrido? ¿Cómo salvarnos con el arte de la abyección que tuvo lugar? ¿De qué manera purificaríamos nuestras almas después de lo acontecido? ¿Volveríamos acaso a encontrar cobijo alguno en la belleza? En una de sus últimas entrevistas, el poeta tucumano Juan E. González, contraviniendo la sentencia

adorniana, afirmaba: “la poesía tiene la capacidad de rescatarnos”. Y es más que probable que tuviera razón. Quizás él mismo pudo rescatarse, perdonarse a sí mismo, en cada uno de sus versos. Pues nada es donde falta la palabra. En ella, nos recogemos y permanecemos suspendidos, en los abismos más insondables, en las noches más oscuras. En la palabra, acontece el mundo. “Mundo que estás lleno de palabras / estallando en los labios / o iluminando una puerta” (Juan González, *Tribulaciones de la lengua*).

Fenomenología de las almas

*Porque soy una memoria viva y temblorosa, una memoria
incendiada, vuelta llamas, que se alimenta y se abrasa a sí misma
y se consume y vuelve a nacer y abrir las alas.*

FERNANDO DEL PASO

Dolor petrificó el umbral.

G. TRAKL

Algunas fotografías antiguas poseen cierto halo fantasmagórico de irrealidad que las hace extremadamente inquietantes. Quizá no sea más que un efecto del paso del tiempo sobre el papel en el que fueron reveladas. El desgaste y el deterioro mismo de la materia terminan afectando a los colores, a los rostros que en ellas aparecen retratados, incluso a la luz que en un momento preciso fue atrapada por el objetivo de una cámara. Ciertas fotografías poseen una iluminación espectral, propia también de las máquinas utilizadas en épocas pasadas, cuya capacidad para captar los detalles en su plenitud era mucho más limitada que nuestras actuales cámaras digitales. Las imágenes borrosas y casi vaporosas que vemos en muchas fotografías antiguas no son sino el resultado de una técnica fotográfica aún con numerosos errores en el enfoque de los objetos. Por ello, las escenas de nuestra infancia suelen estar teñidas de colores pastel difuminados, rodeadas por un halo de luz cuasi pictórico, en las que los personajes parecen desvanecerse bajo los líquidos y sustancias químicas utilizadas en los procesos de revelado. No es casual que Walter Benjamin definiera la fotografía como cierto modo *aurático* de la existencia. Pues es en la foto donde tiene lugar cierto destello, cierta aparición del aura, de algo así como la esencia o el espectro fútil de lo que un día fuimos. ¿Y qué es, en definitiva, el aura?, podríamos preguntarnos. Volviendo a Benjamin, definiríamos este extraño y esotérico concepto utilizado en sus

obras sobre estética, como una trama de espacio-temporalidad, trama que nos remite, según el autor, a una lejanía. El aura no es sino eso, la aparición de una lejanía. De ahí la relación directa de la fotografía con la memoria, así como la melancolía que nos produce esa imagen que nos requiere y reclama desde el pasado. Por ello, para Benjamin, gracias a este fenómeno *aurático* que tiene lugar en la fotografía, suerte de “fuera de foco” que nos comunica con cierta espectralidad, “descubrimos ese inconsciente óptico, igual que solo gracias al psicoanálisis descubrimos el inconsciente pulsional”.

En algunas fotografías resplandece el aura. No son más que eso, espectros de la luz, del aparecer de las cosas, fenómeno que tiene lugar cuando cierta luminosidad atraviesa el haluro de plata. La película es literalmente perforada, hendida por el fulgor, cual *subjectil* en el que la luz se hace carne. La imagen, como afirma Didi-Huberman, arde al entrar en contacto con lo real. “Se inflama, nos consume a la vez”. Las imágenes arden, se consumen de memoria y recuerdo, “forman parte de lo que los pobres mortales se inventan para registrar sus temblores (de deseo o de temor)”, afirma Huberman. Como si el momento captado tuviera la potencialidad y la fuerza arrolladora de un resplandor, incandescencia a la cual el fotógrafo quiere acceder, y de la que quiere apoderarse, transformándola en un instante de eternidad. Por ello, ciertas fotografías antiguas tienen esa capacidad de conmovernos y de llevarnos, a través de sus fulgores, a otras espacialidades, a otras temporalidades hoy inexistentes. A través de ellas, viajamos en esa trama de la memoria y somos capaces de tocar, al menos levemente y con la punta de nuestros dedos, un espacio-tiempo ya desvanecido que cual espectro inaprensible se diluye entre nuestras manos. No es tampoco casual que tanto Benjamin como el propio Huberman gestaran toda su teoría sobre la imagen en las tesis iconográficas de Aby Warburg. Según este, la pregunta por la historia debemos buscarla en la pura visibilidad de las imágenes supervivientes. Warburg llamó *Pathosformel*, esto es, “forma del *pathos*” o “forma emotiva” a aquellas imágenes que aparecen y se repiten a lo largo de la historia de la humanidad, y que suponen “una vuelta a la vida de lo antiguo”, una especie de

arcaica supervivencia. La imagen sobrevive, retorna, hace retornar un acontecimiento singular. La imagen afecta a la emoción y a la materia viva, a la materialidad de la carne, así como a aquello que más allá de lo somático nos conmueve y moviliza.

De nuestro exilio, son pocas las fotografías que hemos conservado. Quizá porque nosotras nunca tuvimos cámara y la mayoría de las fotos fueron realizadas por personas que sí la tenían, y que captaron algunos retazos de ese año y medio que vivimos en Madrid. No tengo fotografías de las casas en las que vivimos, tampoco de momentos cotidianos, salvo alguna tomada en la esquina de la calle Goya con Narváez, donde mi madre ponía su puesto ambulante de venta de chapas. Tampoco hay fotografías de cumpleaños, ni de fiestas familiares. Como si nuestra existencia desterrada estuviera hecha simplemente de fragmentos, de instantes o postales que en un determinado momento fueron robados por un objetivo. Aparentan, más que imágenes de una vida, fotografías de alguien que ha estado de viaje durante una temporada y posa en aquellos monumentos o lugares célebres de una ciudad concreta. Una visita al zoológico con mi abuelo Juan, algunas en la Plaza de España con mi tío Daniel cuando vino a visitarnos, mi madre en la playa de San Sebastián, y pocas más. Ni amigos, ni familia, ni compañeros de exilio. Solo un retrato que me hicieron en el colegio, pero ninguna de mi grupo de clase, en la que tantos niños argentinos exiliados coincidimos. Hay, sin embargo, uno de estos fragmentos que aún hoy me sigue conmoviendo. Se trata una suerte de *Pathosformel*, inscrita en mi *pathos* mismo, en lo más profundo de mi emotividad y a la que retorno en ciertas ocasiones. Un día cualquiera, en el parque del Retiro de Madrid, posamos ante una cámara mi abuela Norma, mi madre y yo. Es más que probable que esta fotografía realizada en Madrid sea una de las primeras en las que salimos las tres juntas, con cierta normalidad, superando las separaciones, los encierros y el exilio. Antes de esta instantánea, solo conservamos unas tiernas fotos que hizo mi tío Hernán, un día de visita de 1976, en la cárcel tucumana de Concepción.



Madrid, un día cualquiera, a comienzos de los años 80.

Frente al Palacio de Cristal, un halo de luz cae sobre nosotras. A juzgar por nuestra ropa y por el grupo de niños que parece desaparecer y desvanecerse en la esquina del cuadro, se trata de un día de verano. Mi abuela se gira sonriente a la cámara, un poco alejada de nosotras, vestida de blanco, con cierto aire de distinción y cuidada elegancia. Mi madre, con sus vaqueros y camisa a cuadros propia de una convencida militante de izquierdas de la época, sostiene en sus brazos un muñeco de mi propiedad. Y en mi caso, el rostro parece desfigurarse, apenas visible, se diluye como mi vestido rosa en las turbias aguas del estanque. En esta sencilla fotografía, que me ha recordado siempre a las clásicas escenas campestres de corte impresionista, el fulgor de la memoria resplandece hasta quemarme, recorriendo mi alma, retrotrayéndome al dulce perfume de su espectralidad.

Quizá podría decir que, del mismo modo que mi vida se partió en dos en un momento determinado, mi existencia ha estado dividida por el amor a dos madres distintas. En agosto de 1976, un domingo como cualquier otro, mi tío Hernán me llevaba de vuelta con mi madre a la cárcel de Villa Urquiza en Tucumán.

Todos los fines de semana, mi abuela y mi tío podían sacarme del penal y disfrutar unos días conmigo, para retornarme los domingos por la tarde al presidio, condición en la que permanecía desde mi nacimiento. Ese día, sin embargo, sería distinto. Las autoridades federales habían tomado la decisión de centralizar a los presos políticos diseminados por todo el país e iniciaron los procesos de traslados a las cárceles de Buenos Aires. En las cárceles de las provincias aún se permitía que las madres convivieran con sus niños pequeños. Y, en el caso del penal de Villa Urquiza, una pequeña comunidad de mujeres e hijos formábamos una suerte de familia reclusa tras los muros de la prisión. No tengo recuerdos de este oscuro período, dada mi corta edad. Los relatos me han llegado a través de mi madre, quien me los ha transmitido siempre desde el amor y la protección materna. Cuando pienso en las historias contadas, en las anécdotas de aquella época, pienso en mi madre como ese personaje de *La vida es bella*, que hacía todo lo posible para enmascarar el horror de Auschwitz a su pequeño hijo. Mi madre hizo exactamente lo mismo conmigo. Sin banalizar ni esconder la terrible situación en la que nos encontrábamos, ella siempre ha sabido rescatar de esos años cierta ternura que nos hacía posible la supervivencia: desde el compañerismo de las detenidas, la comunidad de madres e hijos que formábamos en la cárcel, la solidaridad, las primeras palabras y los primeros pasos dados en esos siniestros lugares, hasta las canciones de cuna que me solían cantar algunas carcereras. Melodías que hoy reproducimos con cierto humor negro riéndonos de nuestra inocencia y vulnerabilidad.

Ese día de agosto, sin embargo, ya no nos dejarían acceder a mi tío y a mí. Me separaron de forma desgarradora de mi madre, la cual no tuvo ni ocasión de despedirse. Y mientras ella la subían a un avión Hércules con destino a la cárcel de Villa Devoto en Buenos Aires, entre lágrimas, Hernán, conmigo en los brazos, tomaba un colectivo de vuelta a casa. Volvimos a la casa de la calle Mendoza, que a partir de entonces se convertiría en mi hogar. Y mi abuela Norma, aquella frágil y sumisa mujer de cabellos cortos y de rostro perfilado por un fino pincel, se convirtió desde entonces en mi madre. Apenas un mes después, mi

pobre tío Hernán sería secuestrado y desaparecido, a plena luz del día, en las escaleras de un hospital y ante la impávida mirada de quienes lo acompañaban. La casa volvió a quedarse en silencio, en suspenso, y a nosotros se nos paró el mundo, se nos abrió la tierra, se detuvo el tiempo y el eco de su voz comenzaría a asediarnos en cada uno de los rincones de nuestro solitario hogar.

Mi existencia transterrada la cifro mucho antes del exilio y del destierro. Comienza en un sótano de la Jefatura de Policía de Tucumán, en el que mi madre se encuentra recluida, amordazada, torturada, embarazada. El desgarró se inicia con anterioridad a la partida, en sus tiernas palabras y susurros, acariciando su vientre, pensando que ninguna de las dos sobreviviríamos a ese horror. La pérdida se va conformando tras su partida a Buenos Aires, en la privación de esa madre de la que me separan sin piedad alguna, y a la que a partir de entonces tengo que ir a visitar a Devoto, una vez al mes, en largas travesías en trenes de segunda clase. Los dos mundos en los que me he constituido estuvieron marcados por la confusión de tener dos madres distintas, de no saber a veces cómo llamarlas, de amarlas a ambas con la misma fuerza y de sufrir lo indecible cada vez que tenía que alejarme de una de las dos. Al recuperar mi madre la libertad y al decidir huir conmigo de esa oscura Argentina en la que tanto habíamos perdido, en la que todo nos fue arrebatado, fui separada de Norma, de ese cálido útero que fue la habitación en la que ambas dormíamos juntas y en la que supo protegerme del terror. Con ella, habíamos recorrido calles y ciudades, en colectivos y trenes, viajando siempre en la búsqueda de aquellos padres recluidos y humillados en las mazmorras de la dictadura. Fue ella quien supo cuidarme en mis primeros años de vida, la que intentó darme cierta normalidad, en medio de tanta ignominia. En ese hogar mancillado por la infamia y los allanamientos de las patotas, roto por la desaparición y la muerte, por las cárceles y las torturas, mi abuela, mi tío Daniel y yo nos refugiábamos como tres náufragos solitarios que habían sobrevivido a un vendaval y que buscaban de forma desesperada a todos aquellos que el ojo del huracán había devorado de forma despiadada.

Cuando hoy rememoro mi infancia con mis dos madres, cuando intento comprender las heridas que nos atravesaron y

descubro en mí características de ambas que me han hecho llegar a ser la que soy, veo que esa fractura, esa suerte de *crack-up*, de grieta indeleble que me atraviesa, es lo que constituye mi ser de forma irreversible. Cientos de niños argentinos cargamos con esta brecha imborrable, herencia que nos ha dejado la dictadura: fisurados, desterritorializados, huérfanos y en busca de identidad. Algunos aferrados a fotografías de padres espectrales que nunca conocieron, otros divididos entre padres y madres postizos que tuvieron que asumir un cuidado temporal. La Argentina se pobló de seres errantes en busca de sus seres queridos, madres que buscan hijos, hijos que esperan a sus padres. Una orfandad endémica se apoderó de cada uno de nosotros, de todos aquellos a los que nos condenaron a habitar en un eterno no-lugar.

Todos nacemos sobre un suelo en demolición, decía Deleuze, en una superficie lo suficientemente frágil para desmoronarse ante cualquier golpe inesperado. El mío, el territorio que me vio nacer, se ha venido abajo en numerosas ocasiones, siendo de constitución endeble y poco robusta, lo que ha hecho que nunca sienta la presencia de tierra firme bajo mis pies. Al borde siempre de un precipicio que amenaza con venirse abajo, he crecido entre dos bandas antagónicas. Por un lado, en la idea de una patria perdida, de una madre arraigada de forma indeleble a esa tierra traicionera, tierra bañada de lágrimas, teñida por los lutos infinitos, por duelos diferidos e impedidos, duelos por aquellos que nos arrebataron y que no volverán. Madre, mi madre patria, mi mamá Norma, que supo transmitirme su nacionalismo peronista, que quiso siempre retornarme al hogar. Madre que nunca quiso irse y que se aferraba con uñas y dientes a ese espacio de mundo que fue su casa. Ahí permaneció siempre a la espera de que su desaparecido hijo volviera, aunque fuera de entre los muertos, a llamar a su puerta, a cruzar el dolorido umbral. Por otro, mi madre exilio, mi mamá Inés, con la que descubrimos el Madrid de los 80, que me inculcó desde entonces el amor al desarraigo, al no-tener-lugar. La que supo transmitirme el arte de las líneas de fuga, de los numerosos devenires, de las múltiples vidas que podíamos tener, lejos de los pasillos carcelarios, de las esperas y las noches oscuras. Madre que supo hacer de los lugares más

sinistros y de los destierros más duros espacios únicamente nuestros, remansos de paz, donde reírnos y jugar al escondite, enseñándome el lenguaje de manos de los presos, regalándome canciones infantiles y figuritas hechas a base de migas de pan.

La patria, nuestro último refugio de argentinidad se nos fue el día que Norma murió en la misma cama en la que tantas noches me acunó. Algo sucedió en mi madre y en mí entonces, desquiciadas como estábamos por el dolor ante lo acontecido, que una pulsión fotografiante se apoderó de nosotras. Quisimos capturarlo todo. A la par que desmontamos la casa por completo, y nos despojábamos de hasta la última cuchara de su cocina, fotografiamos y filmamos todo el naufragio: a Norma moribunda, a Norma muerta, su velorio de cabo a rabo, sus cadavéricas manos. La casa y cada uno de sus rincones. Las flores del jardín. Volvimos a Madrid con muy pocas cosas, salvo fotografías de nuestro pasado, cartas enviadas desde el exilio, alguna prenda de Norma, y apenas unas cuantas pertenencias más pudimos rescatar de todo lo que había sido la historia de nuestra familia. Una vez más, desterradas, expatriadas, expoliadas. Otra vez, cargadas con maletas en las que solo cabían los recuerdos, trasladando de un continente a otro enseres inservibles, ropas que nunca usaríamos, papeles que se fueron acumulando, libros carcomidos por las cucarachas y la humedad.

De aquella locura fotografiadora, hay una imagen en concreto que siempre produce en mí un escalofrío singular. Mucho más que las imágenes de mi abuela agonizando, incluso que aquellas en las que ya está muerta, hay una foto que disparé casi al azar, desde la ventana de la que había sido la habitación de mis tíos. En el jardín trasero de la casa, rodeada de flores y enredaderas, una silla vacía parece emerger cual espectro silencioso. Es ahí cuando comprendo por primera vez la posibilidad de captar el aura de las cosas a través de la imagen fotográfica. ¿Pues no es acaso eso la fotografía? ¿No es acaso un aparecer, una suerte de manifestación de un espectro de luz? En ese aparecer y dejarse ver del *phainómenon* cifró la fenomenología la capacidad de acceder a las cosas mismas a través de la percepción. ¿Qué ocurre, sin embargo, cuando lo que se nos aparece es el fantasma? ¿Qué

sucede con esa imagen que toca lo real cuando la realidad ha devenido un espectro? ¿Es que acaso somos capaces de capturar con la cámara ese pequeño lapso de tiempo en el que las ánimas se dejan ver?



El arte de fotografiar a los muertos se inicia en la Inglaterra victoriana. Este hoy incomprensible ritual suponía, sin embargo, una especie de vehículo para el duelo, en el que de alguna manera se intentaba apropiarse de ese ser querido, evitando de alguna manera su pérdida definitiva. Vemos escenas a veces dantescas de familias enteras posando con un niño muerto; hijos pequeños vestidos con sus mejores galas sentados al lado de una madre ya cadáver; parejas, incluso sonrientes, con su pequeño bebé en brazos. La muerte no solo se obviaba y era ignorada, sino que se maquillaba, se retocaba y el muerto jugaba las veces de pelele o muñeco que aparentaba estar dormido, ensimismado, cuando no, aún con vida, mirándonos directamente con unos ojos ya ficticios. La fotografía del muerto era, pues, el último reducto para la memoria, la resistencia ante el olvido.

En nuestro caso, la compulsión fotografiante tanto de Norma como de aquello a lo que alguna vez pertenecemos fue nuestra única arma ante un mundo que se desmoronaba y se desvanecía

a nuestro alrededor. En un breve espacio de días, lo perdimos absolutamente todo. Nunca más volveríamos a tener una patria a la que volver, una casa en la que guarecernos, un hogar que nos esperara con comidas maternas después de un largo viaje cruzando el océano. Ya nadie nos volvería a reclamar desde esa añorada Argentina, ni a llamar desde las lejanías para que retornáramos al hogar. Veo las fotografías auráticas y, al acercarme a ellas, siento el espectro de Norma emerger en los halos de luz captados por la cámara. Perderla supuso perder la tierra, el sustento bajo mis pies, y siento que he quedado suspendida en el aire, sin guarida posible, desterrada *ad infinitum*. *Heimweh* es esa bella palabra alemana que indica un dolor especial, diferente a cualquier tipo de desgarramiento, el dolor de hogar, la añoranza de la patria. Miro esas fotografías espectrales y es la melancolía la que se apodera de mi ser, la misma añoranza que me despierta y me sobresalta algunas noches en las que todavía su aroma viene a visitarme. Veo su joven rostro en el Palacio de Cristal de Madrid y me la imagino, así, vestida de blanco, sentada en esa silla del jardín, rodeada por la enamorada del muro, perfumada de rosas y de las flores de la Santa Rita, arrullada por el canto de los quetupíes. Allí, sentada, invisible pero presente, su imagen arde y resplandece. Es entonces cuando me mira fijamente y me sonrío.

Lacrimae rerum / Oda a la patria

Oíd, oíd mortales el llanto de la tierra. De esta tierra herida y humillada, de esta patria traicionera. Cuna de héroes y valientes, de próceres y gauchos, de desalmados e indiferentes. Madre de revolucionarios y luchadores, de parias subversivos. Oíd, oíd el llanto, las lágrimas que nos invaden y que no podemos contener. Mirad nuestro luto infinito, nuestros duelos impedidos, por aquellos a los que nos arrebataron y que no volverán. Es este el lamento de los transterrados, de todos aquellos desterrados que huyeron ante el despertar de la bestia. Escuchad atentos el llanto, el sollozo por los pueblos unidos del sur, por esos verdaderos pueblos, humillados y arrasados en manos de las élites criollas, las mismas que se apropiaron de la Independencia y se erigieron en los próceres de una hipócrita libertad. Ídolos de pies de barro, que supieron engañarnos con sus espejismos y metáforas vacías. Banderitas de colores, celestes y blancas, gualdas y amarillas, símbolos patrios que, cual falsas monedas, circulan de mano en mano, perdiendo consistencia y entidad con el paso del tiempo. Aquí estamos, entonando nuestros lamentos, con nuestros guardapolvos blancos en un frío patio de escuela. Escarapelas descoloridas prenden en nuestro pecho, allí donde anida, entre campos de espigas, nuestra querida Argentina. Acaso, ¿no los veis, sobre el triste Buenos Aires, luto, llanto y muerte esparcir? / ¿No los veis devorando cual fieras todo pueblo que logran rendir? Oíd nuestro llanto, mirad nuestras lágrimas, que se alzan en el cielo como águilas guerreras en vuelos triunfales. Lágrimas de rabia y no de derrota, llantos eternos que inundan calles, plazas y veredas, asediando sus incólumes casas y palacios. Sollozos cuyos

gemidos traspasan océanos y mares. Plañido de esos niños parias, desarraigados y huérfanos, a los que esta tierra quiso desamparar. Ante esta patria confusa y contradictoria nos erigimos y clamamos. Oíd mortales el llanto de la tierra y de los pueblos de la tierra. Temblad ante su desconsolado lamento. Oíd el reclamo de los humillados y vencidos, de los olvidados y traicionados, de los condenados al éxodo infinito. ¿Adónde han ido a parar tantas víctimas e inocentes? ¿Desaparecidas y borradas *en los más ignotos lugares del país*? ¿Cómo vamos a hacer para digerir estas heridas que nos atraviesan a cada uno de nosotros? ¿*Quién nos habla aquí de olvido, de renuncia, de perdón*? Porque esta patria, cual puta barata, supo venderse siempre al mejor postor; supo entregarse, con sus mejores galas, tanto a las oligarquías más rancias como a las élites financieras más voraces, culpables de tantos genocidios y muertes. Hoy en el cielo, *alta aurora irradial*, nuestras lágrimas inundan el horizonte enturbiando sus cínicas sonrisas, perturbando sus contraídos rostros de políticos infames, de primeras damas rígidas por sus implantes de botox, de torturadores exculpados. ¡Ay, patria mía! Patria *que me ha dado dios*, desmantelada y vendida, empobrecida y hambrienta. ¡Ay patria! que te desconozco, que ya no conozco, en la que vago sin rumbo y sin apenas identidad. Oíd mortales nuestro llanto, cargado de muertos, desaparecidos y fantasmas; preñado de injusticias, genocidios y desahucios; herido de exilios sin retorno; aterrizado por vuestras demostraciones de fuerza, por vuestros siniestros operativos militares en la tierra de la Independencia, devenida sepulcro de la subversión. Hoy, este llanto, cual bestia indomable, se erige sin miedo y recuerda. Puesto que la memoria es el único e indeleble refugio que nos queda para guarecernos.



Escuela Rivadavia (San Miguel de Tucumán). Algún día de 1983, al poco tiempo de haber vuelto del exilio en Madrid. Mi padre, recién salido de la cárcel tras ocho años de cautiverio. Puede apreciarse en la fotografía que mi padre tiene los ojos pinchados. Extraña costumbre y ritual familiar para calmar rabias y enojos con determinadas personas.

Breve tratado de monstruos y otras anomalías del espíritu

*Desgraciado aquel a quien los recuerdos de la infancia
solo traen temor y tristeza.*

H. P. LOVECRAFT

*Es importante saber qué se le hace a un hombre para entender cómo se lo
aterroriza y se lo procesa. El terror corresponde a un registro diferente
que el miedo.*

PILAR CALVEIRO

La niñez está poblada de monstruos. Si hay algo que define ese lapso de tiempo es el temor y la inseguridad. Tras las risas, los juegos y la inocencia que embargaban a aquellos pueriles mundos que antaño habitamos, todo tipo de incertidumbres y desconuelos se escondían tras cualquier silueta desconocida. Podríamos afirmar, quizá, que el frágil territorio de la niñez es resbaladizo y poco estable, y que suele resquebrajarse, tambaleándose ante el más mínimo sobresalto. Aún conservo en mi memoria esos incomprensibles terrores a la oscuridad, al abandono, a las sombras del exterior reflejadas en mi habitación. Las noches de infancia cargadas de tormentas eléctricas traían consigo todo tipo de sonidos y formas extrañas, prestas a asediar hasta al más incorruptible hogar. La niñez es, fundamentalmente, miedo a lo desconocido, a lo inaprensible, a todo aquello que nuestro limitado conocimiento infantil es incapaz de descifrar. Recordemos que la infancia, etimológicamente, no es más que eso, una suerte de torpeza lingüístico-cognoscitiva que nos impide aprehender ciertas palabras y cosas. *Infantia*, en latín, designa la incapacidad de hablar; y el *infans* es casi un mudo que aún no ha accedido al lenguaje de forma plena, especie de infacundo que carece de palabra o que no halla las palabras adecuadas para expresarse de

forma correcta. Como el bárbaro para los griegos, el niño es el *a-logos*, aquel que se encuentra más allá de las fronteras del *logos*, de la lengua y de la racionalidad. Por ello, el infante suele carecer de conceptos o de nombres adecuados para mencionar los inexplicables fenómenos que acechan a su asustadiza imaginación. El *infans*, que carece de lengua y de conceptos, pero que sí es susceptible de gritar y de temblar allí donde el pánico se presenta. En ese difuso mundo que es la infancia, seres aún indefinibles se esconden y aguardan vigilantes en los rincones oscuros. Seres sobrenaturales y demonios, ánimas de difuntos y hombres del saco son algunas de las siniestras figuras que habitan las noches infantiles, aterrándonos desde nuestro desconocimiento e ignorancia, en cualquier momento y lugar; transformando situaciones cotidianas en incomprensiblemente turbadoras, haciendo de nuestro mundo un lugar en ocasiones siniestro e inhabitable. Cualquier sombra es susceptible de devenir amenaza; cualquier sonido puede interpretarse como un peligro inminente.

Mi niñez, como la de cualquier niño, estuvo también repleta de monstruos, de terrores nocturnos, de historias contadas por tías del campo en las que los fantasmas y espectros venían siempre a susurrarte despedidas o deseos irresueltos. En la Argentina profunda, los mitos y leyendas son vividos con una pasmosa naturalidad, y muchos relatos, incluso infantiles, están llenos de seres sobrenaturales, de perros endemoniados que devoran a los obreros contestatarios de los ingenios azucareros, haciéndolos desaparecer. La mitología criolla nos habla de luces malas que resplandecen en medio del monte, suerte de advertencia de ultratumba para aquellos que se atreven a adentrarse en las espesuras a horas no propias de ciudadanos decentes. La hibridación entre especies, géneros y reinos naturales, como es propio de todo monstruo que se precie, se manifiesta en algunos relatos como el de la famosa Mulánima o Alma Mula. Esta mujer pecaminosa, convertida en mula fantasmal, arrastra las cadenas de sus pecados por los cañaverales tucumanos para espantar a aquellos hombres cuya alma también está habitada por las sombras.

Para muchos habitantes de provincias, la frontera entre vivos y muertos no siempre está del todo definida, y el muerto

aguarda para retornar entre nosotros, ya sea a modo de reclamo, queja o petición. Hay también relatos sobre apariciones concretas, casi siempre de mujeres despechadas o solitarias que surgen bajo halos vaporosos y cuyos rostros nadie ha conseguido ver. Tal es el caso de la famosa viuda blanca, la cual se dedica a espantar al más descreído de los paseantes en la curva de Vargas, muy cerca de una ya célebre fosa clandestina utilizada durante la dictadura. Y, como en el caso de la fosa en cuestión, también la viuda fantasmal puede, con su mirada, hacerte desaparecer en la oscuridad de la noche. Los *espantos*, como se conoce a estos extraños fenómenos, suelen formar parte de tecnologías disciplinarias del poder que, a través del miedo, intentan educar en las buenas costumbres y el decoro social. Son, asimismo, dispositivos político-sociales para socavar las fuerzas discordantes de lo social, como el sindicalismo combativo, la libertad sexual o la mendicidad. Por ello, se insertan siempre en relatos concretos de justicia, aquella que reclama el muerto al vivo, como un mandato de la memoria y un acto de restitución. Los *espantos* instauran una lógica de la culpa y de la deuda infinita, reproducen relaciones de poder jerarquizadas, propias de una sociedad en la que las diferencias entre clases sociales están fuertemente marcadas. Así, resulta casi imposible que el diabólico perro llamado “el Familiar” engulla a un oligarca de la caña de azúcar. Las víctimas, por el contrario, suelen proceder de capas sociales más bajas, peladores de caña, obreros, campesinos, mujeres de mala vida o cualquiera que cargue en su interior algún pecado inconfesable.

Cuenta Foucault, en *Los anormales*, que cada época histórica viene definida por los monstruos que produce y la asedian. Encontramos en cada período de la historia determinadas anomalías y abyecciones que, cual significante forcluido o repudiado, señalan los márgenes del campo de lo social. Si en la Edad Media predominan los hombres-bestias, los animales fantásticos, las extrañas criaturas que mezclan reinos y especies (hombres con cuerpos de caballo, pájaros con cabezas de dragones), en el Renacimiento, por el contrario, se privilegió la figura monstruosa de la deformidad corporal, como el caso de los siameses, los cuerpos con extremidades amorfas o amputadas, el hermafroditismo o

cualquier tipo de fisiología anormal. Dichas anormalidades eran interpretadas, también, como consecuencia de un pecaminoso acto fuera del orden natural (como, por ejemplo, se decía que fornicar durante el período menstrual aumentaba el riesgo de concebir niños con dos cabezas en un solo cuerpo). A partir del siglo XVIII, la monstruosidad cambia de rostro y entra en escena el denominado monstruo moral. El criminal, como es el caso del parricida, supone una patologización de la conducta y comienza a ser definido por la ruptura con el contrato social que lleva implícita su conducta. Los monstruos híbridos van perdiendo fuerza frente a las anomalías más cotidianas y comunes, menos ostentosas y mucho más banales que aquellas que encontrábamos en otros períodos de la historia. El monstruo se patologiza y criminaliza, y la propia monstruosidad adquiere un estatuto de enfermedad que, en cierto modo, puede afectarnos a cualquiera de nosotros. Lejos quedan los tiempos de hidras y gorgonas, de machos cabríos siervos del mismísimo Mefistófeles. Y el esplendor de lo anómalo comienza a adquirir la monotonía gris de un monstruo cotidiano, tosco y vulgar que late en el interior mismo de cada familia burguesa, en cada padre o madre ejemplar, en cualquier vecino que nos vigila detrás de su puerta o visillo.

La teratología surge de la mano de las taxonomías de la naturaleza. Y el estudio de las anomalías y malformaciones monstruosas adquirió ya en el siglo XVI casi el estatuto de ciencia. La obsesión por recopilar, nombrar, clasificar y localizar todo aquello que fuese considerado anómalo fue de la mano del desarrollo de la zoología, como tecnología disciplinaria en la que la norma era considerada la clave de un orden natural, orden que servía de espejo y semejanza para el social y político. En su célebre *Des monstres et prodiges* (1573), Ambroise Paré recopila minuciosamente todo tipo de especímenes extraños, a la par que denuncia sus terribles consecuencias en el cuerpo social. Según Paré, todas las figuras monstruosas proceden de la ira y juicio divino. El monstruo supone siempre una violación del complejo jurídico-natural: infracción de las leyes humanas, transgresión de las leyes naturales. Las malas costumbres conllevan la aparición del monstruo. Extrañas simbiosis, inconcebibles alianzas,

impensables emparejamientos *contra natura* tienen lugar allí donde no se ha respetado la ley natural y divina. Las perturbaciones del cuerpo anómalo funcionan, asimismo, como un espejo deformante del cuerpo social. Como su propio nombre lo indica, el monstruo abre un campo de visibilidad. Anuncia, muestra. Para Paré, es el portavoz de las desgracias tanto privadas como públicas. Trae consigo la inestabilidad, la incertidumbre, la ruptura del orden establecido.

Los monstruos y seres indefinibles que poblaron mis noches de infancia traían consigo también un profundo desequilibrio del orden, atentando contra la tranquilidad y el cobijo que da un hogar. Mi niñez, como la de cualquier niño, estuvo habitada por monstruos y miedos inexplicables. Sin embargo, había en ella todo un catálogo de anomalías hasta entonces desconocidas, terrores absolutamente reales, espantos que consiguieron dejarnos sin voz ni aliento, sin palabras posibles que pudieran definir lo que nos aconteció. Pues hay determinadas deformaciones del alma y del espíritu para las cuales aún no teníamos nombre y que resultaron ser mucho más aterradoras que cualquier cuerpo amorfo. Estos nuevos monstruos eran, sin embargo, mucho más ordinarios y vulgares que las figuras medievales o renacentistas. Carecían también de ese halo subversivo o de transgresión que supo ver Foucault en el criminal político del siglo XVIII. Por el contrario, los monstruos de mi niñez eran hombres comunes, de la calle, vestidos con baratas camisas a cuadros o desgastadas remeras del Mundial Argentina 78. La insoportable levedad del monstruo de mi niñez viajaba en un Ford Falcon sin matrícula, acechaba en las esquinas y te seguía por las noches oscuras, presto a saltar sobre ti, justo antes de traspasar el umbral de tu hogar. Esta terrible banalidad del monstruo quería, sin embargo, hacerse célebre y emular a los verdaderos ogros y engendros de tiempos pasados en los que el monstruo era una figura más ilustre. Así, estos hombres grises, aspirantes a leviatanes de medio pelo, se autodenominaban con apodos que recalcaban su particular animalidad, su híbrida anomalía o tara que los hiciera diferentes, que los sacaba, al menos por un instante, de su triste mediocridad. El Tigre, el Tuerto, el Lobo, la Rata, Sépico, el Piraña...

Incluso había un Ángel de la muerte, o también el 220, llamado así por su ágil manejo de los voltios de la picana eléctrica. Todos ellos habitaban guaridas inmundas, sótanos escondidos en garajes urbanos, casas abandonas, fábricas y hasta escuelitas rurales que sirvieron para cometer los más atroces crímenes. También los había elegantes y engominados, con galones y medallas que colgaban de su pecho y de sus almidonados uniformes. Señores de clases adineradas, de mirada sibilina y baba amarillenta acumulada en la comisura de sus labios. Y señoras, finas y encorsestadas mujeres, con sus guantes blancos y sus zapatitos de tacón, que tras su paso por la peluquería se dirigían a sus estancias de reposo en las que organizaban veladas de té y pastas para las amigas. Señoras, con tocados incólumes y rictus contraído, a las que no les temblaba el pulso cuando firmaban decretos de aniquilamiento para neutralizar y hacer desaparecer a todos los elementos discordantes de la sociedad.

Amparándose en supuestos mandatos divinos y en mesiánicas misiones de salvación de la Patria, los monstruos de mi niñez supieron inocular el miedo y el horror hasta “en los más ignotos lugares del país”. Aquellos hombres malos llevaban sus ofrendas a la virgen, al mismo tiempo que estudiaban de memoria y aplicaban en la Argentina los manuales de tortura escritos por generales franceses tras su paso por Argelia. El terror político, esto es, aquel que provoca de manera planificada el miedo, que gestiona sus efectos y cuya finalidad no es otra que espantar y aterrorizar a una población concreta, se diseminó como flagelo incontrolable en un breve período de tiempo. El terror fue una vuelta de tuerca más que el miedo y se apoderó de nosotros a base de cortes de luz y de carreteras, de comunicados radiofónicos, de operativos militares, allanamientos y controles constantes de casas, barrios, escuelas y trabajos. Las ciudades fueron, literalmente, tomadas, cercadas, sitiadas. Todo se transformó en un emplazamiento hostil y amenazante. Los lugares siniestros crecieron como chinches por todos lados y con absoluta obscenidad. Nadie se molestaba por acallar los desgarradores gritos que salían de algunas comisarías, y muchos centros de tortura se situaron en el mismo centro de algunas ciudades ante la impávida mirada de los viandantes.

Tampoco le importó a nadie que, por las noches, camiones cargados de bultos tiraran sus extrañas mercancías a pozos de agua abandonados, dejando sus inmundas huellas a la vista de todos los vecinos del lugar. El terror, el espanto en su estado más puro, nos caló los huesos, nos tensó las mandíbulas, nos impidió gritar. El horror hizo que cada vecino cuchicheara, vigilara a sus congéneres, delatara y acusara todo movimiento que resultara anormal. De este modo, cualquiera era susceptible de transformarse en un sospechoso, en un enemigo o delincuente subversivo cuya muerte y desaparición suponía un verdadero acto de heroísmo. La desconfianza y el recelo hacia el otro se instauraron en el interior de cada argentino. En cada vecino podía esconderse un buchón, un infiltrado, un extremista, un cana, un servicio. Hasta tu mejor amigo podía señalarte sin más, desde el interior de un auto, levantando su dedo y decretando así tu sentencia de muerte. Las políticas del miedo, bien lo saben los totalitarismos, se van asentando a base de sospecha y delación.

Los monstruos se apoderaron de todo. Camparon a sus anchas, diseminando el horror y el sufrimiento allí a donde iban. Crearon una verdadera metafísica del terror, en la que la tortura atemporal y omnipresente se introdujo en nuestros cuerpos, en nuestras mentes, contaminando hasta el más íntimo de nuestros rincones. Los monstruos llegaban en patotas, te sacaban de tu cama en camión, robaban y destruían todo a su alrededor. Como el hombre del saco, se apoderaron de niños, se llevaron a madres y padres, desmantelaron familias enteras y asesinaban con la más absoluta normalidad. Este crimen ontológico ha supuesto consecuencias imborrables en cada uno de nosotros. Los miedos, mis miedos de infancia, se transformaron poco a poco en terrores, algunos intangibles, otros más cotidianos, como los sonidos de la noche, el ruido de un desconocido coche que puede venir a buscarte, los pasos que se escuchan en un pasillo vacío. También conservo una desconfianza visceral ante los uniformes militares y frente a cualquier contacto con una autoridad policial. Tengo siempre un incontrolable miedo a no poder llegar, a no ser capaz de poder retornar jamás. A ser engullida por ese río marrón bajo mis pies cada vez que lo sobrevuelo en un avión. Miedo a

desaparecer. A que, una vez más, la maquinaria vuelva a chupar y nos desintegre a todos de una vez y para siempre.

En ese inquietante texto freudiano de 1919, titulado *Das Unheimliche*, y traducido como “lo siniestro” encontramos una lúcida definición del horror, descrito, por primera vez, no en el sentido de una alteridad amenazante, venida de fuera, sino como aquel terror que permanece enquistado en el seno mismo de nuestra familiaridad. Etimológicamente, *Das Unheimliche*, procede de *Heimlich*, esto es, lo propio, lo no extraño, lo confortable, en definitiva, el hogar. Lo siniestro, en un sentido psicoanalítico del término, supone por tanto aquello que siendo familiar ha devenido ominoso, espectral, y que ha convertido lo más propio e íntimo en un lugar inquietante y amenazante. De este modo, cualquier tipo de familiaridad se desvanece, y nuestra incorruptible identidad se ve asediada por un horror ininteligible. Como en ese bello cuento de Cortázar, la casa se ve poco a poco tomada, invadida por espectros que van apoderándose de cada rincón y de cada estancia. Espectros y fantasmas que, sin embargo, son parte de la casa misma, que estaban ya ahí mucho antes de que la habitáramos, y que nunca la abandonarán, haciendo todo lo posible para que nos sintamos extraños en ella. ¿Qué ocurre entonces cuándo ese asedio es producido por un Estado genocida, criminal y fuertemente hostil? ¿Cómo nombrar esa violencia extrema, esa micropolítica del miedo que se utiliza desde las instancias del poder para disciplinarnos, para doblegarnos y hacernos prescindibles? ¿Dónde podemos refugiarnos y guarecernos cuando cada confín de la patria ha sido tomado por ese horror inmanente? ¿Qué haremos, a quién acudiremos, quién podrá darnos cobijo cuando los monstruos le provoquen pánico a la gente, cuando la desconfianza y el recelo nos invadan a todos por igual? Es preciso que recordemos, que nunca nos olvidemos de que las bestias acechan siempre desde sus ignotas y sórdidas guaridas, agazapadas y hambrientas, preparadas para abalanzarse sobre nosotros ante la primera señal.

Ciudades ocultas

Por eso tu verdad, ciudad, está en la ausencia de esta mañana —raso de aire— en que los ojos sin verte te sueñan. Y el aire fino de la sierra, hermano de tu limpia arquitectura, me ayuda a comprender tu arisca desnudez en la áspera alegría de esta hora transparente.

MARÍA ZAMBRANO, “Ciudad ausente”

En esta ola de recuerdos que refluye la ciudad se embebe como una esponja y se dilata [...] Pero la ciudad no cuenta su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento surcado a la vez por arañazos, muescas, incisiones, comas.

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*

Los grandes urbanistas nos han enseñado que las ciudades no deberían leerse solo en su extensión, sino, también, a través de un movimiento introspectivo. Si bien un primer acercamiento a la urbe nos sitúa ante planos unidimensionales en los que los barrios y distritos van ampliando sus dominios con el paso del tiempo, la ciudad como entidad autónoma crece también hacia su propio interior. Como si la ciudad fuera agrandándose hacia adentro, ampliando sus laberintos subterráneos. Vienen a mi memoria los trazados cartográficos del París pre-hausmanniano, en los que la forma acaracolada de los *arrondissements* se perfila de manera tan limpia, en un trazo apenas rizomático. Con el paso del tiempo, y con la gran transformación urbanística que llevó a cabo el megalómano Barón a mediados del siglo XIX, las pequeñas e insalubres callejuelas del París medieval dieron paso a los grandes bulevares, las avenidas despejadas, los centros de ocio y los escaparates con sus obscenas mercancías. Resulta extrañamente paradójico que, al mismo tiempo que la *Lichtung* se abría paso a golpe de martillo y taladradora en las calles de París,

la ciudad iba creciendo de manera silenciosa hacia su fuero interno. Las catacumbas y todo el sistema de alcantarillado llegaron a su esplendor de desarrollo durante esta época. Los pasadizos secretos comenzaron a multiplicarse, escondidos bajo las luces de la naciente Modernidad y su nueva organización espacial y económica. Cuanto más se abría París al mundo, más se multiplicaban los túneles subterráneos, las galerías secretas, las cuevas bajo tierra.

No resulta extraño, por tanto, que estos mismos urbanistas, hijos de la Ilustración europea y de sus avances científicos, imaginaran sus proyectos arquitectónicos bajo la alegoría poco inocente del cuerpo humano. Cuenta R. Sennett a este respecto que la revolución médica que tuvo lugar en el siglo XVII impactó de lleno en la planificación urbanística de muchas ciudades europeas. La ciudad comenzó, de este modo, a ser entendida como un cuerpo vivo, un organismo con sus arterias, venas y órganos constituyentes. El descubrimiento por parte de Harvey del sistema sanguíneo y, correlativamente, del funcionamiento del corazón como una máquina perfecta que insufla y bombea vida al resto del organismo, no resultó indiferente para numerosos urbanistas de la época. Al igual que la medicina, la arquitectura y la ingeniería comenzaron a ver en el movimiento y la circulación un claro sinónimo de salud. De este modo, todo el complejo y oscuro entramado medieval de callejuelas rizomáticas fue interpretado como el origen de muchos males no solo a nivel urbanístico, sino también a nivel de salud pública. Las ciudades se organizaron siguiendo el modelo de un perfecto sistema de arterias, venas y canales circulatorios que facilitarían la movilidad de sus viandantes. Los detritos, basuras e inmundicias varias que infestaban las calles medievales fueron literalmente expulsados, situados en las afueras de los centros urbanos, evitando de este modo cualquier contaminación con la mierda y los restos insalubres. Durante el Segundo Imperio, París desplazó sus basureros a las *banlieues*, escondió a sus muertos en las catacumbas y erigió en los cuatro puntos cardinales de la ciudad grandes extensiones de parques que, cual pulmones-frontera limpiarían el cargado aire de la poblada urbe.

Las ciudades crecen y se desarrollan como los organismos vivos. Palpitan bajo el ritmo de la historia, se excitan y erigen con sus revoluciones y revueltas. Pero también cagan y expulsan, regurgitan todo aquello que les sobra y que no son capaces de digerir. Siempre me han fascinado estas metáforas orgánicas, estos isomorfismos urbanísticos. Quizá por mi, a veces morbosa, inclinación hacia los recovecos ocultos, los pasajes interiores, los pliegues de ese gran organismo que es una ciudad. ¿Adónde nos conducirán esos pasadizos secretos, esos túneles subterráneos? ¿Qué esconde la ciudad subterránea? Como si las ciudades llevaran en su interior los restos de otras construcciones, como si escondieran entre sus intestinos las huellas de poblaciones desaparecidas. Con el paso del tiempo, el tropo orgánico dio paso al geológico y el sistema de venas y vasos comunicantes, poco a poco, fue reemplazado por la imagen de una ciudad-texto, con distintas capas y superficies. Un siglo después de Hausmann, la cartografía parisina se vio afectada de manera lúdico-política por la vanguardia situacionista y sus intervenciones psicogeográficas. Para estos teóricos y artistas, las ciudades son, ante todo, geológicas, por lo que debemos abordarlas desde la complejidad de sus numerosas capas.

La memoria del exilio conlleva también una memoria espacio-urbanística. Desde mi más tierna infancia transterrada he tenido la percepción de que las ciudades en las que he habitado se me han presentado al modo de palimpsestos. Incluso, de complejos organismos. Las ciudades guardan en su interior ruinas de otras formaciones antiguas y pasadas. Al igual que esas catacumbas parisinas en las que se pretendió esconder y archivar una muerte purificada de podredumbre, las ciudades llevan en su vientre todo tipo de expulsiones no confesadas, de secretos sin desvelar, de memorias olvidadas. Las ciudades son realidades geológicas. Están formadas por distintos estratos, yacimientos y vetas de pasados remotos. Funcionan de modo similar a la pizarra mágica, ese juguete infantil para aprender a escribir que tanto gustaba a Freud y que le sirvió para explicar las capas del aparato psíquico. Como en una pizarra mágica, en la que las huellas de lo escrito se van sedimentando en las láminas interiores, podemos

encontrar ciudades ocultas, dormidas en el interior de otras, ciudades subterráneas y subterradas que nos evocan mundos ya olvidados. Del mismo modo, las ciudades en las que habitan los transterrados se componen de distintas atmósferas y ambientes, espacio-temporalidades extrañas que, en ocasiones, pueden llegar a trasladarnos, en un breve lapso de tiempo, a continentes remotos y a desconocidas tierras. Siempre he tenido la extraña sensación de vivir en ciudades repletas de agujeros negros, en los que, a modo de vasos comunicantes, uno puede ser absorbido y verse transportado a otro lugar. Una calle cualquiera, una plaza remota, una boca de metro tiene la mágica capacidad de mutar por segundos y trasladarnos a otra realidad, a una dimensión diferente. A modo de ejemplo, uno de esos agujeros chupadores lo he encontrado en la estación de trenes de Austerlitz en París.



París, 13ème arrondissement.

No es fortuito que esta pequeña estación, situada en el distrito 13, al borde mismo del Sena, me genere tanta nostalgia y desasosiego. No es particularmente bella, a diferencia de otras mucho más monumentales que encontramos en la ciudad, como es el caso de la Gare de Lyon o la Gare du Nord. Austerlitz,

con sus andenes casi a pie de calle, sus altos techos de pizarra y sus tímidas figuras a modo de gárgolas talladas en una piedra de color beige, es casi una de las estaciones más austeras de París. Guarda, sin embargo, la siniestra gloria de haberse convertido a partir del 42 en una de las estaciones clave para las deportaciones en masa. Desde sus andenes miles de personas salieron hacia los campos de exterminio. Hoy, una pequeña placa recuerda su triste papel en esta historia. La deportación, el destierro, el miedo y el genocidio están presentes de forma silenciosa en sus muros. Sin embargo, además de lo evidente, hay algo más que la convierte para mí en un lugar-frontera, capaz de conectarme de manera inmediata con un pasado latente. Algo en Austerlitz recuerda arquitecturalmente a la estación de Retiro, en Buenos Aires, construida casi 40 años después que su homóloga francesa y con claras reminiscencias al estilo parisino. En cierto modo, Retiro guarda, al igual que Austerlitz, una memoria del destierro. Durante la dictadura, cientos de familias de la Argentina profunda llegaban a sus andenes, en trenes de segunda clase para, desde allí, iniciar el periplo por las distintas cárceles de la ciudad: Villa Devoto, Caseros. Mis abuelos y yo hicimos ese trayecto en numerosas ocasiones. Aún conservo el recuerdo de la llegada a Buenos Aires, a primera hora de la mañana, después de toda una noche viajando desde Tucumán. La ansiedad comenzaba a apoderarse de mí cuando el tren se iba deteniendo y podía ver en el horizonte los grandes edificios de la capital, así como la gran estructura metálica de la estación. Si bien Retiro suponía el final del largo viaje, era asimismo el comienzo de otro: nuestra silenciosa travesía por un Buenos Aires hostil e inabarcable para un provinciano, el peregrinar por colectivos y trenes suburbanos hasta llegar a Villa Devoto, las colas, las requisas, las salas de espera y los interrogatorios hasta conseguir ver a mis padres. Austerlitz me traslada a Retiro; Retiro me lleva a Austerlitz. Como si los miles de deportados que por allí pasaron, con sus bártulos y enseres, con el miedo pegado a la piel, hubiesen dejado en mí una huella mnémica imborrable. Algo de ellos se perpetúa en mi interior. Algo en esos andenes, en esos raíles, ha perdurado en la atmósfera de esta estación como una memoria

transhistórica, una especie de memoria que se hace presente y se transmite de generación en generación, en todos aquellos que han sido testigos del destierro y del horror.



Andenes de la estación de Retiro, Buenos Aires.

Entre las propuestas de la vanguardia situacionista para resignificar las ciudades encontramos el llamado urbanismo unitario, la psicogeografía y la deriva, cuya finalidad no era otra que subvertir y transfigurar de manera creativa el espacio urbano. Frente a la ciudad-fábrica, a la ciudad-centro comercial o, en todo caso, a la ciudad-museo, los situacionistas proponían una ciudad abierta como escenario privilegiado para la intervención artística y política, en la que el *homo ludens* se convirtiera en su principal protagonista. Algunas propuestas nos hablan de simples visitas a “los lugares más banales de la ciudad”, otras nos instan a dejarnos llevar por las derivas que modifican la relación puramente funcional que establecemos con la cartografía urbana (recordemos los planos psicogeográficos diseñados por Debord para perdernos por un París situacionista), distintas propuestas intentan sorprendernos gracias a la magia de los carteles, los anuncios, los nombres de barrios o calles. ¿Y si recorremos Londres siguiendo

el mapa de Berlín? ¿Qué pasaría, entonces, si nos dejáramos perder por las calles madrileñas bajo el recuerdo de Buenos Aires? ¿Y si entráramos en una boca de metro en la Gran Vía de Madrid y fuéramos capaces de salir en Callao y Corrientes, y hasta de ver a lo lejos la silueta esbelta del Obelisco?



¿Podríamos, acaso, entrar en la boca del metro de Antón Martín en Madrid para salir, pocos minutos después, en la Plaza de Mayo de Buenos Aires?

A veces, cuando la nostalgia me invade, sueño con vagar por esa ciudad transterrada, suerte de ciudad distópica, de no-lugar, de a-topía sin nombre. Sueño con jugar, a la manera situacionista, y transitar por calles conocidas que devienen desconocidas, evocando en cada una de ellas reminiscencias de otros lugares. La ciudad de los transterrados guarda esa deriva situacionista un poco infantil en la que nuestra cotidianidad se ve invadida por significados inconcebibles, por devenires insospechados, por aventuras no planificadas. Esquinas barcelonesas que nos trasladan a callejones tucumanos; plazas europeas en las que rozamos con la punta de los dedos la plaza en la que jugábamos en nuestra infancia; aromas

callejeros, olores de comidas olvidadas, sonidos que recuerdan un pequeño fragmento urbano de una ciudad de provincias latinoamericana. Como si la ciudad oculta, la secreta, aquella que acecha en cada rincón o pasadizo del metro, nos secuestrara, se apropiara de nosotros y nos hiciera retroceder de forma involuntaria a aquello que alguna vez fuimos, a aquello que perdimos. Incluso esas ciudades que acogieron a tantos niños argentinos durante la dictadura hoy conservan en su fisonomía las huellas que el exilio fue dejando en ellas: cierro los ojos y soy capaz de ver en el Parque del Retiro de Madrid al Teuco Castilla y sus títeres de los domingos; paseo por el Rastro y consigo vislumbrar tras un puesto de chapas a mi madre, con sus 26 años y su semblante asustado ante el mundo, después de cinco años de cautiverio; me siento en un banco de la plaza de Olavide y viene a mí el Carli Slepoy, luchando contra las injusticias, poniendo su propio cuerpo como escudo. Madrid tiene a veces el aroma de Buenos Aires; y en Tucumán busco los rincones madrileños con desesperación, cuando las ganas de volver a huir se apoderan de mí.

Afirma Manuel Delgado que “salir a la calle es salir de nuevo a la infancia”. Quizá debamos volver a soñar en la ciudad, deambular en ella, descubriendo sus espacios secretos, sus grutas desconocidas, sus solares por habitar; transportando nuestra memoria infantil de calles y lugares diferentes, de ciudades perdidas que han viajado con nosotros, en cada traslado, en cada exilio, en las infinitas mudanzas. En definitiva, tal y como señala Agamben, las ciudades terminan por parecerse a los sueños. Y no tanto por el aire de irrealidad que en ocasiones percibimos en ellas, sino, más bien, por la carga significativa que adquieren determinados lugares y espacios. La ciudad de los transterrados, de esos niños desterritorializados hace mundo, crea tierra allí por donde va. Reinterpreta cada rincón, cada esquina, descubriendo símbolos, alegorías en las que perderse. La ciudad transterrada, desterritorializada, juega, de manera infinita y alocada, a transitar por la Plaza de la Independencia de Tucumán desde la Plaza Mayor de Madrid, a comer helados de frutilla en un frío mes de diciembre, a generar distintas atmósferas psíquicas en las que conectar los mundos, los lugares y rincones que hemos perdido.

La ciudad ausente late en cada uno de nosotros, callada y silenciosa, como un gigante dormido, presto a salir allí donde una iluminación distinta, un halo de luz diferente, modifica nuestra percepción y nuestra mirada.

Alzar a voz
o la imposibilidad de decir

CAROLA SAIEGH DORÍN

A mis padres, que me enseñaron que nada hay más urgente
que la mirada de un niño.

A mis hijos, que me recuerdan en cada gesto que siempre,
siempre, vale la pena.

A J., mi compañero en la vida, que sabe llamarme
para salvarme de la ausencia.

Las sillas plegables

*Esperando que un mundo sea desenterrado por el lenguaje,
alguien canta el lugar en que se forma el silencio.*

ALEJANDRA PIZARNIK

Aquella noche de mediados del mes de junio de 1976, metidos en la bañera de espuma mi hermano y yo, no sabía que ese momento iba a cambiar mi vida para siempre. Acababa de cumplir ocho años.

No era esa niña “la hija del turco”, sino una niña intensamente callada que había aprendido a habitar en las palabras de los otros, al punto de hacer brotar fiebres elevadas cuando las propias se arremolinaban en la garganta, pugnando por salir al exterior. Aquellas fiebres altísimas me hacían delirar y traían, con una irrefrenable cadencia de repetición, siempre las mismas pesadillas imposibles de explicar.

El día en que mi padre llegó a casa y nos contó a mi hermano y a mí que al día siguiente se iría del país para buscar otro lugar donde vivir, la espuma blanca y consistente que llenaba la bañadera nos cubría por completo; jugábamos a ponernos pelo y barbas blancas y toda el agua parecía de chantilly. No puedo recordar las palabras exactas que nos dijo, serio y profundo el semblante, sentado cerca del borde esmaltado, y tampoco sé qué le respondimos, pero la escena la recuerdo como si fuera hoy. Así son los recuerdos en la infancia, truncos, flashes, fognazos, como retazos de historias.

Con ocho años la idea que uno tiene de un país es difusa, fragmentaria, construida desde la mirada propia y desde abajo, elevada hacia el mundo de los adultos, interrogándolos siempre con la mirada, deseando que respondan también a lo que no preguntamos, atentos los oídos a sus conversaciones.

¿Irse de la Argentina? ¿A dónde? Con ocho años yo ya vivía en los libros, de modo que quizá no fuera tan importante el lugar

al que iríamos. Lo que de veras era importante era que mi papá encontraría un lugar para vivir y nos avisaría. Un mes y cinco días más tarde mi madre, mi hermano y yo lo seguíamos, cargando en nuestros bolsos y valijas todo lo que fuimos capaces de alzar. Mi hermano no levantaba gran cosa del suelo y caminaba trabajosamente transportando, con los hombros bien arriba, una Olivetti Lettera portátil metida en su funda verde azulado con banda negra en el centro.

Aterrizamos con nuestros gamulanes en el calor sofocante de Barajas. A recogernos vino con mi padre un amigo, compañero de exilio, integrante de la pequeña colonia de exiliados argentinos que se había instalado ya en Madrid. El hijo del amigo de mi padre venía, flaquito y sin camiseta, con su melena larga y despeinada cayéndole sobre la frente, como la de mi hermano, tan años 70, tan diferentes de los chicos españoles que lucían sus cortes de pelo tan peinados y cortitos. Fuimos derecho a Torre Renta, un edificio apartotel en la calle Capitán Haya. Probablemente allí pasamos las primeras semanas de exilio. Desde entonces mi cumpleaños ha caído siempre en verano.

No debió de ser muchas semanas antes de ese mes de julio cuando mi madre había tenido que hacer un gran esfuerzo por seguir manejando su auto con solvencia, mientras en el asiento de atrás mi hermano y yo manteníamos una conversación sobre lo que se veía por las ventanillas del coche. Mi hermano debió de preguntar por qué estaban todos aquellos policías armados hasta los dientes apostados en el suelo de la calle por la que transitábamos, a lo que yo le respondí con naturalidad que era “para matar a los bajitos”. A mi madre se le debió de helar la sangre en aquel momento. A veces, la evidencia para un niño escapa al discurso de los adultos. Ya dos años antes, en septiembre del 74, mi padre había publicado como Decano de la Facultad de Medicina una solicitada de una página completa en el diario *La Nación*, sufragada desde la comunidad universitaria, denunciando amenazas hacia su integridad física y la de su familia y recordando que al hijo del Rector de la Universidad de Buenos Aires lo habían asesinado con una bomba sin que mediara una palabra oficial de condolencia. Sí, también había bombas para los bajitos.

Los relatos familiares poseen la capacidad de hacernos creer a veces que nosotros también estuvimos allí, que fuimos parte de esas historias que se cuentan en las sobremesas, en las madrugadas. Cuando mi hermano mediano era pequeño, era frecuente que yo corrigiera sus relatos, le decía “pero si vos no estabas, no te podés acordar”. Pero sí se acordaba, si bien era verdad que él no había estado allí, por supuesto. Sé que estas discusiones nunca las tuve con mi hermano pequeño porque él nació en Madrid. Vivimos en los relatos, y yo vivía en los relatos escritos. Habitaba en las palabras de mis libros, de mis cuadernos, de las pequeñas poesías que escribía. Me fabricaba unos diminutos libritos de papel cuadriculado que cosía con mimo, no abultaban más allá de medio dedo de alto y en ellos escribía mis “poesías para chicos y grandes”, influenciada sin duda por los poemas y canciones de María Elena Walsh. Toda una generación de chicos nos educamos sentimentalmente con los versos de *El Reino del Revés* y los cuentos (luego prohibidos por subversivos) de Elsa Bornemann. Entre aquellos micro-textos que yo escribía y que aún conservo hay algunos que al día de hoy leo con algo de sobresalto (“me voy para aquí / me voy para allá / y siempre me caigo / al columpiar”). Nos caíamos, caían también otros, y siempre nos movíamos.

Desde el año 74 al 76 casi todos mis recuerdos son de vida en la clandestinidad. Cambiábamos regularmente de domicilio, de escuela, siempre sin poder decir mi nombre, ni en qué trabajaban mis padres, ni dónde vivía. Una de las casas en las que vivimos era una quinta a las afueras de Buenos Aires, donde yo criaba gatos. Por vecino teníamos a un gendarme que, por supuesto, no debía saber quiénes éramos ni qué hacíamos allí. Las reuniones de militancia muchas veces tenían lugar en los domicilios y los chicos escuchábamos desde la cama lo que los adultos hablaban como en sordina. Un día, aparecí en mi casa con el hijo del vecino, el gendarme, que era el único niño, aparte de mi hermano, con quien yo solía jugar en aquel lugar, para que mi papá lo curara porque era médico, ya que se había lastimado en una rodilla. Y es que, ¿cómo guardar tantos secretos en la garganta de un niño? Imposible, salvo sin hablar con nadie... (“desde el balcón de mi

casa / veo a los niños jugar / y a pequeñas avocillas / durmiendo en el palomar”).

Cuando aquella vez, a la hora del baño, mis padres nos explicaron que había que marcharse del país porque era peligroso quedarse, me cuentan que respondí: ¡Pero si a ustedes ya los mataron a todos!.

Durante las semanas en las que mi padre se pateó media Europa de aeropuerto en aeropuerto buscando trabajo yo le escribía pequeñas cartas en las que le contaba de nosotros, le decía cómo iba todo, pero sobre todo le preguntaba cuándo podríamos reunirnos con él. Las breves cartas se las escribía en cartoncitos recortados de las cajas de maní con chocolate. Cuando por fin llegó la noticia de que iríamos (vendríamos) a España, a mis tíos se les ocurrió contarme que en España habría un rey. Qué lío tendría yo ya para entonces en la cabeza que asocié que si los Reyes Magos eran quienes eran, entonces, sin atisbo de duda, mi padre ¡era el rey de España!

En un guiño del destino, las circunstancias propiciaron que la primera vez que abordé un escribir sobre mi exilio fuera en una revista de nombre *Kamchatka*. ¿Puede una película propiciar la apertura de aquellas preguntas que en realidad siempre estuvieron allí, postergadas, agazapadas, esperando a ser formuladas? Eso es lo que me ocurrió cuando vi por primera vez la película de Marcelo Piñeyro, *Kamchatka*. Nunca antes me había dado cuenta de que habíamos salvado la vida. Tras ver el final de la película, esa escena en la que los padres, militantes, se van, dejando a los hijos al cuidado de los abuelos, un grito ahogado se apoderó de mí. ¿Pero cómo? ¿Se van? ¿De verdad los dejan? Era la yo-niña, supongo, la que contemplaba perpleja y angustiada la escena. Estuve enfadada con esos padres tanto como estuve intentando agradecer a los míos que siguieran con nosotros.

La pregunta del millón durante todos los años de exilio en Madrid era “¿Y..., te volverías?”, pregunta formulada sin mucha intención de profundizar en nada supongo, pero la respuesta inmediata interior era “¿Volver? ¿Eso no sería irse, otra vez?”. ¿Cuál es el lugar de uno, su lengua, su patria? La idea de ser transterrados para siempre es la que nos mueve a intentar

resignificar los exilios y las palabras que lo acompañan. La única patria que soy capaz de añorar y a la que siempre deseo volver son los brazos del hombre que amo. Todo lo demás es relato.

Cuando aún la dictadura impedía contemplar siquiera la idea de la vuelta a la Argentina, mis abuelos venían cada cierto tiempo a visitarnos. Una de esas veces llegaron con un valiosísimo regalo: un cajón de madera de un metro cúbico que habían fletado en un barco. En aquel cubo de un metro por un metro tuvo que caber toda nuestra historia: aparecieron juguetes recuperados, objetos de nuestras casas anteriores, alguna que otra foto, mi máquina de coser “Norita”, el muñeco de trapo de mi hermano... Mi abuelo serruchó el cajón y lo transformó en una mesa, y ese cajón debió de ser durante muchos años el único mueble pesado que hubo en la casa de mis padres. Todo el resto de los muebles fueron, durante larguísimo tiempo, muebles plegables, como aquellas sillas plegables de madera que aún conservamos. Por si había que volver.



Maní con chocolate

*Lo que mi infancia no sabe
yo tampoco lo sé. Las calles
de mi ciudad parecen
un signo de interrogación sobre
mi corazón mudo.*

JUAN GELMAN, *Ignorancias*

De color gris apagado y rugoso por un lado, amarillo y brillante por el dorso, con tramos de color marrón tan oscuro como el delicioso exterior de lo que contenían, aquellos cartoncitos rasgados para abrir las deseadas cajas de maní con chocolate se convirtieron sin saber muy bien cómo en postales transatlánticas. Yo escribía con apretada caligrafía aquellas cartas minúsculas a mi padre, plagadas de faltas de ortografía (“papito cerido de mi corason, contenta estoy”), anhelando que en ellas viajaran mis preguntas y que de algún modo llegaran las respuestas. Un 8 de junio él se había marchado del país, justo una semana antes de mi octavo cumpleaños, empujado a subirse a un avión con la urgencia que dictaban los tiempos y las circunstancias. Aquel año coincidía, como cada siete años, el día de mi cumpleaños con la fecha en que se celebra el Día del Padre en la Argentina, y yo, cuando volvíamos del aeropuerto sin él, invierno del 76, apretaba el cuello girándolo con fuerza hacia la ventanilla del coche para que nadie me viera llorar.

PUNTO Y COMA, EL QUE NO SE ESCONDIÓ SE EMBROMA

La vida en Buenos Aires a principios de los 70 era impredecible e intensa. Cambiar de colegio y de casa cada poco tiempo era nuestra constante familiar para no facilitar el trabajo al enemigo.

Una y otra vez me tocaba observar cómo mi madre, con dulzura y aplomo infinitos, me anotaba en alguna nueva escuela. “S-a-i-e-g-h”, deletreaba ella una y otra vez para que me inscribieran como nueva alumna.

Algunos entenderán a qué me refiero si digo que, ahora, soy feliz adentro de un aula. Y quizás algunos más sabrán de la alegría de enseñar la lengua propia a aquellos que la sienten otra. Sin embargo, no fue hasta los quince años cuando conocí a una profesora que marcaría con piedritas mi camino hacia las letras. Antes hubo muchas otras maestras y algún maestro. Antes hubo un tiempo en el que ir a la escuela era quedarse en un lugar extraño y extraviado, donde se formaba casi militarmente antes de entrar al aula cada mañana —tomar distancia, levantar el brazo, formar en filas perfectamente alineadas— y se izaba la bandera entonando de memoria más de un himno patrio (“no, no se puede ir al baño ahora, estamos en formación, aguántese”).

Yo ya desde antes jugaba a las maestras, sentaba a todos mis muñecos alrededor de la mesa chiquita que había en el balcón, protegido con tela de alambre por la imponente altura de aquel piso 20. A veces incluía en el elenco a mi hermano mediano, que entonces tenía dos años, le ponía una hebilla en el pelo y lo sentaba con los demás, entonces les dictaba: “mi mamá me mima/ yo amo a mi mamá/ muy bien 10/ felicitaciones”. Pero resultó que la escuela primaria no se pareció en nada al jardín de infancia. Ya no había más Sala Roja, Sala Azul ni Sala Verde, la de los de cinco años, la de los grandes, a la que yo quería ir siempre y en la que ya te enseñaban a atarte los cordones. La escuela primaria ya no fue como Amapola.

En primero y con guardapolvo tuve por primera vez un cuaderno Rivadavia, forrado con papel plastificado en relieve de tela de araña de color azul. Lo que más me gustaba eran las cajitas de marcadores blancos con flores de colores, en las que cabían los doce mini-rotuladores perfectamente colocados, con su caja de plástico negro y tapa transparente. Se sucedían los días de escuela, el día de la escarapela, los dibujos patrios —pinté el Cabildo de amarillo—, dibujé los conjuntos: tres cuadrados azules, dos triángulos verdes, este se queda solo. No me acuerdo mucho

porque ese año debí de ir poco a la escuela. Era 1974 y coincidió con nuestra primera salida del país.

Mi maestra de segundo grado tenía el rostro y las manos quemadas. Cuando había que hacer la ronda yo rogaba internamente que no me tocara al lado de ella, para no tener que darle la mano. Era una mujer joven y hasta bonita creo, pero tenía la piel tan delgada y arrugada que parecía papel de seda. Yo la percibía untada de algún tipo de talco (a día de hoy aún no sé qué era, pero su olor me resultaba desasosegante) y en cada nueva ronda sentía un susto tremendo de que ella me tocara. La escuela no era un lugar de pertenencia, aunque sí lo eran las canciones de ronda: “Anda Mónica, anda Mónica, moja el pan en la leche, anda Mónica, anda Mónica, moja el pan en la miel. ¡A bailar la *dancia* (sic), que se baila en Francia...!”. Casi lo único que me gustaba de la escuela era el carrito del mate cocido. Esos vasitos de vidrio con leche verde y dulce eran de las pocas cosas amables que me ofrecía aquel lugar. El cobijo estaba en casa, con mi madre, y cuando mi madre me llevaba agarrada de la mano, su mano firme y serena nunca, jamás, me apretaba y nunca me daba la mano del revés (ustedes saben de qué hablo, cuando te dan la mano al revés no se siente el cobijo, desubicado el pulgar, entrelazando el dedo equivocado).

En casa también las canciones marcaban los días. Eran tiempos convulsos y, durante muchas semanas, a la mañana mi padre entraba y me despertaba con las *Mañanitas* del rey David. Entraba antes de que yo me despertase con el pasacasete a pilas de funda de cuero negro, chato y apaisado, y me ponía la canción. Así fue como entre Nat King Cole y mi padre lograron que el lavarropas pudiera tomarse un descanso con mis sábanas cada día de la semana.

LAS JAULAS DE LOS CANARIOS NO PARECEN JAULAS,
PARECEN CASITAS

La escuela Juan B. era un colegio de doble escolaridad, no como los anteriores a los que había asistido, donde se iba o bien en turno de mañana o en turno de tarde; sin embargo resultó que

lo que parecía ser una mejor opción de educación fue recibido por mí como una condena a estar más horas de lo soportable en la escuela. Así que frecuentemente, a media mañana, me daba dolor de panza. Entonces, el director llamaba a mi tía, que era la que estaba localizable (supongo que mis padres no daban sus teléfonos ni sus domicilios al inscribirme en cada escuela, pero sí daban los datos de algún familiar) y ella, tan joven y amorosa, con su pelo negro largo y juguetón, con esa manera de hablar suya tan especial (era la novia del hermano de mi mamá y su acento no era el de la capital) venía a buscarme y así yo me salvaba. En su casa la panza ya no me dolía más, entonces me pasaba la mañana con ella, la ayudaba a hacer las tareas de la casa y, sobre todo, a limpiar la jaula del pajarito. Después, no sé bien cómo se enteraba, al finalizar la jornada mi mamá me venía buscar. La jaulita del canario guardaba toda mi libertad.

Cuando estaba por la mitad de tercer grado, justo antes de las vacaciones de invierno, fue cuando mi padre nos contó que nos íbamos a ir a vivir a otro país. En mi clase la maestra no tenía que saber nada de la historia del traslado, ya que era algo que no se debía contar bajo ningún concepto. Sin embargo, el último día que fui a la escuela, mi mamá tuvo que recoger junto con todas mis otras cosas un papel marrón y crema, impreso semejando un pergamino antiguo, donde todos —¡todos!— los chicos de mi grado y la maestra habían firmado despidiéndose de mí y deseándome mucha suerte en mi nueva vida. La clandestinidad de mi infancia era así, a media voz, dicha sin querer.

Mientras mi madre levantaba la casa, decidiendo qué hacer con cada cosa, qué llevarse, qué dejar —parte de los libros de contenido marxista fueron encomendados a mi tío materno, que de noche y con su auto iba dejando caer ataditos de libros prohibidos por las banquinas de la Panamericana, mientras mi abuelo, que era un hombre de carácter más bien conservador, ayudaba quemando el resto de la biblioteca comunista en la misma parrilla en la que se hacían los asados—, una de mis tías me llevó de compras. Recuerdo lo feliz que me hacía usar aquellos *jeans* de campana, hechos de *patchwork*, junto con mis sandalias blancas con plataforma de corcho.

Con esa indumentaria yo aterricé en Madrid. Se hubiera podido decir que en aquel verano Franco todavía seguía muy vivo, al fin y al cabo, solo llevaba ocho meses enterrado. En el colegio Z. me preguntaron incrédulos mis compañeros si era verdad que yo no estaba bautizada, a lo que siguió un razonamiento inapelable por su parte que acabó afirmando que en ese caso me podrían llamar como ellos quisiesen. Entonces jugaban a cambiarme el nombre a su antojo. No eran malos chicos, era solo que a mí me tocó ser el bicho raro. Creo que durante varias semanas o meses, no lo recuerdo muy bien, me rodeaban cerca del árbol que había en el patio y yo solo deseaba mantener la espalda pegada todo lo posible contra el tronco de ese árbol, endeble y urbano, que no era ni fornido ni protector, solo una esquina cerca de la valla fea y metálica del patio. Era allí donde lo gregario de sus “nosotros” se estrellaba contra mi “vos” transmutado en “tú”.

En el patio yo leía, la *Abeja Maya*, *Feliñuscan*, casi siempre ficciones en las que los protagonistas eran seres no humanos: gatos, perros, infantes de abejas. Así me guarecía. Además, había llegado al colegio otra chica argentina que hablaba con un ostentoso “sho-porteño” que se “shamaba” Alejandra, así que ahora la hinchaban a ella y a mí me dejaban en paz.

En el tocadiscos de casa sonaban los vinilos con las canciones de María Elena Walsh: “por dónde camina la hormiga Titina, la hormiga Titina, con una sombrilla de flor amarilla, ay que trastabi-i-lla; Titina no sigas, dicen las hormigas, dicen las hormigas: ¡de mala manera la araña te espera!, con una gale-e-ra...”. Sin duda era verdad, en cualquier parte puede acechar una araña.

No fueron muchos los meses que pasaron hasta que aprendí a disimular mi acento, perdí todas mis eses de “sine” y de “sapato” y me asimilé, muchos años antes de que las lecturas sobre multiculturalismo e interculturalidad se cruzaran en mis quehaceres profesionales. Desde entonces yo decido cuándo quiero que alguien pueda siquiera sospechar que “yo, en realidad, no soy de aquí”. Solo hay una circunstancia en la que ese *switch* automático e inconsciente se vuelve caótico, y es cuando, después de iniciada una conversación en “español”, mi interlocutor se descubre

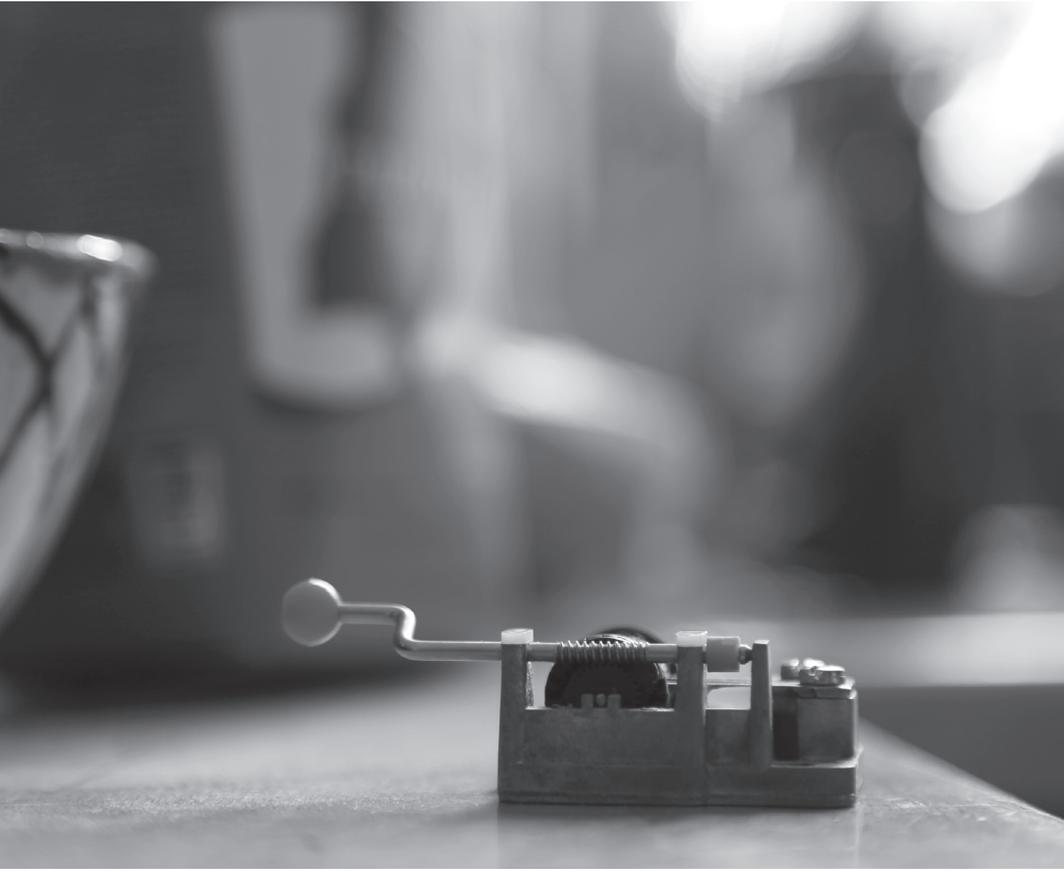
como argentino: es entonces cuando mi acento comienza a vacilar, como una brújula que se hubiera vuelto loca y no terminara de saber dónde está el norte.

La violencia en el lenguaje se esconde bajo ropajes sutiles. Recuerdo el impacto y el susto un día cuando mi profesor de tercero en España se enfadó mucho porque dije mal el resultado de unas fracciones y gritó: “¡porras en vinagre!”. Fue tal la imposibilidad de descifrar el mensaje que a mí aquello me sonó como una amenaza bíblica. Pero no era solo desconocer el lenguaje, aun siendo el mismo, también desconocía los códigos. Cada miércoles íbamos con el autocar del colegio a la piscina de Vallehermoso en Madrid y durante el viaje algunos compañeros cantaban “cuando Fernando séptimo usaba paletón, paletón” y para mi sorpresa siempre había algunos otros chicos que los mandaban callar por si podían oírnos... Yo no conocía las canciones y no entendía por qué estaba prohibido cantarlas, pero sí entendía su miedo y sus prevenciones. Por aquellos años no era infrecuente que unos desalmados te obligaran a cantar brazo en alto el *Cara al Sol* si te pillaban desprevenida por el metro, como le pasó a mi amiga S. El miedo no solo estaba en la Argentina.

Aquí en España todos los colegios eran de doble turno, los chicos pasaban el día entero escolarizados y dada la distancia entre mi casa y la escuela se imponía quedarse a comer en el comedor escolar. Aquello fue realmente difícil de aceptar, no solo me resultaban desconocidas las comidas, los sabores y los olores, sino que sentía verdadera repulsión por algunas texturas, aversiones sensoriales que perduran en mí hasta hoy. En concreto no podía tragar las natillas del comedor, que venían medio líquidas y gelatinosas con una galleta María marrón y reblandecida coronando orgullosamente la superficie de los cuencos de cristal barato y transparente en que las servían. Aquello y unos repulsivos huevos rellenos que temblaban como flanes eran una prueba por la que mi garganta no lograba pasar. Tras muchos intentos de negociación con Don Aurelio, el director, puesto que era imperativo comerse todo y no dejar nada en el plato (para otras viandas algunos de mis compañeros habían desarrollado habilidades

inconfesables como envolver raudos las croquetas y otras cosas en servilletas y metérselas al bolsillo, pero ni aquello servía con las texturas gelatinosas y líquidas ni yo era tan valiente como para desobedecer ni engañar a Don Aurelio), mis padres se enternecieron y resolvieron turnarse para venir durante casi un curso entero a comer conmigo en el bar de menú que había a la vuelta del colegio, bar de “laburantes” que incorporaba ahora al paisanaje a una niña feliz durante una hora y media. Tras aquellas treguas yo estaba en condiciones de volver a la escuela. Son esos actos de amor los que nos salvan.

Ahora me dedico a acompañar a quienes quieren aprender y aprehender la lengua, a quienes desean descubrir qué de uno hay en la lengua y en las historias de otros. Yo no sé por qué jugaba a las escuelas. Ahora soy profesora.



Inventario de pérdidas

*El hilo de la infancia
tiene muchos hilos dentro.
Se confunden en los animales grandes,
se tejen y destejen
una y otra vez. Quién sabe si mirándolos
no dejamos de verlos. Ese país
nos pertenece tardíamente.*

JUAN GELMAN, *Valer la pena*

O DE CÓMO EL MANÍ CON CHOCOLATE DEVINO EN CONGUITOS

En doce horas de avión el pebete se hizo medianoche, las medianas cruasanes, la manteca mantequilla, las frazadas ahora son mantas; la crema se confunde con la nata, no existen los submarinos. Nadie merienda chocolatada y yo no recuerdo el anuncio del Cola-caó. Mis abuelas viven en otro tiempo: cinco horas menos significan que allí duermen cuando yo voy a la escuela, que aquí es el cole. Ya no voy a tercer grado sino a tercero, no hay maestra pero tengo profe, aquí no usan guardapolvos. Mi mamá es mi madre, y aquí ya no es acá.

Acá usaba guardapolvo y no me gustaba que mi mamá prefiriera el guardapolvo más reo de botones adelante frente al guardapolvo tableado en el pecho y con moño atrás (con lazo) de las niñas. Mi mamá hubiera querido que yo saliera más rea, pero yo soñaba con el disfraz de Rosamunda que finalmente logré que me regalaran por mi noveno cumpleaños.

Las canillas ya no dan agua porque sale de los grifos, no se puede jugar a la ronda porque lo que se hace es un corro; el veoveo es con letras y no con colores. En la tele no dan más *Meteoro* y los adultos lloran viendo cómo los sábados a las tres de la tarde Marco busca a su mamá. No hay ravioles ni “sánguches” de

milanesa, las papas fritas no vienen a caballo, pero sí hay Postre Royal de chocolate así que puedo seguir haciendo mi adorada torta (que ahora es tarta) de galletas con chocolate. Casi todas mis compañeritas nuevas del cole se llaman María de primero, como las galletas que toman en lugar de Chocolinas. A veces me mandan un *Billiken* de Buenos Aires, pero ahora alterno *Esther y su mundo* con el *Manual de los Jóvenes Castores*. No es lo mismo leer *Billiken* en Madrid. Ya no me gusta.

Aquí no hay mamaderas para mis muñecas porque tienen biberones y yo juego más con la Lesley que con la Nancy; aquí no hay Mantecol. Los durazos son melocotones y nunca el frutero te explica si son priscos porque no lo puede saber. Los boletos rosados del subte son más lindos que el billete de cartón del metro, al menos durante los primeros meses. Aquí no hay queso hilo.

Las valijas que transportaban nuestra herencia y nuestra historia se abrieron aquí como maletas y todo fue ya otra cosa.

Los viernes en la casa de mi abuela Sarita se comía a la noche comida “turca”, pero aquí en Madrid no hace ni un año que se murió Franco y no venden *kebbes* ni tampoco “lajmayín” (quién sabe cómo diablos se escribe *lahmajin*). Ya no puedo jugar a separar con mis dedos los hilos de la madeja del blanquísimo queso (*shelal* se llama, dicen). Jugaba a ver cuál era el hilo más fino que podía separar entre las hebras antes de llevarlo a la boca desde arriba, largo y colgando como un espagueti, el ambiente impregnado con el olor del *zaatar* en el centro de la mesa (esa mezcla indescifrable de especias de la cocina sirio-libanesa que une semillas de ajonjolí, comino, sésamo, tomillo y otras cosas y que varía de unas fórmulas a otras como lo hacen las buenas recetas). De todos modos, tampoco se puede comer en España a la noche, porque aquí a la noche solo se cena y se dice *por* la noche.

“Pan con manteca, manteca con pan, tecapán con man, manteca con pan”. Mi último cumpleaños allá lo festejé con algunos primos e hijos de amigos de mis padres, compañeros de militancia. Mi madre tenía 29 años. En la locura de levantar la casa y organizar el destierro, de la mano de dos hijos y un destino incierto, no dudó en no ceder y defender ese cumpleaños donde unas animadoras infantiles nos hicieron jugar con los ritmos del

lenguaje cantando una y otra vez esa canción. Aun hoy resuena aquel golpeteo sincopado de la música.

EL VALOR DE LAS PALABRAS

Las facturas del teléfono significaban más de una vez un pequeño drama económico familiar, pues cuando llegaban esas facturas terribles, inapelablemente abultadas, mostraban en toda su crudeza la imposibilidad de la conversación si esta debe ser breve, urgida por el reloj y por el conteo de los minutos transcurridos. Cómo constreñir a lo telegráfico las palabras necesarias para explicar a un hermano cómo te las estás arreglando en Madrid, o cómo cortar una conversación cuando la voz de tu madre te está rescatando de un abismo. Aquellas conversaciones de los adultos eran toda una coreografía de palabras escogidas y de mensajes implícitos, de frases no dichas, de intentos de no preocupar en exceso al del otro lado, de saber del otro, de contarle y al mismo tiempo de cuidarlo. A veces se llamaba desde una cabina, pero el caer ruidoso de las monedas apremiaba más, si cabe, la dificultad de la comunicación. En aquellos años era información de primer orden, dato valiosísimo que corría entre la colonia, saber de las cabinas estropeadas desde las que se podía hablar gratis. Íbamos en coche, a veces hasta barrios ignotos de Madrid, y aparcábamos cerca, sin levantar sospechas, manteniendo una cola invisible de turnos para hablar, y ahí, sin poner monedas, los adultos podían hablar con su mamá o con su hermano sin andar midiendo cuánto costaba cada repetición del “—qué tal/ —bien” y “—¿Y qué tal?/ —Y... bien, ¿y ustedes?/ —Y... también bien”. ¿Cuánta vida cotidiana cabe en una frase dicha al teléfono cuando el tiempo apremia?

Otra cosa eran las cartas. Por avión, aclaraban los sobres. Llegaban a un apartado de correos de una oficina postal de Arturo Soria que mis padres abrían, anhelantes puedo imaginar, con una pequeña llave. Mi abuela Sarita me escribía cartas largas, como se les escribe a los adultos, no me hablaba con lenguaje simplificado como a los chicos, me hablaba directo a mi entendimiento de todas las situaciones difíciles, pero también gratas, por

las que atravesábamos. Me contaba cosas de ella, me preguntaba por las cosas importantes. Papel de seda, papel calco, papel de carta. Letras y caligrafías reconocibles sobre ese papel translúcido y casi ingrávido que llegaba envuelto en sobres de cenefa celeste y blanca. Las cartas que yo escribía a mis abuelos maternos, Clara y Carlos, empezaban invariablemente con las palabras “queridos mami y yeide” prolijamente contorneadas con buena letra escolar, si bien nunca supe cómo se escribía *zeide* porque para la herencia fonética de la infancia la ortografía es absolutamente prescindible. Mi reducidísimo ídish la había incorporado pronunciada como “sheide” y así se quedaría. Las cartas no podían traerme la dulzura con la que pronunciaban “íngale” o “kétzale” cuando nos daban mate de leche a los nietos después de la siesta, ni el tacto de pelar las cáscaras finas y rojizas del maní tostado que hacía mi abuelo en verano tras manguerear un poco el patio del conventillo de su casa de Olleros, pero ayudaban a anclar el recuerdo del color amarillo cremoso de la espuma que creaba mi abuela haciendo café batido. Al volver de la escuela, muchas veces el ómnibus escolar me dejaba en su casa y ella me esperaba batiendo en una taza unas cucharadas de café Dolca instantáneo con bastante azúcar y una pizca de agua. Llevaba su tiempo lograr la emulsión clara y firme que después, al ser vertida en cucharaditas en otras tazas y tras añadirle leche, se transformaría en un café con leche cubierto de una densa capa de espumita *beige* que los nietos tomábamos como quien toma un dulce. Se diría que, en ese lapso de transformación del negro del café al blanco de la espuma batida, que cuanto más se batía más blanca se ponía y más crecía en volumen, se obraba la magia prodigiosa de un tiempo y un lugar que aseguraba que allí, al amparo de ese amor, nada malo podía pasar.

ALZAR LA VOZ PARA CANTAR

La infancia está poblada de canciones y el hiato entre las canciones de allá y las de aquí nunca estuvo muy claro, puesto que mis padres gustaban de cantar con voz firme, cuando íbamos de viaje

en el coche, las canciones republicanas españolas que aquí ya casi nadie cantaba (“el ejército del Ebro, rúmbala-rúmbala-rumbamba, una noche el río cruzó, ay Carmela, ay Carmela..., pero nada pueden bombas, rúmbala-rúmbala-rumbam-ba, pero nada pueden bombas, donde sobra corazón, ay Carmela, ay Carmela”). Probablemente así se construyen las subjetividades, porque ahora pienso que cantábamos sobre nosotros mismos. Defenderse y defender los derechos del hombre y luchar contra el fascismo no se cifraba en consignas, sino en actos. (“Madrid qué bien te guardan, madre —sic— qué bien te guardan los milicianos, los milicianos...”). Esa lucha se inscribía también en lo revolucionario que era cantar en Madrid, en el exilio, el *Gracias a la vida* de Mercedes Sosa (“gracias a la vida, que me ha dado tanto, me ha dado la risa, y me ha dado el llanto”). Una voz como elaboración de duelo para no enquistarse en la nostalgia.

La consigna que eligió el Instituto de Medicina del Trabajo, fundado en 1973 en Buenos Aires y que mi padre dirigió durante algún tiempo, decía: *para que el hombre vuelva a cantar mientras trabaja*. Y los trabajos de la memoria también hacen su camino. Uno de los juegos preferidos de mi padre con nosotros, sus hijos, era en torno a una canción. Se empezaba por ir al cajón de las medias (calcetines aquí) y arramplar con unos cuantos, que solían estar enrollados por pares bien apretados, como bolitas. Entonces, sentados en círculo y sosteniendo cada uno un calcetín, se empezaba a pasar la media al compañero de la derecha al ritmo de la canción, cantando bien fuerte a coro y cada vez más rápido: “vos naciste atorrante y pelandrón / y tendrás que laburarla / con el pico, con la pala, con el piqui-piqui-pún”. El juego consistía en que en el último pase se repetía el movimiento adelante y atrás antes de soltar la media, sin equivocarse. El ritmo nos invadía golpeando fuerte con la media y la mano en la mesa o en el suelo, la velocidad aumentaba y cada vez era más difícil no equivocarse. Nos matábamos de risa y seguimos jugándolo en Madrid, siendo ya tres hermanos. El que se equivocaba perdía.

Hace muy pocos meses fuimos con mi padre a la Quinta Los Molinos, un parque muy hermoso de Madrid que se llena de flores en el final del invierno, cuando florecen los almendros. La

idea era dar un paseo, pero el Párkinson avanzado de mi padre no lo ponía fácil. En un momento se nos ocurrió cantar en voz alta el *vos-naciste-atorrante-y pelandrún*, y durante unos instantes el ritmo se internó en el andar de mi padre sustituyendo las órdenes neuronales a los músculos por un impulso motor más allá de toda racionalidad. Hay una memoria diferente para el paisaje sonoro que nos constituye, dicen. La palabra-dicha nos salva. Pero perdimos como en la guerra.

Habitar las palabras

[...] *en aquellos prolongados lamentos [...] les llegaba la furia, el desamparo y la desesperanza de sus propias vidas. Era el lobo, el lobo que merodeaba en torno a los lejanos días de su infancia, era el lobo que se acercaba a las cabañas, a los poblados, en la noche de los niños. El grito largo, tenebroso, del miedo que nunca pudieron arrojar de su memoria ni de sus sueños.*

ANA MARÍA MATUTE, *Olvidado Rey Gudú* (1996)

La mayor parte de los acontecimientos son indecibles y tienen lugar en un ámbito en el que jamás ha penetrado palabra alguna.

R. M. RILKE, *Cartas a un joven poeta* (1903)

FITOTOMÍA PARA PRINCIPIANTES: CLANDESTINIDAD DE LAS FLORES

Indagar sobre la anatomía de las plantas permite descubrir otras maneras de estar en el mundo. Enraizar, transplantar, transterrar, cambiar la tierra. Echar raíces, abonar, inundar. Brotar, florecer, marchitarse. Permanecer en estados latentes. Solo expuestas a determinadas condiciones las plantas florecen y los frutales son fecundos. Otras veces solo sobreviven.

Los camalotes de los cuentos alojan sus raíces en el agua del río conformando territorios móviles (¿quién dijo que no hay plantas viajeras?, hasta a veces sobre sus islotes viaja fauna como en chárter). Hay plantas trepadoras, carnosas, carnívoras. Las rocallas se abren paso en las grietas de la piedra y los valles inundados solo se descubren fértiles cuando se retira el agua. Los

bulbos esconden flores clandestinas que están-pero-no-están, y su estar es fugaz. Se diría que quienes aprendimos a no mostrarnos somos promesa de estar, sin embargo, hay que tener grandes dosis de paciencia para dar con nosotros. A mi hermano pequeño Aitor le gusta ir a encontrar setas, hallazgos que traen a la superficie el misterio de lo que está debajo de la tierra, lo que no se ve pero está, latente, esperando las condiciones propicias para mostrarse. Mi hermano menor lleva su nombre vasco junto al nombre de guerra de mi padre: con él mi familia enraizó en España. “Qué lindos tenés los malvones. Qué bonitos te crecen los geranios”. Las raíces están vivas y levantan mi casa de Segovia, el bosque de pinos reclama su espacio, colapsa las tuberías y remueve las piedras del porche. Las encinas tejen debajo de nosotros su textil vegetal y sacan las cosas de quicio, las puertas se desencajan. En mi casa alquilada de fin de semana cuido los árboles y los rosales que plantó su propietaria: un peral que no prospera, un manzano que florece pero que no da fruta, un melocotonero que apenas sostiene sus finísimas ramas. En la quinta de Pacheco mi padre plantó limoneros, lo recuerdo cavando en la tierra y apretando con fuerza los terrones, la pala enorme en la mano, para que enraizaran robustos aquellos frutales que nunca vería crecer. En mi balcón de Madrid hay un roble en maceta, un pino y un limonero. Los tres germinaron de la mano de quien me acompaña en la vida, quizá sea él la tierra fértil.

En la quinta de Pacheco armábamos con mi mamá verdes casitas vegetales hechas con aquellos diminutos yuyitos pegajosos que nunca más he vuelto a encontrar en España, velcro natural adherente y mágico, tan diferente de las espigas que se clavan en los cordones de las zapatillas y en las medias. Con ellos mi madre construía perfectas casitas cuadradas, con su tejado a dos aguas y su puerta, primero haciendo las planchitas para las paredes, uno al lado del otro los yuyitos, no más grandes que un meñique infantil, hasta tener una superficie cuadrada y uniforme que luego se uniría con solo acercarla al lateral de la otra pared, haciendo ya de esa esquina un espacio habitable. Me encantaba observar cómo recortaba los sobrantes con las puntas de los dedos y, cuando le ponía el techo y quedaba lista y en pie, yo

tenía la sensación de que habría podido vivir allí adentro, rodeada de aquellos muros verdes y acogedores.

En el Botánico de Madrid se cayó un cedro centenario. Mi padre recogió algunas rodajas, tan grandes que casi no se podían levantar del suelo y las llevó a su territorio de esculturas. Yo atesoró ahora en casa una fracción de aquel árbol que se asemeja a un cuarto de hora de madera.

TERRITORIOS APROPIADOS

Cuentan que yo me pasaba el día jugando a hacer paquetitos, agarraba cualquier trapito, pañuelo o servilleta, y envolvía y envolvía, seguramente porque había visto siempre a mi madre empaquetando todo para cada mudanza: Cangallo, Aráoz, Vicente López, Canning y Las Heras, la quinta de Pacheco, Echeverría y Obligado, y en Madrid, Torre Renta, Eladio López Vilches, el Pinar. Una casa tras otra y en cada una nunca faltó algún detalle que transformaba la vivienda en un territorio propio y con historia.

Ya de grande apenas me he mudado, aunque escapo a la casita del bosque siempre que la angustia me ronda. A mi bosque de Segovia vienen en bandadas unos pájaros de origen incierto, los rabilargos, hermosos pájaros de colas azules. Aparecen en las primeras horas de la mañana, siempre en grupo, en una coreografía de largas colas celestes; bajan hasta el suelo, recorren la parcela de pino en pino, reconocen el terreno buscando algo para comer y se van. No es frecuente verlos. Dicen que una de las características de esta especie es su peculiar forma de criar, en cooperativa. Unos adultos ayudan a otros a criar una temporada y durante el ciclo siguiente otra pareja les devuelve solidariamente el favor. Igualmente, adoptan a los pollos huérfanos de otros padres e intentan rodearse de otras especies que les resultan amigables, como ruisiñores y lavanderas, para sentirse más seguros. Su enigmática distribución en la geografía mundial estimula la fantasía de compartir un exilio, pues solamente habitan en dos regiones del planeta extremadamente alejadas entre sí, la otra de ellas en el extremo

oriente de Asia, separada del centro y sur de la Península Ibérica por más de ocho mil kilómetros de distancia. Con todo, parece más acertada la Teoría del Refugio, que propone que tras las glaciaciones hallaron refugio en aquellas zonas que se mantuvieron cálidas y húmedas. Quizá muchos de nosotros, como colonias de argentinos buscando no morir en la glacial y mortífera dictadura, aprendimos a cuidarnos unos a otros, anidando y conformando una comunidad de transterrados aquí en Madrid.

El hecho de cambiar de domicilio y de escuela tan frecuentemente para hacer más difícil que nos localizaran hizo que mi paisaje familiar más reconocible fuera el del desplazamiento. Cambiaban los muebles, cambiaban las cortinas, las fachadas, los barrios, las vistas desde las ventanas, la altura del piso en que vivíamos. Durante años, hasta hace muy poco, en mi casa de Madrid movía los muebles y redistribuía la casa cada cinco o seis meses. Volví loca a mi familia porque cuando los chicos volvían del cole estaba todo cambiado, el mundo dado la vuelta. Con los años estoy aprendiendo a no marearme cada vez que me subo a algo que se mueve.

Nuestra primera salida del país fue en 74 y fue en avión. Los acontecimientos aconsejaban salir temporalmente de la Argentina y, aprovechando que a mi padre lo habían invitado a un congreso de medicina en Venecia, los cuatro estuvimos deambulando por Europa en un viaje que duró más de lo previsto. En Venecia, en la plaza San Marcos, a mi hermano y a mí nos compraban cucuruuchos de papel con maíz seco para dar de comer a las palomas y él, según le daban el paquete en la mano y desde su cochecito plegable modelo paragüitas (toda una innovación para la época) lo volcaba sin contemplaciones sobre el suelo de la inmensa plaza para regocijo de los pichones. Siempre escuché contar que con cada nuevo cucurucho que le compraban y que no duraba en sus manos más allá de unos segundos (“cento lire”, repetía el vendedor) la vida nos daba una nueva oportunidad. En una de las paradas del viaje, en Zurich, en plena noche y lloviendo, él tuvo un fortísimo ataque de asma, que se le pasó en brazos de mi padre caminando largamente los dos bajo la lluvia mansa y fría. Mi madre y yo caímos dormidas, agotadas del viaje. La penúltima parada fue en Francia, adonde ya se habían exiliado unos de mis tíos después de que un taxista

colaboracionista los delatara y los depositara inopinadamente en una comisaría de Buenos Aires. Afortunadamente al poco lograron salir, pero nunca más volvieron a fijar su residencia en la Argentina. El final de nuestro viaje pasó por México, donde mi madre y sus dos hijos nos quedamos alojados en el altílo de la casa de una conocida, anterior esposa de un buen amigo poeta. Allí quedamos los tres a la espera de tener noticias de mi padre, que se había adelantado para volver primero al país y organizar una reentrada con cierto nivel de seguridad. Los días en México DF pasaban lentos y plácidos para los dos niños que éramos, íbamos a ver los pájaros del Parque Hundido, tomábamos solcito en las veredas y comíamos choclos hervidos en la calle. En los momentos de quietud, mi madre nos leía cuentos y esperábamos así saber cuándo podríamos regresar. Cuando por fin pudimos volver a Buenos Aires, ya no volvimos a nuestra casa en la ciudad. Al principio estuvimos varias semanas en una hostería en el sur donde a la mañana olía deliciosamente a sopa de verduras casera. Mi madre vivía pendiente del teléfono público desde el que mantenía conversaciones en clave con mi padre. Por fin, una vez más cambiamos de domicilio, pero esta vez a una quinta en Pacheco que los hermanos de mi padre habían ayudado a encontrar. Allí críe a mis gatos bebés, acariciando de noche los pequeños huesos de sus cráneos, tan redonditos debajo de sus orejas peludas y suaves; allí se perdió mi tortuga debajo de una inmensa pila de troncos talados. Mi madre tomaba mate y usaba poncho mientras estudiaba y mi padre arreglaba el tanque de agua cuando se desbordaba. Sonaba al fondo Zitarrosa y las reuniones de militancia y la actividad política eran intensas en casa, mientras mis gatos crecían y al poco se perdían. Al cabo de unos meses volvimos a alquilar un departamento en Buenos Aires y a la quinta se le restituyó su función de casa de fin de semana. Yo volví a ir a la escuela.

HABITAR LAS PALABRAS: CONJURANDO EL MIEDO

Yo me hacía pis y dibujaba “siduas” compulsivamente. Las “siduas” eran tenebrosos paisajes llenos de gruesos y violentos trazos

oscuros que nadie acertaba a interpretar. Y empezaron las consultas con terapeutas, compañeros de militancia también por imperativo de las coordenadas históricas. “Nadie puede saber cómo te llamás, nadie puede saber en qué trabaja tu papá”, hablar por demás era deporte de riesgo y, sin embargo, allí estaba ella, la plastilina, presta a ser interpretada a pesar mío: “¿Ves?, esta plastilina amarilla es el pis y esta roja es la rabia”. Cambiaba de analista casi tan frecuentemente como cambiaba de casa y de escuela, pues ellos también iban cayendo o se iban yendo del país.

Cuando me quedaba a dormir en la casa de mis abuelos me armaban una camita en el suelo a los pies de su cama, ni pensar en estar lejos o en otra habitación. Mi abuelo se levantaba a las cinco menos cuarto de la mañana y se iba a la fábrica, a la curtiembre. A la tarde dormía la siesta, no sin antes contarle a alguno de sus nietos el cuento del “Pastorcito Mentiroso”. “¡Que viene el lobo...!!”, decía, impostando la voz del pastorcito. Todos sabíamos que a la casa de mis abuelos ningún lobo podría llegar porque allí estábamos blindados por la normalidad de la vida cotidiana, aunque la lección hacía su efecto: poca broma con el miedo.

Con los años me aficioné a los cuentos de hadas, aun así nunca me dio mucho miedo ningún lobo, a diferencia de las ondinas, que roban bebés recién nacidos. Cuando con casi treinta años a estuve a punto de no querer salvarme porque las tinieblas habían venido a visitarme, fueron las hadas y los tragos de Olvidado Rey Gudú quienes acudieron al rescate; algo intangible late en la palabra contada. ¿Cómo se habita en los libros? Adentro de los poemas conjuré mis miedos infantiles y con los cuentos de hadas me salvé del abismo, ellos conforman territorios interiores tan reales que podríamos quedar atrapados dentro. Recorrer la distancia que nos separa de nuestro discurso y nos introduce en la palabra de otro es un camino siempre arriesgado, nada asegura volver indemne al punto de partida y ni siquiera el deseo de volver queda asegurado, pero si logramos regresar aparecemos de vuelta menos solos, menos perdidos.

De entre los libros troquelados, delgaditos y de forma silueteada que vendían en los quioscos, *Ricardita, la enfermera* era uno de mis favoritos. Aquella niña de cabeza grande y ojos inmensos, dibujada ocupando toda la portada, me inspiraba para afirmar

que yo de grande iba a ser la secretaria de mi papá. Resultó que al llegar a Madrid el único trabajo que mi padre pudo conseguir fue haciendo avisos médicos a domicilio, para lo cual íbamos a veces los dos a hacer los avisos en el auto que había comprado de segunda mano, sentada yo en el asiento del copiloto guiándolo por las calles de Madrid con el grueso libro-mapa del callejero de la ciudad. Increíblemente, la misma que se pierde hasta en el barrio propio al día de hoy, era infalible cantando las calles a derecha y a izquierda cuando recién acababa de cumplir los ocho años: callejero página 87, H-5, ahora hay que tomar la segunda para allá, después seguimos todo derecho. Los avisos llegaban a una centralita y yo esperaba abajo, en el coche, a que terminara de hacer la visita. Por aquel entonces habíamos ido a vivir a una casa que estaba enfrente del economato de la Marina y yo, por fin, me había hecho una amiguita. Sus padres se ofrecieron muy amables a llevarme con ellos una tarde, a lo que mis padres accedieron sin imaginar el destino de aquel paseo inocente: me llevaron a conocer el Palacio de El Pardo, residencia del difunto Franco.

Los 70 fueron acabando, se legalizó en España el Partido Comunista y mi niñez de helados de dulce de leche en Freddo-Freddo (que eran la modernidad frente a los cortes de nata y fresa, nada de chocolate, que se encontraban por todas partes) fue cediendo espacio a una preadolescencia que me enfrentaba a mis inhibiciones. Intentaba estar a la altura de las clases de expresión corporal a las que asistía, pero tampoco hablar con el cuerpo resultaba fácil. Aunque habría deseado ser Isadora Duncan, solo de a ratos sentía que podía expresarme con libertad. Poco a poco los 80 se impusieron, contagiando la potencia de sentirse parte de la construcción de un país nuevo: manifestarse contra la OTAN con quince años, ir a escuchar a Víctor y Ana al Palacio de Deportes de Madrid, corear a gritos *La muralla* y volver de madrugada tras comer esos sorprendentes bocadillos vegetales de zanahoria rallada que se vendían por la calle, cuando antes aquí todo era pan con chorizo y jamón cortado grueso.

Las palabras de la Resistencia de la Argentina de los 70 se fueron transformando en fragmentos de resistencia en la lengua:

ser cana, botonear, batir, la ensalada de letras de la JP, la JTP, el ERP, fueron dejando lugar a *lechera, madero, rojo, ir al talego...*

Cantaba Mercedes Sosa aquí por las Madres de Plaza de Mayo con letra de Violeta Parra: “*el canto de ustedes que es mi mismo canto*” y el auditorio se venía abajo de aplausos.

UN INMENSO PERRO NEGRO

Para 1974 hacía ya algún tiempo que mi padre había pasado a ejercer su lucha en el ámbito de la política. El ambiente era convulso, a mediados de año había ocurrido el incidente de la expulsión de los jóvenes de la izquierda peronista de la Plaza de Mayo y mi padre había dejado la dirección del Instituto de Medicina del Trabajo —que promovía una medicina del trabajo al servicio de los trabajadores— para asumir el decanato de la Facultad de Medicina. Un año antes, en 1973, había nacido mi hermano Santiago, el mismo año en que el negro S., el “Chango”, había estado en los sucesos de Astarsa en Tigre. Nadie cantarían años más tarde con voz tan hermosa como la del Chango “*un amor que regresa es pan de oro en la mesa*”. El Chango y Hebe y su conjunto de música, los Huerque Mapu, eran de esas figuras familiares que andaban siempre por casa. Los compañeros de militancia eran una constelación familiar donde los hijos compartíamos tardes de juegos mientras los adultos decidían en alguna habitación cercana cada siguiente movimiento. Mis juegos eran con las hijas de R. y era lo normal que mi padre saliera de casa llevando siempre un maletín blindado. A veces algún compañero con nombre supuesto se quedaba a pasar la noche y yo acababa preguntando “Y este, ¿qué negro es?”. Recuerdo haber ido con mi mamá y mi hermano, un bebé, al aeroparque a despedir a mi padre cuando se fue a Jujuy, si bien yo en aquel momento por supuesto no sabía nada de las condiciones de trabajo en la mina Piriquitas, ni de los sueños de ahogo asociados a enfermedades pulmonares que hablaban del daño a la salud física y mental de los trabajadores, donde soñaban repetidamente con un inmenso perro negro que se les apoyaba en el pecho y no los dejaba respirar.

Años después, cuando venían el “P” o el “gordo R.” a Madrid y cocinaban ñoquis, con los médicos amigos del Sindicato del Tabaco, con los compañeros del IMT o los sindicalistas, yo escuchaba desde la mesa, desde el sofá, desde la cocina, a los nueve, a los doce, a los catorce, hasta la madrugada, juntando pedacitos del rompecabezas, porque en el relato de los otros estaba mi relato: de dónde veníamos, qué tipo de lucha era aquella que nos había traído hasta aquí. Se diría que seguimos juntando piezas del rompecabezas, fragmentos de palabra heredada que dar en herencia. Porque la pregunta no se cierra: ¿cómo transmitir la experiencia?, ¿cómo actualizar la memoria? Solo podemos afirmar que no somos el resultado de un trauma, sino gente con historia intentando apropiárnosla. Quizá lo vamos logrando así, a fognazos.

RANITA DE ORO

*La ranita de oro
se quiere comprar
un velero blanco
para ir al mar.*

*Porque está cansada
de tanto nadar
en el agua dulce
por el pajonal.*

*Le contó un día
el pescador
que hay un lago grande
con un blanco mar.*

CODA

Convocaciones: hacia una repolitización del exilio

CAROLINA MELONI GONZÁLEZ

En su exilio está al abrigo, no puede ser expropiado de su exilio.

JEAN LUC NANCY

Existe una larga y compleja tradición filosófica en la que se ha intentado pensar, comprender y resignificar la idea del exilio. Desde sus orígenes griegos, esta figura política, o más bien *pena* sobrevenida desde lo político mismo, ha sido siempre abordada desde la lógica de la desapropiación, del castigo ontológico. En este sentido, su efectividad reside en condenarnos a una existencia vaciada, olvidada, alejada de lo más íntimo, de lo más propio, esto es, de nuestra comunidad de origen. El exilio, por tanto, no es ni puede verse como un fenómeno subjetivo ni individual; se trata, por el contrario, de un acontecimiento político que afecta siempre a los vínculos y lazos que mantienen unida a una comunidad; lazos que nos arraigan, que nos hacen pertenecientes a dicha comunidad. Por ende, abordar el exilio supone asumir que estamos siempre ante una figura de la desestructuración, de la desapropiación y del quiebre. No es casual que para la tradición griega, el ostracismo fuera junto con la pena capital las dos condenas más terribles que podía sufrir una persona. Y que autores célebres en sus estudios y análisis sobre el funcionamiento de los campos de exterminio, como es el caso del Giorgio Agamben, vean en el exilio una modalidad del llamado estado de excepción. El sujeto exiliado quedaría de esta manera suspendido en una tierra de nadie, situado fuera de

la comunidad y de la *polis*, condenado a habitar ese territorio hostil en el que, tal y como afirmaba Aristóteles, solo moran las bestias y las divinidades. Ser un exiliado, por tanto, supone asumir ese castigo, esa desolación y soledad inmensa que sobreviene cuando nos han quitado la tierra y el mundo.

En un bello y escueto texto del filósofo francés Jean-Luc Nancy, titulado “La existencia exiliada”, encontramos una genealogía de esta inquietante figura político-existencial que merece nuestra reflexión. A la luz de los procesos migratorios contemporáneos, de los numerosos regímenes de expulsión y deportación que se vislumbran en el horizonte europeo, Nancy nos insta a retomar la figura del exilio para cuestionarla, deconstruirla e, incluso, resignificarla. Son tres, según el autor, los modelos que han marcado la forma de entender el exilio y el desarraigo en la tradición occidental: por una parte, tenemos el modelo griego, en el cual se dan paradójicamente dos acepciones contrapuestas. Estaría el modelo odiseico del periplo de Ulises, que finaliza siempre en un ansiado regreso al hogar perdido. Se trata del viaje heroico, plagado de desventuras, adversidades y desdichas, para retornar al hogar y al seno de nuestros seres queridos. Por otra parte, tenemos la idea política del ostracismo, entendido como un castigo sobrevenido a aquel ciudadano que habría traicionado la vida en común de la *polis*. Esta última acepción es la que sería retomada por la tradición romana, en la que el exilio deviene *deportatio*, ese inquietante concepto del derecho romano, para el cual el retorno ya es imposible y en el que vemos claras similitudes, como afirma Nancy, con la *Shoah*, siendo el exilio una modalidad del exterminio. La deportación es la radical expulsión y conlleva la acción violenta de arrancar a una persona o grupo social de su lugar de origen. Por último, la tercera acepción que analiza Nancy es aquella que denomina “la dialéctica del exilio”, esto es, el modelo cristiano que introduce la idea de un pasaje negativo pero necesario hacia la redención del alma. En este modelo, es importante recalcar que el exilio es siempre transitorio y es un paso cuasi obligatorio para la salvación. Es, por tanto, dialéctica, porque esa negatividad que va aparejada al exilio, esconde en su seno una síntesis positiva: solo si el alma emprende el alejamiento, encontrará el camino de retorno.

Amparada en estos conceptos, e intentando de alguna manera cobijarme en ellos dada mi formación filosófica, acepté la propuesta de Marisa González para intentar pensar nuestro exilio: el desarraigo sufrido tras la última dictadura militar en la Argentina cuando aún éramos niñas y adolescentes. Siento, ahora con el paso del tiempo y una vez que hemos finalizado el viaje emprendido, que dicha propuesta surtió en mí el efecto de una verdadera *convocación*. Se trataba, en definitiva, de convocar el exilio, esa experiencia de la desapropiación, de desposesión que las tres habíamos vivido de maneras distintas y desde historias completamente diferentes. En esos tres mundos o universos paralelos, que al iniciar este proyecto apenas se conocían, numerosas similitudes y semejanzas comenzaron a emerger. Las tres estábamos atravesadas por esa *deportatio* que cargábamos silenciosamente cual deshonrosa pena; las tres nos hemos radicado en una ciudad como Madrid, adoptando ciertas cadencias, modismos y costumbres que nos hacían reconocibles. ¿Cómo convocar, sin embargo, aquello que es en ocasiones indecible, indigerible, inenarrable? ¿Qué tipo de convocación era esta?, ¿acaso es posible resignificar, reapropiarse de esa herida?, ¿cómo pensar, transvalorar, rescatar el sufrimiento desde una perspectiva diferente? Y, fundamentalmente, ¿qué tipo de hermandad puede surgir allí donde lo que nos une es aquello que siempre nos ha desunido, desligado del mundo?, ¿seríamos acaso capaces de contar, de rememorar, de testimoniar sobre nuestros exilios?, ¿cómo se vive, se cuenta una experiencia de la desterritorialización?, ¿qué palabras, metáforas o alegorías podemos utilizar para semejante tarea? Y, fundamentalmente, ¿cómo hacerlo desde esas controvertidas figuras como son la infancia y la adolescencia? Si, ya desde la propia tradición griega, la *infantia*, designaba esa incapacidad de hablar; y el *infans* aparece como aquel que no posee las palabras adecuadas para expresarse de forma correcta, era más que probable que nuestra propuesta no tuviera ningún significado digno de ser transmitido y contado. El niño, pero también el adolescente, suelen ser situados dentro del pensamiento político, allí donde los griegos localizaban al bárbaro, esto es, al *a-logos*, aquel que se encuentra más allá de las fronteras del *logos*, de la lengua y de la racionalidad

y, por ende, de la *polis*. Y si, tras las fronteras de la comunidad político-lingüística, no hay comunidad posible, ¿qué tipo de pertenencia puede generar la infancia? ¿Cómo hacer para crear fidelidades imposibles, retomar los espacios comunes y diferentes que nos hermanan? El niño y el adolescente son de por sí los expulsados, por su inmadurez y puerilidad apolítica, del espacio de la *polis*; qué decir entonces de aquellos niños que fueron testigos del horror, la separación y la injusticia: doblemente exiliados y desarraigados; doblemente deportados y silenciados.

Por todo ello, la idea de la convocación me resulta de especial importancia para comprender el proyecto emprendido y el libro que aquí se presenta. Marisa González nos *llamó*, literalmente, nos invitó, abriendo con ello la posibilidad de establecer cierta conjura, cierta epifanía del recuerdo, la memoria, el testimonio y el relato. Y la llamada del otro siempre nos increpa, nos hace venir, nos provoca y provoca, produce efectos en nosotros. La llamada es siempre una experiencia de la apertura y del recibimiento del otro. ¿Es acaso posible aceptar ese cobijo para hablar precisamente de una experiencia traumática de pérdida del hogar? Estos escritos tienen todos el aura y el perfume de esa convocación, de la reunión y de la necesidad de elaborar un espacio común, por qué no, una comunidad. Toda invitación conlleva, como decíamos, esa lógica de hospitalidad, de acogida que el anfitrión se permite cuando nos abre su puerta y nos hace pasar a su refugio. La convocación está ligada con la memoria, con traer a la memoria las voces, susurros, silencios y sonoridades que creíamos olvidados.

La comunidad de nuestros textos gira en torno a esa necesidad de “estar con”, de generar lazos con el otro, de buscar cierto cobijo en el exilio, aunque esto pueda resultar absolutamente contradictorio. ¿Cómo generar ese lugar común, esa suerte de asilo de los que han sido arrebatados de todo lugar? ¿Qué tipo de ontología política de la intimidad y de la proximidad puede formularse cuando partimos de subjetividades arrebatadas de su mundo, quebradas por la distancia y la no pertenencia? Por todo ello, hemos defendido siempre que esta pequeña comunidad de textos, de voces, de *trasterradas* viene marcada, desde sus inicios, por la fragmentación y dispersión de sus miembros. Una comunidad,

parafraseando a Bataille, de los que no tienen comunidad, siendo por ello imposible la simetría, la homogeneidad o la búsqueda de una supuesta identidad incólume que nos fue robada. Si todo fenómeno de exilio es, en sí mismo, complejo y heterogéneo, una comunidad de exiliados necesariamente habita y reside en esa heterogeneidad, en esa diferencia. La idea de un proyecto como este surge de la urgencia y necesidad de hacernos cargo no solo de las similitudes que nos hermanan, sino de las separaciones y disyunciones que nos conforman. Incluso, diríamos, consideramos que la única posibilidad de que dicho proyecto tuviera lugar residía en la capacidad para asumir la diferencia y pensar de una vez desde y en la separación que nos constituye. Pensar los vínculos que nos unen y, al mismo tiempo, aquellos que nos distancian. Esta es la aporía, no paralizante sino movilizadora, en la que se sitúa nuestra propuesta. Desde allí, no obstante, puede surgir una intimidad, un contacto distinto. Una comunidad, en definitiva, situada más allá de la lógica comunitaria identitaria y territorial; una comunidad que nos permita recuperar y resignificar una experiencia traumática como es el exilio desde otros términos y otras coordenadas: una comunidad sin unidad, una comunidad en la diferencia donde esa no-identidad es la que nos permite recolocar y resignificar el exilio. He ahí nuestra apuesta política.

Mitsein es el término heideggeriano utilizado por Nancy para abordar el fenómeno del exilio desde otros parámetros. “Ser con”, “estar con”, cierto estar con el otro pero nunca desde la apropiación, la comunión, lo identitario. Por el contrario, se trata de aceptar la distancia, el hiato que nos separa, el alejamiento que al final nos une. La herida, esa brecha que nos atraviesa, que nos dispersa y que, al mismo tiempo, construye cierto *ser-en-común*. Y en este “común”, en ese frágil hilo de Ariadna que nos ha guiado a través del laberinto, surge algo así como una hospitalidad y un cobijo. Se trata, retomando una vez más a Nancy, “de pensar el exilio como asilo, y no como campo de deportación”, buscando en nuestro exilio lo más propio que nos constituye. Y si todo exilio es el resultado de una tecnología política determinada y de dispositivos de poder desestructuradores, como aquellos que fueron utilizados en la Argentina de los setenta, apropiarse, resignificar y transvalorar

ese destierro impuesto supone todo un ejercicio de resistencia y de contrapoder por nuestra parte. A través de nuestros relatos, de la palabra y del testimonio, hemos pretendido recobrar, asumir y reinvertir esa triple pérdida que supone todo exilio: por un lado, el hogar, las casas que hemos habitado; por otro, los lazos comunitarios, los amigos, familiares y vidas que hemos perdido en el camino; por último, la lengua, los giros, modismos y maneras cotidianas de visitar el lenguaje. Casa-tierra-mundo, tríada fundamental que nos ata a lo que somos, que se fragmenta y diluye en situaciones de desposesión y violencia. Estas tres categorías aparecen a lo largo de todos nuestros textos, enraizando en otros lugares, generando otros hogares acogedores, creando mundos en los que la soledad y la ignominia ya no tengan cabida.

Convocadas, en esta extraña comunidad, hemos descubierto que en nuestro exilio reside nuestro abrigo, la protección necesaria para afrontar, desde las heridas que nos constituyen, el presente que hoy construimos. Porque la memoria siempre convoca, hace presente el pasado a través de la palabra y el recuerdo. Como aquellas iluminaciones benjaminianas, cada uno de estos relatos emerge a modo de fragmentos hechos de rememoraciones, improntas, vestigios de nuestra infancia que han ido dando forma a nuestro propio ser. Una memoria fragmentada y topográfica, que trae consigo los aromas, sonidos, voces, pero también miedos y oscuridades de aquella Argentina que un día abandonamos: nuestras casas de infancia, conventillos, escondites de clandestinidad, cárceles y centros clandestinos de detención, aeropuertos, barcos, estaciones, lugares de tránsito y provisionales, patrias de acogida y ciudades desconocidas que nos han protegido. Convocamos a la memoria, convocamos al recuerdo, en esta especie de pensar rememorativo en común. Conjuramos a los fantasmas y a los miedos, en estrategias conjuntas de resistencia, para impedir así que el desarraigo y el sufrimiento retornen con sus oscuros sonidos y sombras. Pero también, invocamos el exilio, defendiendo nuestra existencia exiliada y repolitizando nuestra condición de apátridas y de sujetos liminares, como señaló Nancy: “encontrando a la vez en ese ‘con’ el exilio y el asilo de su ‘ser en común’”.

POSLUDIO

Los efectos de un encuentro

CAROLA SAIEGH DORÍN

*El secreto se revela al escritor mientras lo escribe
y no si lo habla.
El hablar solo dice secretos en el éxtasis,
fuera del tiempo, en la poesía.
La poesía es secreto hablado,
que necesita escribirse para fijarse,
pero no para producirse.*

MARÍA ZAMBRANO, *Por qué se escribe* (1934)

LOS EFECTOS DE UN ENCUENTRO

Este libro surgió como surgen los amores y los deseos, sin haberlo planeado. Es cierto que hubo una primera aproximación textual tras algunas reuniones inaugurales, cuando comenzamos la andadura del proyecto de investigación al que nombramos *Transterradas*; pero no fue hasta ver la potencia de sus efectos en nosotras que decidimos abandonar temporalmente el objetivo de las grabaciones de entrevistas en video para dejarnos llevar por la urgencia de la escritura.

Hacía muchos años que Marisa, mi compañera en la Ortega y Gasset de Toledo, me había contado su idea de trabajar sobre infancia y exilio a través del testimonio de los que vivieron el exilio argentino en Madrid siendo niños o adolescentes. Yo nunca había conocido a nadie como ella, con esa energía tan poderosa, capaz de contagiarte su entusiasmo para lograr poner a funcionar lo que hasta entonces permanecía dormido, apagado, silenciado. Confieso que al principio no me sentí con fuerzas; me intrigaba

su invitación y me seducía su capacidad movilizadora, pero me aterraba descolocar lo que tan bien había apilado en el desván de la memoria. Le debí dar largas amablemente, a lo que ella respondió sutilmente regalándome un ejemplar de *La casa de los conejos*, de Laura Alcoba. Tras leerlo, supe que algo muy potente me convocaba. El siguiente regalo que me hizo fue alentarme a comprar un pasaje de avión para viajar yo sola a Buenos Aires por primera vez, otro hito en la recuperación de mi memoria. Cada vez que ella viajaba a Mainumbí me invitaba a comer juntas a su vuelta; charlábamos de todo, pero yo seguía sin atreverme a tomar la mano que ella me tendía. Como en los buenos tejidos, fue la aparición del tercer hilo lo que propició empezar a tejer. Carolina apareció en mi vida como si la hubiera conocido desde siempre, con su nombre igual a quien había sido mi mejor amiga durante la adolescencia, ocupando un lugar referencial cálido y lúcido a la vez. Nos presentó Marisa y comenzamos a reunirnos en su casa, en las tres sillitas infantiles que había dispuesto en torno a la chimenea en la cabaña de madera de su jardín. Empezaron entonces a hacerse eco nuestros relatos en los relatos de las otras, surgiendo en la resonancia un anhelo de narración compartida que se iba adueñando de nuestras reuniones.

Ayudaba a la recreación de espacios comunes la imagen compartida del río que tenía con Marisa, pues ella tenía ahora una casa en el Delta que conectaba con mis recuerdos de infancia, cuando mis padres tenían un barquito de madera a motor diésel, el *Relámpago*, trayendo a mis oídos los nombres de las paradas fluviales de la lancha colectiva repitiéndose por los altoparlantes: “Chaná-Miní, Chaná-Miní, Las Camelias...”. El encuentro (en el sentido más fuerte del término) terminó de consolidarse cuando las dos me acompañaron sin dudarlo por las calles de Buenos Aires, un tiempo después de aquellas primeras tardes en la cabaña, ayudándome en mi intento de localizar todas las casas donde yo había vivido. Creo que fue Carolina la que, a la vuelta de ese viaje, propuso variar el rumbo y postergar las siguientes grabaciones de video para intentar escribir un libro, construyendo un relato asimétrico y caleidoscópico, comunitario pero no unitario.

Es importante señalar que no somos adultas hablando con voz de niñas, sino que desde nuestra mirada actual intentamos traer al presente todo lo que en aquel momento no acertamos a decir o no fue convocado por ninguna pregunta. Ojalá a través de alguno de estos textos nuevas escuchas convoquen nuevos interrogantes.

Bibliografía de la introducción

- Benjamin, Walter (2015). *Crónica de Berlín*. Madrid: Ábada.
- Del Olmo, Margarita (2002). *La utopía en el exilio*. Madrid: CSIC.
- Dening, Greg (2007). Performing cross-culturally. En Jenkins, K., Morgan, S. y A. Munslow (eds.), *Manifestos for History* (pp 98-107). Oxon: Routledge.
- Derrida, Jacques (1998). *Fidélité à plus d'un. Mériter d'hériter où la généalogie fait défaut*, *Idiomes, nationalités, decostruccions. Rencontre de Rabat autor de Jacques Derrida*. Casablanca: L'Aube-Toubkal.
- Fosalba, Raquel (2013). Una experiencia de cooperativismo integral: Montevideo, 1958-1975. En M. González de Oleaga (ed.), *En primera persona. Testimonios desde la Utopía* (pp. 157-184). Barcelona: NED-Gedisa.
- Franco, Marina (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- González de Oleaga, Marisa (2011). (D)efecto de forma. Fascinación y mito en los relatos sobre utopías. En González de Oleaga, M. y E. Bohoslavsky (eds.), *El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América Latina* (pp. 303-324). Buenos Aires: Paidós.
- _____(2013). Tocar timbres o la utopía en el museo. En González de Oleaga, M. (ed.), *En primera persona. Testimonios desde la utopía* (pp. 301-320). Barcelona: Ned-Gedisa.
- González Martínez, Elda (2009). Buscar un refugio para recomponer la vida: el exilio argentino de los años 70. En *DEP*, n. 11; pp. 1-15.
- Jensen, Silvina (2011). Exilio e Historia Reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción. En *Aletbeia*, 2; pp. 1-21.
- Korinfeld, D. (2009). Memoria y transmisión. Volver a contar. En Graciela Frigerio y Gabriela Diker, *La transmisión en las sociedades, instituciones y los sujetos* (pp. 97-108). Madrid: Editorial CEP.
- Mira Delli Zotti, Guillermo (2004). La singularidad del exilio argentino en Madrid. En Yankelevich, P. (comp.), *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino* (pp. 87-112). La Plata: Al Margen.
- Todorov, Tzvetan (2013). *L'homme dépaysé*. París: Le Seuil.
- White, Hayden (2007). Afterword. Manifiesto Time. En Jenkins, K., Morgan, S. y A. Munslow (eds.), *Manifestos for History* (pp.- 220-231). Oxon: Routledge.

Índice

INTRODUCCIÓN: ES LABONES DE UNA MISMA CADENA, <i>Marisa González de Oleaga</i>	5
EN TIERRA DE NADIE / TODO LO QUE ERA MÍO, <i>Marisa González de Oleaga</i>	21
Misterio en tres actos	23
Entre paréntesis.....	29
Dobles.....	35
El olor de la memoria.....	41
Caerse de la lengua.....	53
Un recuerdo del presente.....	59
La historia de un pasillo	65
Suspendida del horizonte	77
Testigo de la muerte propia.....	87
RITORNELLO: EL EXILIO COMO GUARIDA, <i>Carolina Meloni González</i>	99
Sauf le nom... ..	101
Juan y los pasos perdidos.....	109
Fenomenología de las almas.....	117
<i>Lacrimae rerum</i> / Oda a la patria	127
Breve tratado de monstruos y otras anomalías del espíritu	131
Ciudades ocultas.....	139
ALZAR A VOZ O LA IMPOSIBILIDAD DE DECIR, <i>Carola Saiegh Dorín</i>	149
Las sillas plegables.....	151
Maní con chocolate	157
Inventario de pérdidas.....	165
Habitar las palabras	171

CODA. CONVOCACIONES:

HACIA UNA REPOLITIZACIÓN DEL EXILIO,

Carolina Meloni González 181

POSLUDIO. LOS EFECTOS DE UN ENCUENTRO,

Carola Saiegh Dorín 187

Este libro se terminó de imprimir en
la Cooperativa de trabajo Tricao Ltda.
Ciudad de Buenos Aires,
enero de 2019